

LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

CUENTOS SOBRE LA HISTORIA DE LA COSTA PACÍFICA DE NARIÑO

CUENTOS SOBRE LA HISTORIA DE LA COSTA PACÍFICA DE NARIÑO

Esta publicación fue elaborada por:



Con el apoyo de:



LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

CUENTOS SOBRE LA HISTORIA DE LA COSTA PACÍFICA DE NARIÑO

LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

CUENTOS SOBRE LA HISTORIA DE
LA COSTA PACÍFICA DE NARIÑO



Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad,
la Convivencia y la No Repetición.

LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

CUENTOS SOBRE LA HISTORIA DE LA COSTA PACÍFICA DE NARIÑO

Proyecto de:

Casa de la Memoria de la Costa Pacífica Nariñense - Diócesis de Tumaco

Dirección del proyecto:

José Luis Foncillas
Casa de la Memoria de Tumaco y la Costa Pacífica Nariñense

Autor:

Maestro Jaime Rivas

Comité de apoyo pedagógico:

José Luis Foncillas

Jorge García
Comisión de la Verdad - Territorial Tumaco

Juan Pablo Villota
Comisión de la Verdad - Territorial Tumaco

Pedro León Betancourt Díaz
Comisión de la Verdad

Lucía González Duque
Comisionada de la Verdad

Juanita María Melo Guzmán
Instituto de Estudios Interculturales,
Pontificia Universidad Javeriana de Cali.

Ilustradora:

Carolina Garzón Blanco

Correctora de Estilo:

Lina Castaño

Diagramación:

Víctor Hugo Larrañaga

Este documento puede ser compartido, reproducido, copiado, redistribuido y divulgado en cualquier medio o formato, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente, y sea utilizado con fines no comerciales, y/o en cualquier caso, se disponga de la autorización de la Casa de la Memoria de Tumaco y la Costa Pacífica Nariñense y del autor como titulares de los derechos morales e intelectuales de esta publicación.

Esta publicación fue elaborada por:

Casa de la Memoria de Tumaco y la Costa Pacífica Nariñense - Diócesis de Tumaco y la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No repetición.



Con el apoyo de:



El contenido de la misma es responsabilidad de Casa de la Memoria de Tumaco y la Costa Pacífica Nariñense - Diócesis de Tumaco y la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Como citar: Rivas, J. (2021). La herencia de nuestros mayores. Cuentos sobre la historia de la costa pacífica de Nariño. Colombia: Casa de la Memoria de Tumaco y la Costa Pacífica Nariñense.

Presentación

La Casa de la Memoria de Tumaco y la Costa Pacífica nariñense, Diócesis de Tumaco y la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No repetición, tenemos el gusto de presentarles este libro de historias del Pacífico nariñense, cuyo objetivo es dar a conocer los hitos más importantes de la historia de esta región.

La narrativa está construida por el escritor tumaqueño Jaime Rivas e ilustrada por Carolina Garzón a manera de cuentos, mezclando creativamente realidad y ficción para llevar a los lectores a entender lo que nos sucedió como sociedad antes y durante el conflicto armado.

A través de las 16 historias, nos adentraremos en los valores culturales y humanos del pueblo afrocolombiano e indígena, que nos han hecho capaces de resistir con fuerza y creatividad, en medio de una cruel guerra, procurando defender el territorio y vivir en paz.

Nuestro deseo es que el lector, y de forma especial las y los jóvenes, comprendan que es posible construir un futuro en paz en el Pacífico colombiano y emprendan esa aventura, al igual que lo hacen los protagonistas de estas historias.

Cada historia tiene al final unas preguntas, cuyo objetivo es abrir un diálogo en torno al pasado, el presente y el futuro entre padres, madres e hijos, docentes y estudiantes, así como entre las personas en las comunidades. Los invitamos a leer cada capítulo en grupo y entablar un diálogo al final.

El fin no es imponer una verdad sobre lo sucedido, sino motivar a descubrir la esencia de lo que somos como pueblos del Pacífico y así juntos encontrar la verdad común y desde ella empezar a reconstruir lo que era este territorio de paz y desmontar los lenguajes y relaciones basadas en el odio, la exclusión y la violencia que muchas veces estigmatizan a nuestros pueblos.

Por último, agradecemos el apoyo solidario brindado por AECID, Alianza por la Solidaridad, Universidad Javeriana de Cali, ADVENIAT, AGIAMONDO y Corbeta para lograr que se llevara a cabo este proyecto.

Como dijo uno de nuestros mayores: **“¿Mi verdad? ¿Tu verdad?, mejor vamos juntos a encontrarla”**.

Pueden compartimos sus reflexiones y experiencia al grupo de Facebook que hemos creado para este fin y que tiene el mismo nombre del libro “La herencia de nuestros mayores”.



Contenido

	pag
PRÓLOGO	
Lo que nos dejaron los abuelos.....	7
CAPÍTULO 1	
La cultura Tumaco. La tolita y los pueblos originarios de la subregión.....	12
CAPÍTULO 2	
Fundaciones españolas y los esclavizados del oro.	26
CAPÍTULO 3	
Leyes de libertad de los esclavos y crisis minera en la subregión, viajando hacia las mares.	38
CAPÍTULO 4	
Comuneros de Tumaco y la subregión en la guerra de independencia.	50
CAPÍTULO 5	
La Perla del Pacífico.	58
CAPÍTULO 6	
Los hombres de madera.	70
CAPÍTULO 7	
Medios de comunicación masiva en la subregión.....	80

	pag
CAPÍTULO 8 El desarrollo: puerto pesquero, camaroneras y palma aceitera en la subregión.	90
CAPÍTULO 9 El valor de la amistad y la lucha por los derechos.	102
CAPÍTULO 10 Yo también quiero bailar un currulao.	114
CAPÍTULO 11 Nuestras leyes, nuestras luchas.	124
CAPÍTULO 12 Las huellas profundas de la guerra.	136
CAPÍTULO 13 La maldición del narcotráfico.	148
CAPÍTULO 14 Una juventud sacrificada.	160
CAPÍTULO 15 Entre la tragedia y los milagros.	170
CAPÍTULO 16 La persistencia de la esperanza en el mundo de la resiliencia.	180



Lo que nos dejaron los abuelos

PRÓLOGO

Lo que nos dejaron los abuelos

Cuando Manuel y Eugenia recibieron la caja de cartón con algunas de las pertenencias del abuelo, José Amado Jácome Castillo, nunca se imaginaron que el viejo hubiera escogido, de las decenas de nietos regados por estos pueblos de la costa Pacífica, justamente a ellos para dejarles su herencia.

Entre las cosas que había en la pequeña caja de cartón, estaba un viejo cuaderno con una colección de refranes y adivinanzas, coplas y décimas escritas por el viejo, pero entre ellas también había una página suelta con una lista de frases:

1. El que quiera tener una herencia gloriosa deberá recorrer el camino de los cimarrones y adivinar el sentido oculto de las palabras del sabio.
2. No todo tesoro brilla como el oro, pero si encuentras oro, tal vez te acerques al verdadero tesoro.
3. La grandeza de sus ciudades era del tamaño de la desgracia de sus constructores. Deshabita las ciudades para construir tu propia libertad.
4. De la libertad vinieron a la esclavitud, de la esclavitud fueron a la libertad, adivina adivinador, esa mujer negra con su canasto ¿a dónde va?
5. Si la perla brilla con su luz eterna, quizás su brillo te esclavice toda una eternidad.

6. ¿La ley que me oprimió es la misma que me libertó? Si supieras la respuesta no serías como yo.
7. Los hombres de madera se harán enemigos de su familia natural y su vida no será mejor que la del árbol caído.
8. Cuando el tambor suena allá en la lejanía, siento que me llaman. ¿Será la negra mía?
9. Camarón que se duerme se lo lleva la corriente, mueve tus manos negras para luchar por tu gente.
10. Del bambuco viejo al currulao, de la jota al abozao, este que canta y baila, ¿será que quiere ser escuchao?
11. La ley de territorio es la ley de mis abuelos, del territorio de asombros que para mí construyeron.
12. Y vinieron los guerreros con sus manos de muerte llenas, y de sangre se tiñeron los ríos y la gente buena.
13. Y cultivaron la muerte con semillas de guerra detrás del dinero que de sangre se tiñera.
14. La gente nueva que el terror engendró se perdió por caminos de violencia y rencor.
15. Los nuevos profetas cantan a coro, el fin ha llegado, arrepíentanse todos.
16. Pero los que caminaron por el camino del cimarrón, llegarán a un presente de un mundo mejor.

—¿Es un poema? —Preguntó Manuel cuando su hermana terminó de leer las frases numeradas.

—Parece, pero ¿por qué numeradas? Son más bien como pistas de algo.

—¿Entonces qué quieres decir? ¿Hay un tesoro?, ¿Dónde? ¿Cuál es la herencia que nos deja? Solo estos papeles, aquí no hay un testamento. ¿Cuál es la herencia? —Preguntó mirando a su hermana que no sabía responder.

—¿Qué más hay allí? —Preguntó la chica.

—Esto. —Le mostró su hermano.

—Un mapa, un viejo mapa de la región. Aquí están los ríos, los pueblos...

—Y hay números, del uno al quince. ¿Será un juego? —Señaló Manuel.

—O un camino marcado por esos números en... —Y el rostro de Eugenia se volvió a iluminar: —¡En la lista de ese papel!

Se miraron como si hubieran descubierto algo, pero no sabían qué, ahora tenían más dudas que respuestas.

—Los números van con las frases, concuerdan. —Observó Manuel. —Espera, lee lo que dice arriba de las frases.

Y Eugenia leyó:

—El que quiera tener una herencia gloriosa, deberá recorrer el camino de los cimarrones y adivinar el sentido oculto de las palabras del sabio.

—¿Será que el mapa y los números indican un camino, un viaje para llegar a la herencia? —Preguntó el hermano.

—Podría ser. —Asintió la joven.

—Pero ¿qué es la herencia? ¿Una finca? ¿Un tesoro?, ¿Qué? —El interés por la herencia había ido creciendo en el corazón de Manuel y un tumulto de preguntas le venían mientras pensaba en ella.

—No dice qué es pero me imagino que habría que interpretar las frases.

—Respondió la hermana, más comprensiva y calmada.

—¡Y viajar a los puntos marcados en el mapa! —Señaló Manuel, a quien ya se le notaba el nerviosismo que había desatado la situación en su interior.

—Pues sí. —Dijo Eugenia y se levantó de la mesa, corrió la silla donde estaban revisando el cuaderno y el mapa.

Fue hacia la ventana que daba al pequeño río que pasaba lento bajo el puente. Después de algunos minutos, respiró profundo y dijo: —Si esa herencia fuera plata, dinero, oro, algo de valor, podríamos ayudar a nuestros padres. Y la imagen de la anciana madre, postrada por una enfermedad que tenía endeudada a la familia en tratamientos y medicamentos costosos, vino a su mente como un dardo doloroso.

—Tú podrías volver a la universidad. —Apuntó Manuel.

—Y tú podrías trabajar más en la finca. —Respondió la joven.

—Y Juvencio tendría más plata para sus rumbas o quién sabe... —Dijo sonriendo Manuel.

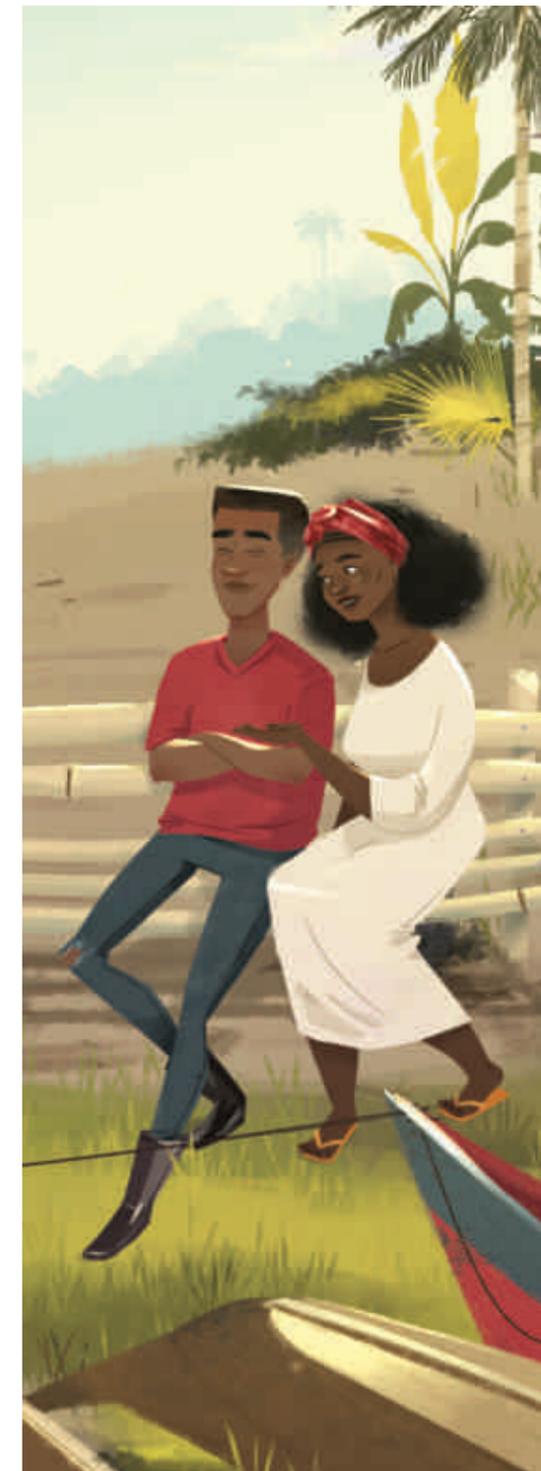
Rieron al referirse al hermano menor, al que le gustaba mucho la rumba y el trago.

—Entonces vale la pena ir por esa herencia.

—Decidió Eugenia.

—Parece que sí. —Confirmó Manuel.

Los jóvenes siguieron escarbando en la caja con las pertenencias de su abuelo y en ambos una semilla de esperanza empezó a crecer. Ir por esa herencia sería más difícil de lo que pensaban, quizás encontrarían que no estaba en ninguno de los lugares marcados en el mapa. O tal vez... No nos apresuremos a los hechos, alistémonos a viajar con estos dos jóvenes dispuestos a encontrar la herencia que nos dejó el abuelo.



CAPÍTULO 1

La Cultura Tumaco

La tolita y los pueblos
prehispánicos de la subregión.



LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

Caminando, Caminando la vida se va encontrando

Habían pasado tres días desde que los jóvenes encontraron la caja con la carta que prometía una herencia y los tres hermanos iban por el camino que lleva de la vereda, a la finca de la familia. Hacía varios días que no llovía y el camino estaba seco. El viento que venía del río movía con lentitud las ramas secas del platanal. Traía el canto de una pava de monte y el parloteo de las panchanas buscando las palmas de chontaduro para alimentarse de sus frutos.

Manuel iba adelante, Eugenia lo seguía de cerca, y al final, un tanto rezagado, iba Juvencio, el menor de los hermanos. Casi arrastraba las botas a su andar y llevaba el machete terciado a la espalda.

—¿Qué le pasa a Juvencio? Se ve como enfermo hoy.

—No está enfermo, está enguayabado. Anoche bebieron hasta las tres de la mañana en la tienda del paisa.

Siguieron hasta llegar a la finca. Dos árboles de peine mono y un guabo inmenso, hacían de portal a las tres hectáreas de cacao y plátano que se extendían hacia el norte, rodeadas de una selva enmarañada.

—Cojan ustedes dos el cacao y yo avanzo en la roza de las matas de plátano. —Dijo Manuel, el hermano mayor.

Juvencio siguió en silencio a Eugenia. Desde muy pequeña participaba con sus hermanos en estas labores. Ahora que había vuelto de la universidad sin terminar la carrera de abogada, trabajaba con los dos para reunir el dinero y pagar el tratamiento de la madre. Manuel sintió el olor aguardientoso cuando Juvencio pasó junto a él.

—Emborrachándote en días de trabajo, no vas a llegar a ninguna parte, hermanito.

—Por lo menos yo me divierto.

—Contestó Juvencio y volteó a mirar a su hermano, sonriendo.

Fue como a las 10 de la mañana. El sol calentaba y la humedad se hacía incómoda, cuando Manuel escuchó los gritos de Eugenia y de Juvencio, llamándolo. El joven se preocupó: a lo mejor algo malo había pasado, una cortada con el machete, una picadura de la serpiente X que rondaba por estas fincas. Corrió por el monte hasta que divisó a sus hermanos. Eugenia, asombrada y quieta, estaba de pie, al tiempo que Juvencio escarbaba un pequeño montón de barro y sacaba piezas de cerámica, trozos de lo que parecía una olla y pequeños muñecos de barro con distintas señas y formas.

—¿Qué es esto? —Preguntó Manuel, escondiendo su sorpresa.

—¡Es una guaca, ñaño, nos hicimos ricos! ¡Muy ricos! —Exclamó Juvencio.

Una extraña sensación, entre temor y alegría, atrapó a Manuel, que sin decir nada se puso de pie después de mirar lo que su hermano sacaba y se detuvo a mirar alrededor. El aire tenía un aroma raro y de pronto todos los sonidos de la finca se habían callado. Era un silencio doloroso.



¿Y quiénes eran los indios tumac?

—Bien, jovencitos. Siéntense que vamos a empezar la clase. —Dijo con su voz gruesa y llena de autoridad, el profe Casimiro Valencia, profesor de Historia de noveno de bachillerato en el colegio rural de Chilví. Los alumnos callaron. El profe cerró las ventanas del salón que se oscureció al momento. Los niños se miraron asombrados. El profe conectó su portátil a un pequeño equipo que sacó de una maletica negra y este aparato proyectó, como en el cine, una imagen en el tablero. Era una figurilla de oro de un hombre jaguar.

Creció el asombro y un murmullo se soltó por el salón como un animalito miedoso.

—Bueno, chicos. —Dijo el profe. Hoy les traigo algo muy importante, algo de la historia de nuestro territorio. ¿Alguien ha visto algo como esto? —Preguntó, apuntando a la figurilla que aparecía en el tablero por la magia de la luz del proyector. Nadie contestó. —Bien. —Dijo el profe. —Esto es una estatuilla de la cultura Tumaco.

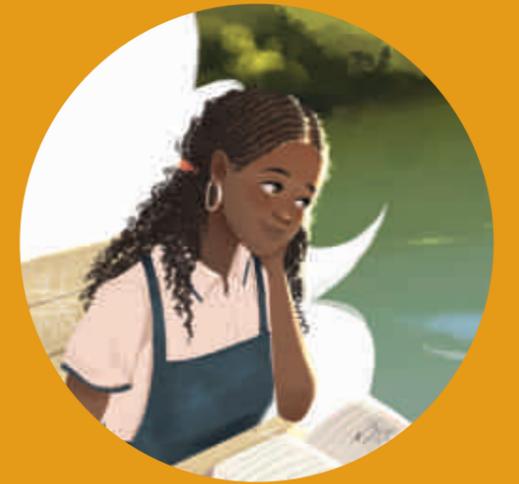
El profesor escuchó preguntas que se fueron dando en la medida que los chicos entraron en confianza.

El profe dijo:

—Gracias por sus preguntas, ahora les explicó.

Apretó un botón en su computador y otra imagen salió en el tablero. Durante los siguientes cinco minutos, el profe proyectó una serie de fotos donde no solo había hombres y mujeres con extraña vestimenta, unos que parecían caciques, otros sacerdotes, fotos de cosas como anzuelos de oro, ollas de barro, máscaras, canoas, remos, casitas de barro, mientras que los adolescentes embelesados se llenaban de preguntas sobre todo esto. Al final, el profe apagó el proyector, se paró ante ellos y les dijo: Ahora vamos con la historia. Antes de que vinieran nuestros antepasados africanos, aquí, en este territorio, vivieron pueblos indígenas, a los que los arqueólo-

gos han llamado indios tumac. Los investigadores encontraron los restos más antiguos en La Tola, en Esmeraldas, Ecuador, y creen que son de al menos el año 400 antes de Cristo y los más recientes de 600 años después. Según las investigaciones arqueológicas, los tumac extendieron su cultura hasta Buenaventura, Colombia, teniendo en Tumaco, la isla El Morro y la zona de los ríos Chilví e Inguapí, centros importantes de su población. Habitaron en viviendas de madera con pilotes como en los puentes de Tumaco, cultivaron el zapallo y otras hortalizas, para lo cual adaptaron el terreno con canales para administrar el agua de las mareas y de las lluvias. Además pescaban y fueron expertos en la cerámica y la orfebrería. Realizaron obras artísticas que aún hoy son inexplicables para los investigadores. Lo importante de todo esto es que esos pueblos demostraron que con los recursos que aquí había, se podía vivir muy bien de la agricultura, la pesca y la caza, en armonía con la naturaleza y sin dañarla como sucede en la actualidad.



Los Tumac fueron expertos en la cerámica y orfebrería. Realizaron obras artísticas que aún hoy son inexplicables para los investigadores.

Una de las adolescentes, negra ella y con el pelo tejido en varias trenzas, preguntó:

—Profe ¿y esos indios son los mismos que vemos a veces por aquí?

—No, Margot. Los indios tumac desaparecieron luego del año 600. Algunos investigadores creen que fueron víctimas de fenómenos ambientales como los tsunamis, pero ellos nos dejaron su arte y sus

técnicas agrícolas. Lamentablemente la riqueza cultural fue robada y con esa práctica ilegal y contrabando se perdió la posibilidad de conocer más sobre las creaciones de estos pueblos. Sin embargo, aún se puede proteger lo que queda, descubrir los canales que construyeron y ver cómo ayuda a mejorar la producción agrícola de ahora.

—Profe, preguntó otro: ¿Y entonces los que uno ve por aquí de dónde vienen?

—Parece que de Centroamérica. Llegaron a este territorio mucho después, hacia el siglo XIII. Los investigadores los llamaron la familia Barbacoas. Los historiadores han

registrado que los sindaguas resistieron durante 100 años la entrada de los españoles a Barbacoas, finalmente fueron vencidos en batalla. Es una historia fascinante que les invito a investigar.



Costales de esperanza

Al día siguiente, muy temprano, vino Juvencio con el amigo Roberto Sanabria, un mulato del interior que tenía una pequeña prendería en el centro de la ciudad. Dijo que sabía cómo venderlo, que tenía unos contactos en Medellín, pero que él se ganaba la mitad por lo que pagaran. Los jóvenes estuvieron de acuerdo.

—¿Como cuánto pueden pagar?

—Unos varios millones, dijo el mulato.

Juvencio se puso contento; Manuel estuvo callado mientras hacían el negocio.

Eugenia miró a sus hermanos y al amigo.

—Vean, yo no creo correcto salir a vender eso así, sin saber de qué se trata, a lo mejor es algo importante para todos.

—¡Cobardes! —Gritó Juvencio. Salió a la calle y caminó con el amigo hacia la tienda El Paísa.

En la tarde, cuando volvían de la finca, los tres hermanos llevaban un cargamento distinto a los tradicionales racimos de plátano o semillas de cacao. Ahora llevaban tres costalillos casi llenos de estatuillas de barro, algunas en oro, restos de vasijas

y de objetos que no supieron identificar en el momento. Con su cargamento atravesaron la calle principal de la vereda y llegaron a la casa paterna.

—Hay que ir a vender ese tesoro, esta es nuestra suerte. —Comentó acelerado Juvencio, mientras asentaban los bultos y buscaban algo de tomar en la cocina.

—¿Y a quién le vendemos esto? ¿Ustedes conocen a alguien? Porque yo no.

—Confesó Manuel.

—Yo tengo unos amigos que nos pueden ayudar. —Se adelantó Juvencio, muy seguro.

—No sé, yo esperaré, para pensar más qué hacer con esto. No quiero que nos metamos en problemas. —Intervino Eugenia...

—¿Pero en qué problema nos vamos a meter?, es solo encontrar en Tumaco a quién venderlo y ya. ¡La plata!

—No sé, siento que no es una buena idea.

—Se sinceró Manuel.

—Deje de ser ave del mal agüero. Si la suerte nos dio este tesoro, hay que aprovecharlo.

Tierra de indios

El profe abrió las ventanas y la luz de la mañana inundó el salón de clases. Los rostros de los adolescentes expresaban gran entusiasmo por conocer su propia historia.

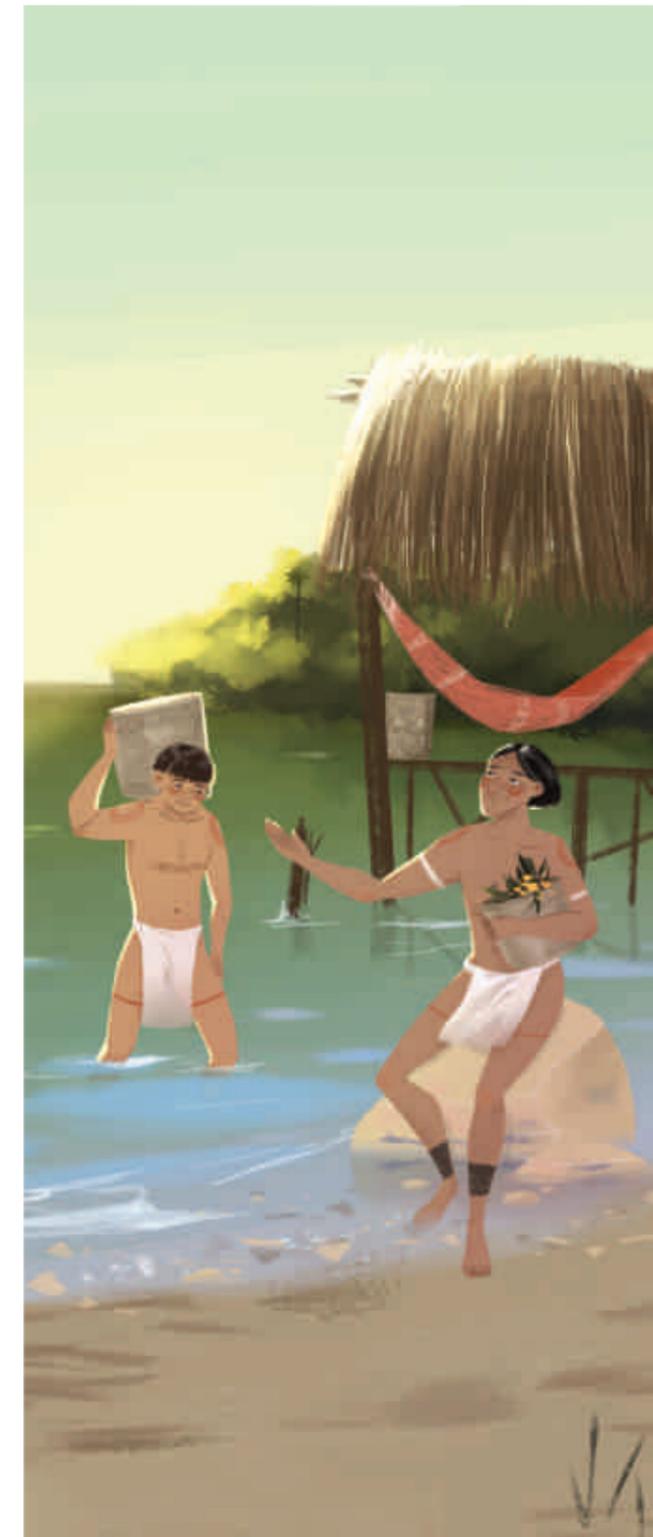
—¡Profe! — Era Margot la que levantaba la mano pidiendo la palabra.

—Profe, ¿y cómo vivían los indios tumac y los indios sindaguas?

—Margot, eran personas con una profunda espiritualidad, vivían en armonía con la naturaleza. Para cortar un árbol pedían permiso a la madre tierra y no lo hacían si no era necesario. Los sindaguas y los actuales indígenas acá también viven en esa misma armonía con la naturaleza.

¿Por qué entonces no hacemos un trabajo en el curso, como un museo o unas carteleras, para que los demás conozcan la historia de nuestros antepasados indígenas y recuperar esos tesoros que usted dice?

—Sí, Margot. Como parte de la clase vamos a proceder con esa tarea.



Ladrón que roba a ladrón

Juvencio insistió en que él podía acompañar al amigo de la prendería a hacer el negocio. De tanto presionar, sus hermanos le dieron la responsabilidad, aunque, a decir verdad, Manuel seguía pensando que ese era un mal negocio. Dejó que su hermano acompañara al prestamista a llevar los tres bultos de “tiestos”, como los llamó su amigo. Pasó el primer día y Juvencio no apareció. Dos días y nada. Manuel y Eugenia pensaron y hasta lo hablaron: Juvencio les había hecho trampa y aprovechó el tesoro para largarse de la vereda y dejar a los hermanos viendo un chispero. Por eso no se preocuparon de que el joven no volviera el tercer, ni el cuarto día; sin embargo, el quinto día, un mensaje a través de un primo que vino de Tumaco, los alertó: Juvencio estaba preso en la cárcel en Tumaco.

—¿Cómo así? ¿Por qué?

No tardaron en arreglar sus cosas y viajar a Tumaco a ver al hermano preso. Juvencio se mostró tímido y arrepentido. Entre palabras lastimeras y entrecortadas, les contó que su amigo lo había traicionado, se llevó el tesoro y lo hizo meter preso diciendo que se había robado un collar de su prendería. Los policías encontraron el collar en el bolsillo del pantalón de Juvencio. Aún no lo había visto el juez pero el abogado le calculaba por lo menos un año en la cárcel.

Sin embargo, y como la vida en ocasiones es inexplicable, por un raro juego del destino, Juvencio tuvo suerte y solo estuvo tres meses en la cárcel, porque luego se supo que el amigo había sido capturado en la vía a Bogotá por transportar tesoros indígenas que no se pueden vender, porque pertenecen a la Nación y por ello debería pagar una pena de más de 5 años.

Cuando el joven volvió a casa, su sobrina Margot, hija de Manuel, le contó sobre la clase que su profe les había dado sobre los indios tumac y que el tesoro que encontraron y que pretendían vender, era un patrimonio cultural de la Nación y que había que conservarlo. Por eso ellos estaban en el colegio haciendo un mapa de los posibles sitios donde vivieron los tumac y los sindaguas en la costa de Nariño.



Los indígenas sindaguas son parte de la familia Barbacoas, hay registros de su lucha para impedir que los colonos españoles invadieran la zona del Telembí y Patía. Lucharon aproximadamente 100 años hasta ser derrotados militarmente por los españoles, su larga lucha los debilitó.

Los sobrevivientes fueron esclavizados y distribuidos en encomiendas de los colonos de la subregión.

(Jurado, 1990. La esclavitud en la Costa Pacífica. Centro Afroecuatoriano).

Eugenia escuchó a su sobrina atentamente y cayó en la cuenta de algo: un tesoro. Saltó de la silla donde estaba y fue al rincón de la sala donde habían dejado días antes los papeles del abuelo y volvió a leer: **No todo tesoro brilla como el oro, pero si encuentras oro, tal vez te acerques al verdadero tesoro.**

—¡Manuel, el tesoro! ¡Dejamos ir el tesoro!

Manuel que salía desde la cocina la escuchó.

—¡El tesoro del que habla el abuelo, la herencia! —Continuó Eugenia, muy animada.

—¿Tú crees que sería ese? —Preguntó el hermano.

—En el papel, la herencia habla de varios puntos, el tesoro es el primero. Y estaba en... —Calló la joven, se llevó las manos a la cabeza sorprendida.

—Aquí, el número era el uno que corresponde a la ciudad de Tumaco.

—Espera, es solo la primera pista, podemos mirar las otras a ver qué ocurre. ¿No te parece?

—¿Y el siguiente? ¿Dónde se ubica el número dos?

—En Barbacoas, creo. —Dijo Manuel.

—Entonces hay que ir allá. —Confirmó Eugenia. Empecemos el camino que nos lleve a esa herencia.

—¿Y para onde es que quiere ir esta gente, vea? Buenos días, muchachos —Era el tío Prudencio, que como otros días, pasaba a ver a la hermana enferma. El tío miró a los jóvenes y a la niña, y con una sonrisa resignada comentó:



—La historia de los cholos ha sido muy dura, un poco como la de los negros, como la de nosotros. Miren lo que dice la niña: pese a sus grandes aportes, a ser dueños de estas tierras, siguen siendo asesinados. Eso está pasando con los indígenas acá por ejemplo, las matanzas de indígenas no han cesado. En la Colonia los mataron de hambre, de maltrato físico, y ahora los masacran como pasó en Barbacoas hace apenas unos años. A este país le ha interesado de los indígenas solo el oro y las guacas, y uno que otro lugar para el turismo. Muchachos, deberíamos interesarnos por las personas, por su cultura, pero les quitaron todo y los abandonaron. No sé, resultó que el oro no es un tesoro para nosotros, más bien ha sido una desgracia. Pero esto puede cambiar si ustedes, los jóvenes renacientes, empiezan a valorar esa bella cultura indígena que hoy sigue

viva. Vamos, hablen con ellos e investiguen. Les aseguro que ahí encontrarán un gran tesoro—. Bajó la cabeza y se dirigió de la sala hacia la calle.

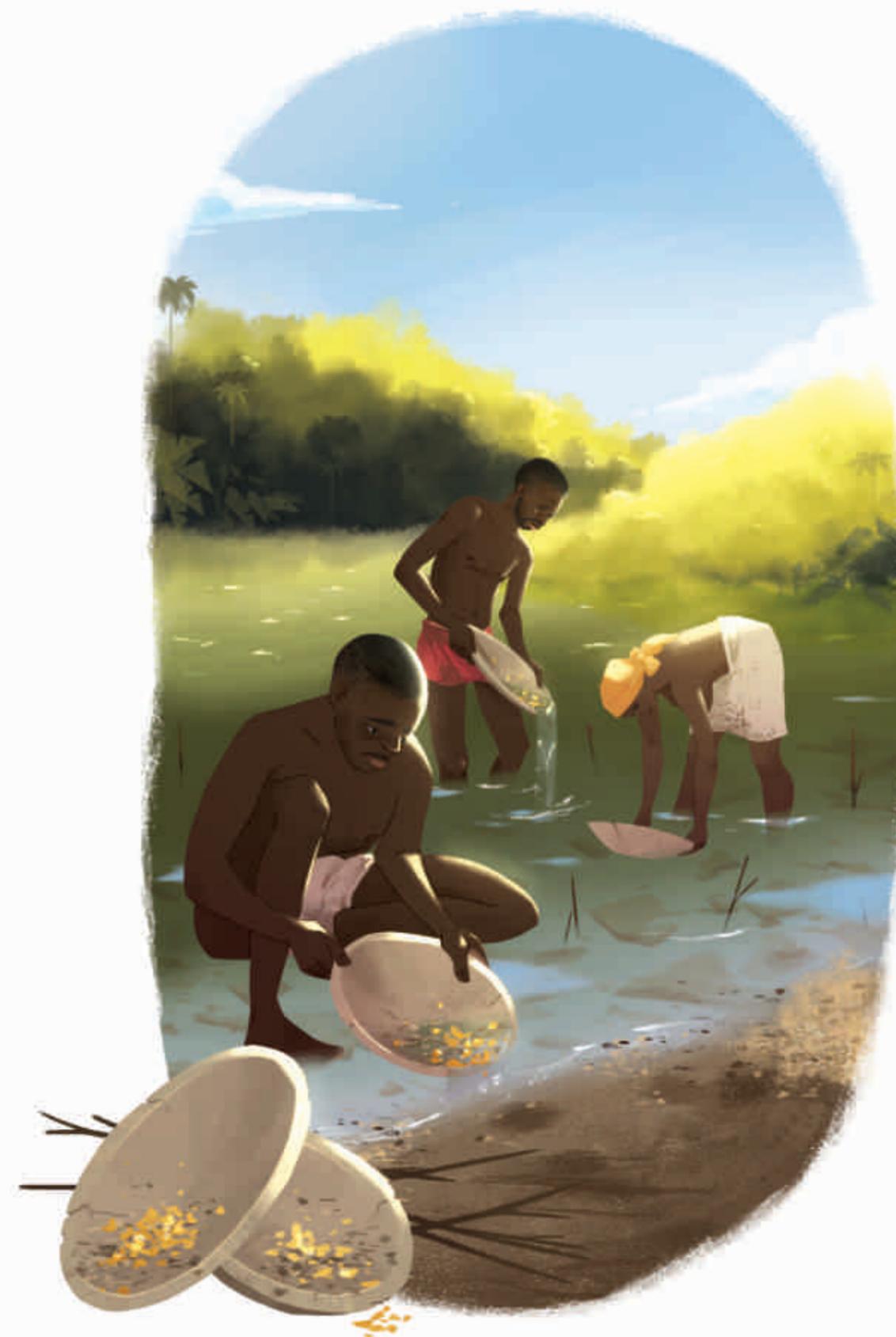
—Si van a Barbacoas, busquen a Isidro o a María Cruz Jácome, ellos son sus primos y viven allá. —Alzó la mano en señal de despedida y salió de la casa componiéndose el sombrero.

Hubo un silencio largo después de despedir al tío. Los jóvenes compartieron miradas inquietantes. ¿Cómo sabía que iban a Barbacoas? y ¿por qué el oro era una desgracia para los indígenas y la gente negra? ¿Cuál era ese verdadero tesoro de los indígenas del que les hablaba? ¿Quedaba algún tesoro indígena en estas tierras luego de los guaqueros y mineros ambiciosos?

CAPÍTULO 2

Fundaciones españolas

y los esclavizados del oro



LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

Cuento 2

Un viaje y un encuentro con mi historia

La grandeza de sus ciudades era del tamaño de la desgracia de sus constructores, deshabita las ciudades para tu propia libertad.

Siguiendo la ruta de la herencia planteada en el cuaderno del abuelo, habían llegado a Barbacoas, en la tarde de un día lluvioso y azaroso por el estado de la carretera. Esa noche durmieron en un pequeño hotel de la ciudad y madrugaron al río.

Estaban sentados en la mesa de un restaurante que daba al malecón. Manuel miraba al río y a la gente que subía y bajaba por las escalinatas, había un tumulto bullicioso que pasaba por la calle primera. Juvencio desayunaba rápido un plato de sancocho triple y lo enfriaba con una cerveza, mientras que su hermana sorbía un café negro, caliente y espeso.

—¡Primos! —Escucharon la voz de un hombre negro, de unos treinta años y algo corpulento, que con una sonrisa se desprendió del tumulto y se acercó hasta su mesa.

—Ah, primo Eduardo. —Lo reconoció Manuel. Juvencio alzó la vista de su plato

para mirarlo, se acomodó y le extendió la mano para saludar al primo. Eugenia miró a su primo con extrañeza: —Se parece mucho a mi tío Prudencio, —pensó.

—¿Cómo están? ¿Cómo quedó la familia?

¿Cuándo llegaron?, preguntó el primo, que no ocultaba la alegría de verlos. Haló una silla y se sentó en la mesa. —Mi tío Prudencio me llamó a contarme que venían y me dijo que me pusiera a sus órdenes.

—Gracias, primo. ¿Ya desayunó?

—Sí, primo. Gracias. Solo quiero saber cómo puedo ayudarles.

Manuel lideró la conversación.

—Venimos buscando una pista. Recibimos una encomienda que nos dejó el abuelo con unas preguntas. —Vaciló. —¿Por qué no le cuentas lo de la herencia, Eugenia? —Preguntó a su hermana, quien soltó la taza de café y mirando al primo, le dijo:

—Recibimos una herencia que no sabemos qué es, estamos siguiendo unas pistas y vinimos a Barbacoas porque según lo que nos dejó el abuelo, aquí la encontraremos pero no sabemos dónde, ni cuándo, ni por dónde empezar.

—¡Qué extraño! —Manifestó el primo.

—¿Cierto? —Siguió Eugenia. —Al principio pensé que era un juego del viejo pero da la coincidencia que nos encontramos una guaca, que nos robaron, tuvimos en las manos un tesoro pero lo perdimos.

—No vinimos a hablar de eso. —Se quejó Juvencio.

—¿Por qué dice que es extraño, primo? —Preguntó Manuel, interesado.

—Es que esta familia está llena de misterios bien raros. —Sentenció el primo.

—¿Cómo así? ¿Cómo así? —Se interesó Juvencio.

—No sé si esto tenga alguna relación con lo que buscan ustedes, pero a mí hace unos años me pasó aquí en Barbacoas algo que cambió mi vida.

Los jóvenes hermanos miraron al primo con inquietud.

—Sí, así como les digo, eso cambió mi vida.

—¿Y qué fue lo que le pasó? —Preguntó Manuel. Eugenia estaba a punto de preguntarle lo mismo.

—Pues si me lo preguntan les cuento, pero les ruego no interrumpirme.



El sancocho triple es llamado en Tumaco y parte del litoral Pusandao y contiene tres carnes: carne salada de cerdo (carne serrana), pescado seco y carne de gallina, cuando no, carne de vaca. Además lleva plátano verde, papas y yuca, y es condimentado con ajo, cebolla larga, chirarán (albahaca) y chiyangua (cilantro cimarrón).

—Vean. —Les dijo. —Yo nací y crecí en el río Satinga, aquí cerca, viendo pasar las balsadas de trozas de madera que los tuqueros traían para venderle a mi papá. Las convertían en tablas que se vendían en el pueblo o se las llevaban a Buenaventura o a Tumaco. Nunca me hizo falta nada. Desde muy joven mi papá me enseñó a andar con plata en el bolsillo y cuando estaba en los 15, él mismo me invitó a tomar cervezas para que me iniciara como un hombre. Terminé el bachillerato en el pueblo y no quise ir a estudiar. ¿Para qué? Si mi familia tenía plata. Cuando mi papá muriera yo iba a ser el dueño del negocio y para eso no necesitaba tanto estudio. De hecho, mi papá manejaba su negocio y solo había estudiado hasta quinto de primaria.

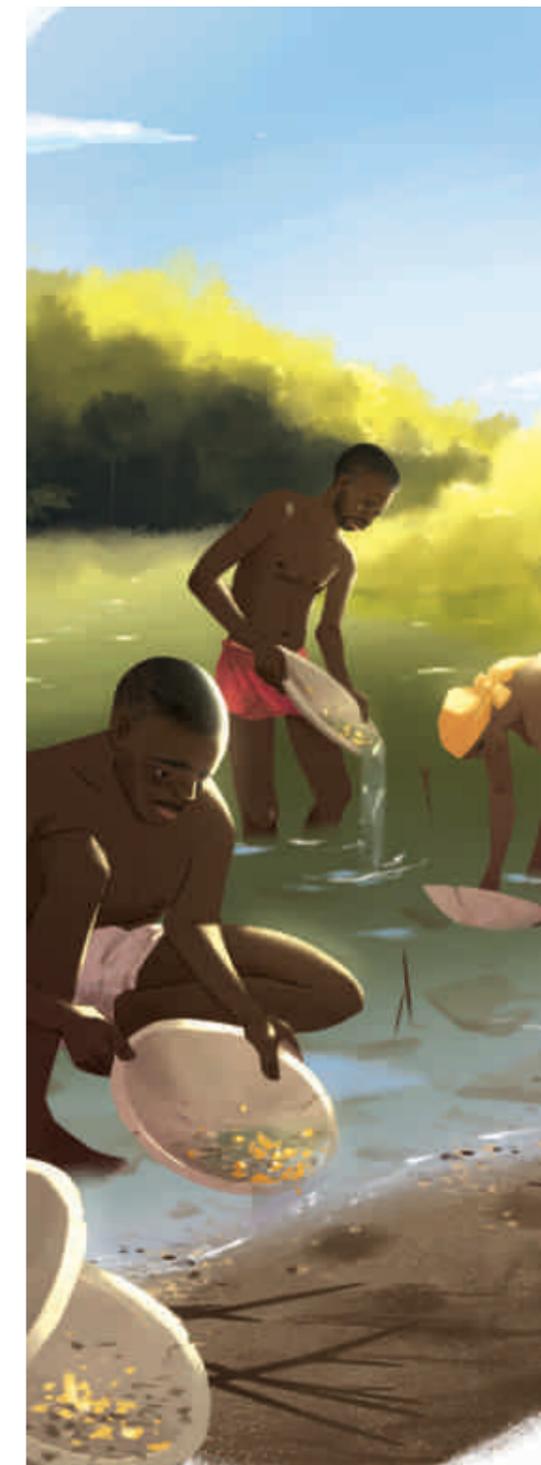
Los primos escuchaban atentos la historia del primo.

—Fue hasta cuando María Nela, mi novia, quedó en embarazo que mi papá me habló de eso de la responsabilidad de los hijos y me dijo que buscara un trabajo para mantener a mi hija. Así fue que comencé de profesor de español en el colegio, gracias a mi primo Eduardo que era el alcalde. Ahí estuve, como dejándome llevar por las aguas del río, convencido de que en estos pueblos no hay mucho que hacer y enseñar, pues todo se reducía a ponerle tareas a los muchachos siguiendo un viejo y destartado libro de Español que me habían conseguido unas primas, también profesoras.

Pero todo esto cambió y de eso es que quiero hablar aquí. En 1994 tuve que ir a un encuentro de profesores de Español en Barbacoas. Era una buena oportunidad para cambiar de aires y conocer esa legendaria ciudad de la que muchos en el pueblo hablaban. Viajamos varias horas desde aquí por el río Satinga, luego por el Patía hasta entrar por el Telembí. Como habíamos salido al medio día por las mareas, llegamos a Barbacoas a las seis de tarde.

El río estaba crecido y las lanchas se apeaban a la escalinata y había que seguir subiendo una decena de escalones mojados para llegar hasta el malecón que estaba a nivel de la calle primera. Ahí nos esperaba una delegación de profesoras que nos llevaron al Hotel del Castillo. Del río que bajaba aprisa venía un viento fresco y la niebla empezaba a darle una apariencia fantasmal a la pequeña ciudad, encumbrada en un recodo rocoso en la ribera sur del río Telembí.

Perdonen que me adelante un poquito, —dijo el primo. Después de los hechos que experimenté en ese viaje, leí que la ciudad fue fundada en 1616 como puerto fluvial por el capitán Pedro Martín Navarro. Cuando los españoles y sus descendientes consolidaron su poder en la ciudad, la producción de oro que sacaban los africanos esclavizados fue la mayor de toda la Nueva Granada. Oro que ayudó hacer a Barbacoas, pero sobre todo, a Popayán y otras ciudades coloniales, muy ricas. Cuando los afro lograron su libertad, ya no tuvieron mano de obra esclava para sacar el oro. Las familias esclavistas que vivían aquí, se fueron, unos para Quito, otros para Pasto, y los más para Popayán y Tumaco. Barbacoas pronto fue una ciudad fantasma, pobre y abandonada hasta que en la primera década del siglo XX, una multinacional norteamericana se ubicó en Mongón, más arriba de Barbacoas por el Telembí, y revivió la práctica minera pero ya no como en el siglo XIX.





Eduardo se dio cuenta que se estaba desviando un poco en su relato. Tosió y miró directamente a sus primos.

—Pero volvamos. De manera extraña, al siguiente día me desperté muy temprano y sentí un deseo de salir a caminar por la ciudad. Serían las cinco de la mañana. Salí del hotel y bajé por la misma calle por donde llegamos la noche anterior. Llegué hasta la calle primera y me fui caminando por el malecón. Las aguas del río habían retrocedido y se veía la orilla y la alta gradería, escondida por las aguas el día anterior. Me había detenido a mirar unas lanchas de hierro amarradas en la orilla, cuando la vi. Era una mujer negra, madura, con un vestido blanco que le llegaba hasta los pies. Subía por las escalinatas y de pronto me miró. Como yo también la miré, ella me sonrió y siguió caminando hasta alcanzar el malecón.

—Está muy bonito. ¿Cierto? —Escuché que me habló.

—¿Qué?

—El malecón, el río, la madrugada, todo. —La mujer señaló la orilla.

—Bueno, sí. —Dije, algo incómodo por la situación.

—Cuando yo nací, el río era menos ancho y esa escalinata no estaba, ni este malecón, era un lodazal terrible. —Habló serena, amable. —Por ahí subieron a los africanos esclavizados que traían para trabajar en las minas. Un largo y tortuoso viaje, desde las praderas africanas a este montañoso y lluvioso lugar, apilados en barcos, encadenados, mal alimentados, vendidos en Cartagena como si fueran animales. De ahí, otra vez en barcos más pequeños por el Atrato, hasta Quibdó, luego caminando hasta Popayán y de esa ciudad hasta aquí,

estropeados. Los trajeron con los pies sangrantes, las espaldas quemadas por el sol y los llevaron a las minas porque ya habían acabado con los indios sindaguas y necesitaban manos para trabajar.

La miré extrañado, ya todo era más inexplicable. Ella me volvió a mirar y sonrió.

—Usted, joven, se parece a uno de mis hijos...

Yo seguía en silencio.

En el lenguaje popular afrocolombiano, la palabra cholo designa a la persona indígena y al fenotipo que tiene el cabello liso, se dice que lo tiene cholo o de cholo.



Siguió contándome:

—Yo nací aquí, en esa casa, —señaló una de las casonas más grandes de la calle primera. —Mi mamá era una esclava de la cocina y mi papá trabajaba en una mina, pero un día se ahogó en un remolino del río. Yo crecí en estas calles, hasta los 18 años que fui liberada por una ley llamada Ley de vientres, que daba libertad a los hijos de los esclavos cuando cumplían sus 18 años.

La miré desconfiado y ella lo notó.

—¡Sí, allí crecí! —Reafirmó con seguridad. —Usted es muy joven. Así de joven era mi marido, cuando me llevó a vivir al Patía. Él había sido esclavo en Santa Bárbara de Icuandé. Allá trabajó en las minas hasta cuando fue reclutado para defender la ciudad frente a un militar español, Tacón creo que se llamaba. Después de la batalla que ganó el ejército libertador, el amo de mi marido le dio su libertad y él se vino por acá a buscar oro en unas minas abandonadas porque los esclavos se habían cimarronado. El general Mosquera nombró a Barbacoas capital de Colombia un día, y enfrentó aquí a un ejército español liderado por un cholo llamado Agualongo. Aquí vivían familias muy prestantes, blancas, que se hicieron ricas con la minería que trabajaba la gente como yo. Solo usaban ropas finas. Hasta las cucharas eran de oro.

En ese momento pensé que me había encontrado con una loca del pueblo; sin embargo, su relato era creíble, pese a que refería eventos ocurridos hacía más de un siglo y ella no se veía tan vieja.

Ella continuó:

—Cuando nos casamos fuimos a vivir con unos parientes en el río Patía, luego Vicente, que era como se llamaba mi marido, habló con su hermano y él le indicó unas tierras cerca de las de su familia y allí hicimos nuestra casa. Unos cholos que vivían cerca, nos ayudaron a construir la casa y mi esposo les pagó en oro por un potro y un canaete.

—Me miró. —¿Usted de dónde es, joven?

—Yo soy de Salahonda. —Le contesté.

—Ah, seguramente usted conoció a mi hijo. Se parecen.

—A lo mejor. —Dije. —¿Y cómo se llama usted?

—Congolina Castillo. —Contestó, sonriéndome.

El sol había salido entre gruesos nubarrones y la claridad del día vino también con los sonidos de la pequeña ciudad. Un motor arrancó en la orilla y se me ocurrió preguntarle a la mujer hacia dónde iba la canoa de hierro. La busqué con mi mirada y me quedé con la pregunta en la boca, porque ya no estaba. Una especie de escalofrío me invadió.

Lo que la mujer me contó era desconocido para mí. Mientras pasaron los días del encuentro, intenté buscar alguna información sobre el tema en la biblioteca de uno de los colegios y tuve la gran suerte de encontrar un par de libros que fotocopí y que después del encuentro, ya en Salahonda, empecé a leer con mucho interés. La historia que me contó la mujer, aunque sin fechas precisas, era cierta y estaba explicada en los libros que leí. Entonces me pregunté cómo pudo saberlo si ella no era



El potro o potrillo (potro más pequeño) es una canoa pequeña tallada de un tronco de árbol. Se diferencia de la canoa por ser más pequeño. Actualmente se hacen de fibra de vidrio. Entre los ríos Anchicayá en el Valle del Cauca, y Mira, hay varios tipos de potros y canoas que se diferencian por la pertenencia al río en que se usan.

tan anciana. ¿Leyó los libros, quizás? No pudo haber vivido en esos tiempos. Lleno de preguntas, hablé con un compañero, maestro de Historia, y él me pasó otro libro. Me di cuenta que todo lo que había dicho la mujer era cierto: la batalla de Iscuandé, el periodo de esclavitud, los sufrimientos de los esclavizados y su lucha por la libertad. Entonces se me ocurrió preguntarle a mi madre si nuestra familia era de Salahonda y me dijo que no, que sus abuelos habían venido del río Patía y que había tenido una bisabuela llamaba Congolina, esclava en Barbacoas pero liberada muy joven por su amo. No se imaginan el impacto. Pude estar hablando con mi tatarabuela. Eso era increíble. La idea me trastornó y por eso mismo seguí leyendo y estudiando, escarbando en la historia de mi familia. Al final comprendí que la historia que me contó mi tatarabuela, me daba la responsabilidad de seguir trabajando por la libertad de mi pueblo afrocolombiano y como maestro tengo una oportunidad de hacerlo.

Manuel, Juvencio y Eugenia, que habían seguido el relato del primo hasta el final, seguían en silencio intentando comprender los hilos invisibles con los acontecimientos en los que se habían involucrado.

—¿Congolina? ¡Así se llamaba la bisabuela! —Dijo asombrada Eugenia.
—¿Qué opinas tú, Manuel?

Manuel seguía pasmado con el relato del primo.

El que al parecer no había captado mucho era Juvencio que miraba la botella de cerveza del desayuno.

—Es muy extraño, por decir algo, pero la mujer que te habló de todo esto ¿se refirió a las ciudades de Santa Bárbara y Barbacoas?

—Sí, claro. Ella nació aquí y su marido en Santa Bárbara de Iscuandé. Ciudades donde llegaron cientos de africanos esclavizados.

—“La grandeza de la ciudad era del tamaño de la desgracia de sus constructores”, recordó Eugenia, haciendo esfuerzo por comprender. Luego de unos minutos en silencio, Eugenia los miró a todos.

—Muchachos, yo creo que se ajusta lo que nos acaba de contar el primo, con la pista dos que vinimos a buscar a Barbacoas. Miren, Santa Bárbara y Barbacoas eran ciudades de esclavistas, construidas con el sudor y la sangre de los esclavos negros, nuestros ancestros, algunos de nuestros familiares como los bisabuelos. ¿Y deshabitarla qué significa? Que la libertad de los esclavos significó la caída de los esclavistas y de sus ciudades, la libertad sería la otra grandeza, la construcción de la propia grandeza. La pobreza de las ciudades esclavistas y el nacimiento de otras ciudades con libertad y autonomía.

Los hermanos y el primo miraron a Eugenia con asombro y un secreto respeto. La joven iluminaba el camino a seguir.

—¿Entonces vinimos solo para eso? Se quejó Juvencio.

Todos lo miraron asombrados.

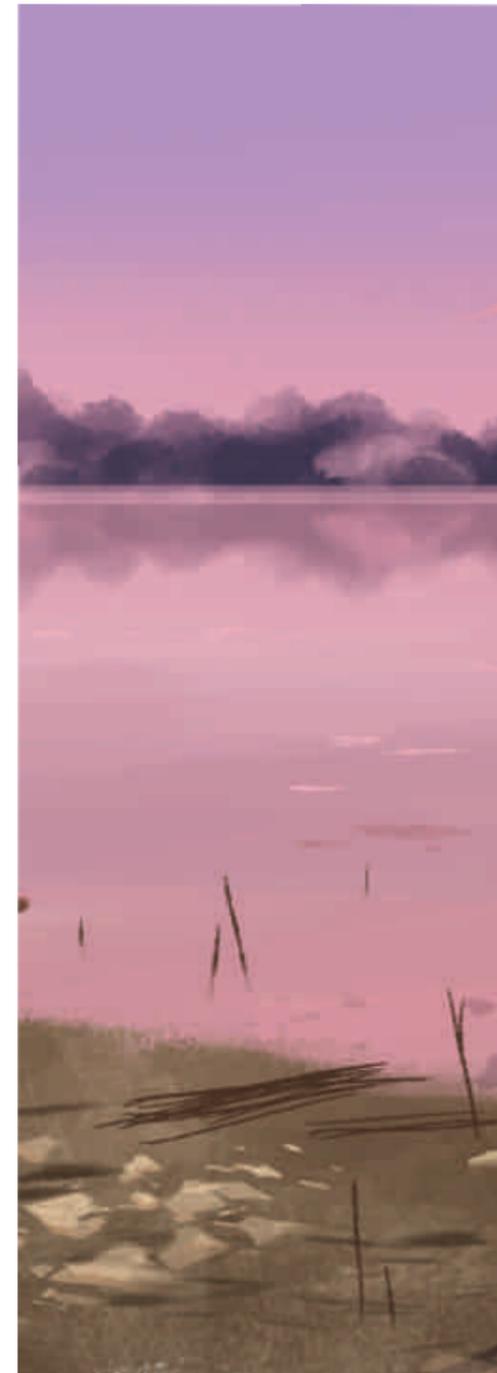
—No. —Ahora hay que ir por la tercera pista. —Respondió, rotunda, la joven.

—¿Y la herencia? —Volvió a preguntar Juvencio, sin entender mucho el camino que el abuelo había diseñado para ellos y que ya estaban transitando.

Juvencio seguía preguntándose por la herencia. ¿Cuál era esa herencia? ¿Dónde estaba? ¿La historia de los ancestros esclavizados era la herencia? ¿Para qué le servía conocer esa historia? ¿Conocer nuestra historia es parte de la herencia? Y se preguntaba qué otras sorpresas les aguardaban en esa búsqueda.

—Entonces, mañana temprano, salimos para Satinga, —dijo el primo.

—Listo, primo. —Y los hermanos Jácome siguieron mirando cómo bajaba el río Telembí, pensando en la pista sobre la finca que Satinga les deparaba.



CAPÍTULO 3

Leyes de libertad de los esclavos y la crisis minera en la subregión, viajando hacia las mares.



Cuento 3

Construyendo en ríos y esteros, pueblos de libertad

De la libertad vinieron a la esclavitud, de la esclavitud fueron a la libertad. Adivina adivinador, esa mujer negra con su canasto ¿a dónde va?

Llegaron a Bocas de Satinga el sábado, en horas de la tarde, cuando el poblado rebosaba de actividad y los tres bares del pueblo tronaban canciones de moda de ritmos mejicanos y caribeños, en los que resaltaban las alabanzas a los héroes del negocio de la coca, de sus aspiraciones de riqueza, sueños y tragedias, pasadas por muertes y amores truculentos.

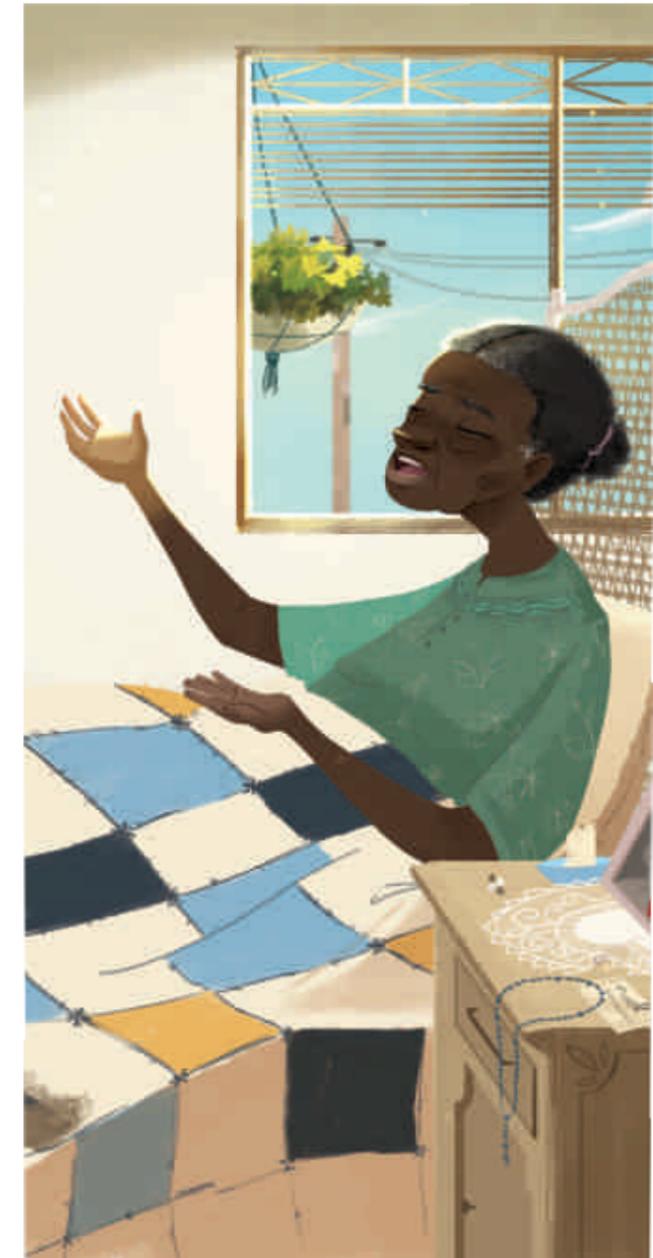
—¡Este pueblo es una rumba! —Dijo Juvencio, cuando se acercaban a la casa del primo Eduardo que los traía desde Barbaocoas a conocer otra parte de la familia.

Manuel y Eugenia se miraron cómplices.

La tarde terminó de caer con un sol brillante que hacía saltar chispas doradas de las aguas coloradas del río Satinga. Merendaron con la familia de Eduardo, mientras actualizaban veinte años de memorias familiares perdidas en el tiempo, reviviendo parentescos ignorados y hechos familiares comunes que hicieron del encuentro un descubrimiento para Eugenia y sus dos hermanos: su tía abuela, la mamá de Eduardo, María del Socorro Caicedo, prima de su padre. Una anciana de cabellera blanca y de cara huesuda, tallada por el tiempo con finas arrugas, que aunque postrada en una cama con cerca de 95 años, hablaba fuerte, aconsejaba y gobernaba una familia de siete hijos y cuarenta nietos reconocidos y otros tantos sin reconocer.

Fue ella la que pausadamente desenredó la compleja red de parentescos, señalando tíos y sobrinos, primos, hermanos y entenados, que se expandía desde Barbaocoas, pasando por Satinga hasta llegar a la Tola y a Tumaco. Los hermanos Jácome olvidaron por un rato el cansancio del viaje y escucharon con actitud casi religiosa las historias de la anciana, hasta que la mujer de Eduardo les indicó que habían arreglado unas camas en una de las habitaciones de los niños para que descansaran, y unos tinacos de agua fresca para que se lavaran el sudor del viaje. Los hermanos agradecieron la gentileza de la cuñada y acudieron a bañarse y meterse en las camas.

Esa noche, como a las cuatro de la mañana, fuertes golpes en las puertas de la casa y gritos angustiosos, despertaron a la familia. Cuando Manuel y Eugenia se unieron al grupo que había abierto la puerta, vieron a Juvencio tirado en la sala, borracho y con una pequeña herida en la frente. Daniela, la mujer de Eduardo, vino de su cuarto con alcohol y algodón. Su hija mayor puso a calentar agua. En los siguientes minutos lo



Entre los afrocolombianos de la subregión, ñaña y ñaño significan hermana y hermano. También se usa el diminutivo ñañito o ñañita.



curaron y Juvencio se quedó dormido, entre quejidos de dolor y el efecto del licor. Manuel y Eduardo salieron al andén de la vivienda a cerciorarse de que no hubiera algún peligro para la familia. Eugenia ayudó a acomodar a Juvencio.

—Este sinvergüenza la embarra en todos lados. Ya estoy aburrido de Manuel.

Eugenia lo miro en silencio.

La luz del día siguiente llegó temprano y el movimiento de la familia se reinició: Eugenia y Daniela se ocuparon del desayuno, mientras que la adolescente acudía con agua para bañar a la abuela. Los niños prendieron el televisor y Manuel y Eduardo durmieron hasta pasadas las nueve de la mañana. Juvencio apareció en la sala como a las once a preguntar por desayuno y a quejarse por el dolor en la frente y por el guayabo.

—¿Cuándo vas a madurar? —Lo reprendió Manuel.

—Lo que hiciste anoche fue una irresponsabilidad mayor. Nunca imaginé que te fueras a escapar a emborracharte y a ponerte en peligro en este pueblo... —Le dijo Eugenia, mostrándose decepcionada.

—Está bien, ñana. Aquí estoy, ¿no? Solo salí a divertirme un poco.

—¡Llegaste borracho y herido! ¿En qué lío te metiste? —Le reclamó Manuel.

—En nada, solo fui a divertirme. Creo que me caí cuando venía. No más, para eso yo soy un hombre mayor. ¡Yo soy un hombre libre! —Enfatizó con voz fuerte.

—No necesito ni sus regaños ni su permiso. Quería ir a divertirme, lo hice, tuve un pequeño accidente y ya. Estoy bien.

—No, no estás bien, Juvencio, no estás bien. —Le reprochó Eugenia. —No estás en tu casa de Chilví. Allá puedes hacer lo que tú quieras, andar de loco en tu moto, beberte todo los rones que quieras, pero por favor demuestra un poco de respeto por la casa del primo.

—Y recalcó. ¡Y eso que dices de que eres libre, a mí no me parece que sea libertad!

Estaban discutiendo cuando se oyó la voz de la abuela. La sala se silenció, todos se miraron. Se volvió a escuchar la ronca voz de la abuela, esta vez más tranquila.

—¿Qué es lo que pasa, muchachos? —Preguntó la anciana desde su habitación contigua a la sala.

Hubo como un balbuceo entre los presentes.

—Vea mamá, no fue nada. —Contestó Arturo que entró a la alcoba. Detrás de él entraron sus hijos, su compañera y sus primos.

—¡Cómo que no fue nada! Yo no estoy muerta. Yo oí anoche que llegó alguien borracho y herido y ahora los oigo discutir. Cuéntenme qué es lo que está pasando.

Entonces Eduardo le contó, palabras más, palabras menos, lo sucedido con el primo.

—La libertad. ¡Aja! La libertad. —Dijo la abuela. —Siéntense y yo les cuento un cuento sobre la libertad.



Jurado Novoa, (1999:203), informa que la provisión de esclavizados africanos para Barbacoas y Raposo entre 1710-1730 se realizó desde el Golfo de Benín el 30.8% Senegambia 15.4 %, Costa del Oro 15.4%, África central 7.7 %, Guinea 7.5% y otros lugares de la costa africana sin definir 15,4.

Todos se miraron y luego se fueron acomodando frente a la abuela, en silencio.

—El abuelo mío, me contó que a ellos los trajeron de una región de África que los españoles llamaron la Costa del Oro. Él no hablaba bien el castellano como nosotros, pero hacía esfuerzos por aprenderlo. Nos contó también que su tierra natal la llamaban Senegal, que pescaban, cultivaban el cacao y tenían ganadería. Nos contaba unos cuentos de príncipes, reyes y guerras. Nos decía que de ahí vienen nuestras raíces. Contaba también que de África trajeron muchas personas como nosotros, de varias naciones o pueblos como Gambia, Congo, Senegal. Los trajeron como animales, encadenados, tirados en un barco repleto de gente, aguantando hambre, frío y el dolor de dejar su tierra.

—Abuela, ¿todos los negros de esta región llegaron hasta Iscuandé y Barbacoas?

—Preguntó Manuel

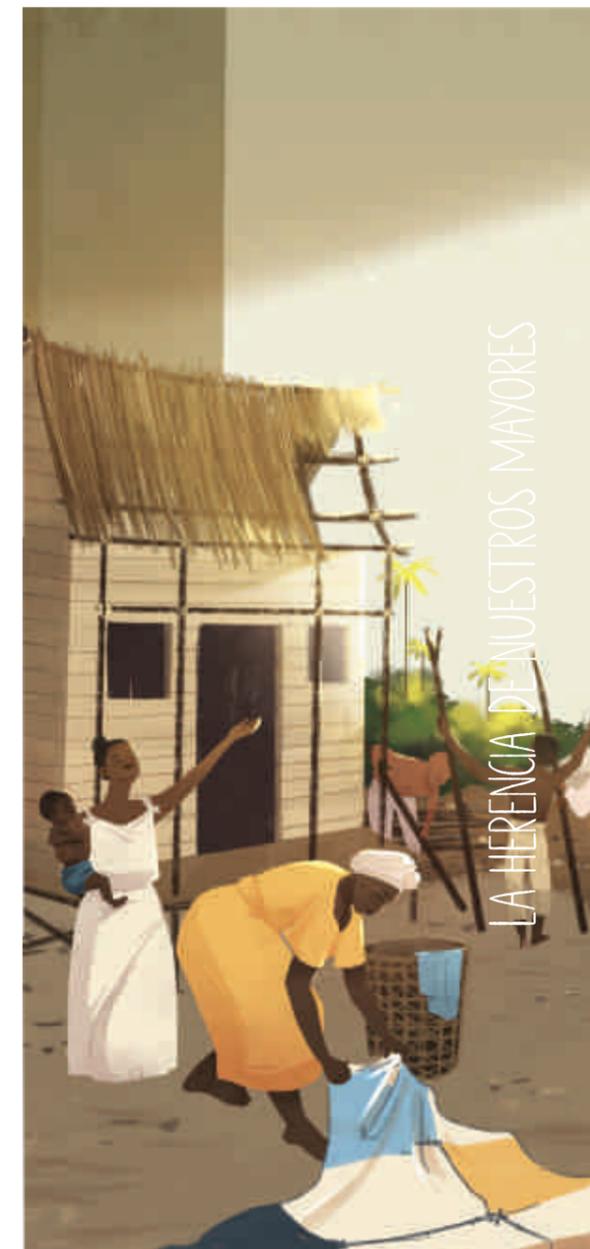
—No, mijo. También vinieron del norte de Ecuador. Esa es una historia muy bonita. Fíjense que un barco que llevaba africanos esclavizados se hundió frente a las playas de lo que hoy es Esmeraldas en 1553, entonces los africanos se escaparon y nadaron hasta la

playa y de ahí se internaron en el manglar. Buscaron lugares dónde esconderse y construir su palenque, y ahí resistieron al ejército de los españoles muchos años, hasta que negociaron vivir en paz en ese territorio con las autoridades españolas. Se le llamó la República de los Mulatos y sus descendientes se llamaron los hijos de Manuel Illescas que fue su líder.

La abuela hizo unos segundos de silencio y continuó con su relato.

—Pero hacia 1640, los españoles trajeron a muchos africanos desde Cartagena a Barbacoas e Iscuandé. Los obligaban a trabajar en minas de lunes a sábado todo el día. Al que no lo hacía bien o se resistía, lo castigaban con látigos de cuero o con el cepo. Los llamaban “negros”, “esclavos”, “piezas de mina”; eran propiedad de un amo. ¿Imaginan ustedes lo que vivían esas personas, mal vestidas, mal comidas, obligadas a trabajar para un amo, sin familias, sin una mamá, sin un hermano que les tendiera la mano? —Preguntó la abuela, haciendo una mirada periférica que los atrapó a todos. —Yo creo que ustedes los renacientes, no se imaginan el horror que vivieron nuestros abuelos y bisabuelos africanos esclavizados aquí, sin embargo, ustedes y yo estamos aquí. Vivimos la libertad, vivimos libremente.

La abuela calló y suaves lágrimas enturbiaban su mirada. Respiró como tratando de que la vida no se le escapara y continuó.



LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES



—Esa libertad de la que gozamos ahora, les costó tanto sudor y sangre como la esclavitud. Nuestros antepasados no dejaron de luchar por ser libres. Pelearon en todas las guerras de este país, al lado de quien les ayudara a ser libres. Y lo lograron. Consiguieron que Simón Bolívar y el Congreso de Cúcuta firmaran una primera ley, la Ley de Partos, y luego, con los liberales en 1851, lograron que se firmara la ley definitiva de libertad de los esclavos en toda Colombia. Pero antes de eso, muchos ya eran libres porque trabajando los domingos reunieron el oro suficiente para comprar su libertad y la de algunos familiares. Luego vinieron a estos ríos, a estas playas, a construir familias y caseríos, a vivir su libertad; pero, ¿qué era

la libertad para ellos? ¿Dejar las minas y la casa del amo solamente? No, ellos pensaban en la responsabilidad que tenían con sus hijos y lo que les iban a dejar en la vida, trabajaron duro, porque para ellos la libertad no era ir por ahí a emborracharse todas las noches, como muchos de ustedes lo hacen irresponsablemente, sino trabajar duro y tener su tierra para sostener su familia. Eso de emborracharse lo permitía el amo que les daba aguardiente a los que les gustaba, para que se olvidaran del maltrato en que vivían. Así hay muchos ahora que dejaron las cadenas del amo para ser esclavos de los vicios y las malas costumbres... Sin responsabilidad no hay libertad, me dijo el abuelo y se los digo hoy yo a ustedes.





Ley de Partos o de Vientres de 1830, por medio de la cual se liberan solo a los esclavizados que nazcan después de 1830 y cuando cumplan los 18 años.

Manuel miró a Juvencio, que concentrado en el relato de la tía abuela, se notaba preocupado. Reparó en que Eugenia parecía extasiada con ella.

La anciana se volvió a arropar con una manta hecha de varios retazos multicolores.

—Muchachas, vayan a hacer el almuerzo que estos muchachos deben haber quedado con mucha hambre después de lo que les conté.

—Sí, mamita. —Dijo la nieta.

—¿En qué puedo ayudar? —Preguntó Juvencio.

Manuel y Eugenia lo miraron admirados.

—¿Qué? —Les preguntó, al notar que lo observaban. —Dígame qué hago, cuñi.

La mujer del primo le sonrió.

—Gracias cuñi, puede ayudarme con unos pescados que necesito arreglar para el almuerzo, los tengo en la nevera, venga. —Y salieron de la habitación de la abuela seguidos de los demás.

Al mediodía, cuando almorzaban, sentados a la mesa unos y otros acomodados en la cocina, Juvencio se puso de pie, y ante el asombro de sus hermanos, su primo y la familia, dijo:

—Quiero que todos los que están aquí me disculpen, me perdonen por lo de anoche, yo sé que hice mal, fue una irresponsabilidad como lo dijo la abuela. Ñaño Manuel y Eugenia. —Dirigiéndose a sus hermanos y casi a punto de llorar. —Lo siento mucho, los he avergonzado y pido que me perdonen. Yo he sido malacabeza pero anoche me pasé. Conocerlos, escuchar su historia, primo, y la de la abuela, me ha hecho pensar en lo equivocado que uno puede estar y en el daño de entender mal la libertad. Les prometo que a partir de hoy voy a valorar mucho más esa libertad que conquistaron nuestros abuelos.

Sus familiares lo miraron con ternura y una especie de alegría los cubrió a todos, como una manta protectora.

Eugenia se preguntó si ella hacía buen uso de su libertad y otras cuestiones le pasaron por la mente: ¿Cómo hacemos los jóvenes para vivir nuestra libertad con responsabilidad? ¿Somos esclavos de nuevas esclavitudes? ¿Qué nos enseña la lucha de los ancestros afrocolombianos sobre el valor de la libertad? ¿Ha mejorado nuestra situación con respecto a la de nuestros ancestros africanos esclavizados? La esclavización se basó en la idea de que el blanco europeo era superior al negro africano, ¿ese pensamiento se ha superado en la actualidad?

La falta de oportunidades económicas de muchos pueblos afrocolombianos hoy tiene raíces en la esclavitud. ¿Qué hacen los gobiernos actuales para mejorar la vida de los pueblos afrocolombianos? ¿Tú como joven qué puedes hacer?

CAPÍTULO 4

Comuneros de Tumaco y la subregión en la guerra de independencia



Cuento 4

Mujeres rebeldes, mujeres de libertad

La rebeldía de una comunera puede despertar en ti la rebeldía escondida en tu corazón.

Habían vuelto desde Satinga a Tumaco por el río hasta Salahonda, y desde ahí por el mar en una lancha rápida. Un mensaje emitido por Radio Mira los había sacado corriendo de Satinga: su madre estaba en el hospital. Su salud se había complicado la última semana y era urgente la presencia de sus tres hijos. Llegaron con la marea de la tarde, con la angustia y el temor de no encontrar a la madre. Saltaron de la lancha y corrieron al hospital. El anciano padre, don Barto, y otros parientes, los esperaban. Sus rostros tristes y resignados les confirmaron su preocupación: La madre luchaba por salir de una crisis que amenazaba con terminar con sus días, pero la anciana maestra de escuela luchaba segundo a segundo y no se dejaba morir.

Doña Dolores había nacido en Satinga y se había criado en Barbacoas donde se graduó a los dieciocho años de bachiller normalista. Desde entonces había recorrido la mayoría de los pueblos de la subregión ejerciendo como maestra. A Chilví había llegado casada con Bartolomé Dájome, don Barto, el padre de sus hijos, agricultor y compañero inseparable.

Cuando Eugenia vio a su madre en una camilla del hospital, enchufada a un aparato respirador, sintió tristeza, rabia y culpa. Culpa de haberla dejado sola la última semana y por no estar para acompañarla. Sus hermanos trataron de consolarla pero no pudieron. Esa noche la pasaron en vigilia, arrumados en el portal del hospital y sentados en el parque de enfrente de la iglesia, al otro lado de la calle.

Allí amanecieron. A las siete de la mañana los dejaron ver a la enferma. El médico local dijo que se le habían suministrado unos medicamentos y que dormía. Esperaba una reacción positiva en horas de la mañana, si no, había que llevarla a Pasto o a Cali, pues ellos ya habían hecho todo lo que podían. Compasivo, les extendió otra fórmula con medicamentos.

La familia encargó a Eugenia de ir a comprar parte de las medicinas. La joven no vaciló y se dirigió a buscar una droguería. Estaba allí cuando una mujer madura, de unos cuarenta años, la abordó.

—Señorita Dájome, tiempos que no se dejaba ver usted por estas tierras.

Eugenia se volteó para ver a la mujer que le hablaba.

—Maestra Rosario, ¿cómo está usted?

Fue un corto y poco efusivo saludo entre una maestra y su antigua alumna. La maestra notó la tristeza de la joven.





—¿Y su familia cómo está?

La joven quiso responder con normalidad pero las lágrimas no la dejaron.

—Mi mamá se está muriendo y... —La joven no alcanzó a terminar la frase y se echó a llorar. La maestra la abrazó y la condujo por la calle hasta el parque Colón, allí se sentó con ella a consolarla. La joven entre lágrimas y palabras entrecortadas, contó a la maestra su tristeza por la madre que se debatía entre la vida y la muerte.

—Conociendo a su mamá como la conocí, cuando trabajábamos juntas en las escuelas de este pueblo -aseguró la maestra con seguridad en la voz-, yo creo que va a poder con esto también. Ha sido una mujer luchadora. La recuerdo montada en esas canoas yendo a escuelas donde nadie quería ir. Educó con pasión a muchos jóvenes, varias generaciones le deben a su trabajo los conocimientos y el gusto por el saber que ahora tienen. Así que tranquila, no se angustie, hija. Ella no se va a ir todavía.

La maestra abrazó a la muchacha que sollozaba.

—Mira. —Le indicó. —¿Ves ese monumento?

Eugenia se secó las lágrimas y buscó el monumento que le señalaba su profesora.

—Sí, es Rosa Zárate. —Contestó, preguntándose qué tenía que ver ese monumento con la vida de su madre.

—Te va a parecer raro lo que te voy a contar, pero tu madre, como otras mujeres negras de este pueblo, deberían tener un monumento como Rosa Zárate. —¿Recuerdas la historia? —Siguió la maestra, mientras Eugenia volvía su atención. —Esa mujer fue ahorcada en este pueblo, en la isla La Viciosa en 1781, por atreverse a liderar una protesta contra los impuestos injustos que funcionarios de la Corona Española cobraban a los pequeños comerciantes de la época en Tumaco. No era de aquí, era quiteña, pero eso no le importó, y con su esposo Elías de la Peña y el líder afro José Vicente de la Cruz, lideraron una revuelta que paralizó la vida administrativa del puerto colonial de Tumaco por varios días, asunto que hizo que funcionarios de Quito mandaran a detener el movimiento, apresar y ahorcar a los responsables.

Orden que se llevó a cabo. Al parecer el líder afro escapó hacia la selva pero la quiteña y su esposo fueron colgados hasta morir en la playa de La Viciosa, en lo que ahora se llama El Bajito.

—Pero ella no fue la única mujer que participó en una protesta en ese tiempo. Manuela Beltrán, en una pequeña ciudad de Santander, un domingo de mercado, arrancó el papel que anunciaba mayores impuestos para los productores de tabaco e inició una revuelta protagonizada por campesinos. La razón es que estaban ahogándose por la elevada carga de impuestos que España les imponía. La Revolución de los Comuneros como se le llamó, con revueltas semejantes en todo el territorio de la antigua Nueva Granada, que iba desde la actual Venezuela hasta el Perú, fue para algunos historiadores, la puerta de entrada de la revolución de independencia, que liberó a la actual Colombia del dominio español a inicios del siglo XIX.

Eugenia miró interesada a su maestra.

En la Guerra de Independencia no solo estuvieron negros hombres sino muchas mujeres, especialmente negras libres que apoyaban el ejército libertador, preparando los alimentos, curando a los enfermos y viajando con la tropa como cualquier otro soldado.



—Ella no fue la única mujer distinguida por su valor en la resistencia contra los españoles. También estuvo Policarpa Salavarrieta, llamada La Pola, que ayudó en los primeros años de independencia de la República después de 1810. En la Guerra de Independencia no solo estuvieron negros hombres sino muchas mujeres, especialmente negras libres que apoyaban el ejército libertador, preparando los alimentos, curando a los enfermos y viajando con la tropa como cualquier otro soldado.

La profe miró con ternura a Eugenia que había dejado de llorar.

—Tu mamá está en la lista de esas mujeres, no haciendo revueltas como Rosa Zárate o La Pola, no, ella libró su lucha en estos territorios para derrotar la ignorancia de los suyos y llevarlos a la libertad que da el saber y el conocimiento. Entonces no te entristezcas, no te preocupes más. Si Dios se la quiere llevar, que así sea, pero te prometo que ella va a encontrar el camino de librarse de la muerte esta vez también.

Eugenia abrazó a su profe y se despidió de ella.

Caminando hacia el hospital, una imagen de la madre la alcanzó: la vio caminando en un caserío visitando todas las casas del pueblo, invitando a los padres de familia a llevar a los niños a la escuela, aconsejándoles que les compraran los libros, proponiéndoles que leyeran con ellos, peleando con unos porque en vez de llevarlos a la escuela se los llevaban a trabajar a las fincas o a pescar en el río. La vio liderando esas comunidades para organizar las calles y los embarcaderos. Y se preguntó ¿cuál era la herencia que le

dejaría su madre si llegara a morir? Y no dudó en responderse: su ejemplo de vida, su decisión de luchar por los niños con su profesión de maestra. Y entonces, se preguntó, ¿qué haría ella, Eugenia, con esa herencia? ¿Qué haría de su vida? ¿Sería una mujer sumisa y resignada o una mujer lideresa de su pueblo? ¿Sería otra Rosa Zárate? Y la idea de terminar su carrera en la universidad, trabajar en su finca familiar y con las mujeres de su vereda, enamorarse de un hombre que fuera más que un marido, un compañero... y así, la tristeza se le fue desvaneciendo y en su corazón vio que su madre la acompañaría.

Cuando llegó al hospital, sus familiares estaban más animados. Su madre había salido de la crisis y el médico estaba recomendando a la familia cómo cuidarla en la casa. Eugenia se acercó a la camilla y la abrazó, convencida de que iba a tenerla por muchos más años en su vida.

Luego salió del hospital y recordó lo contado por su profe y las preguntas se le amontonaron en la cabeza: Y las mujeres de su época ¿qué tendrían para aportar a su pueblo? ¿Esas maestras y maestros mal formados o sin formación que venían a su vereda el martes y se iban el jueves qué podían hacer por los niños y adolescentes de esta generación? ¿Ese tipo de docentes educaban por convicción o solo estaban allí para ganarse un dinero? ¿Su compromiso era la formación de los menores o estaban ahí gozando del regalo que un político les había hecho? ¿Les importaba realmente la educación de esos muchachos? Eran muchas preguntas, y eso volvió a ensombrecer su mirada.



La Perla del Pacífico



CAPÍTULO 5

LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

Cuento 5

La Perla del Pacífico

Si la perla brilla con su luz eterna, quizás su brillo te esclavice toda una eternidad.

Recuperada la madre, los hermanos Jácome volvieron a su recorrido inicial en busca de la herencia. Esta vez viajaron a una vereda en el río Gualajo, en la ensenada de Tumaco, donde vivía el tío Eusebio de quien tenían noticia por don Barto que podría ayudarles a encontrar otras pistas de lo que estaban buscando ansiosamente.

El viejo Eusebio los recibió muy alegre, los hizo seguir a la sala de la casa de madera y se sentaron en unos sillones. Se los había encontrado en el embarcadero preguntando por él, que coincidentalmente había salido a amarrar una canoa porque la marea estaba alta. Les sirvieron un tapao de bagre ahumado con chocolate molido en piedra y endulzado con miel de caña de la finca del viejo.

—Aquí tenemos todo lo que necesitamos. —Explicó el viejo. —Mis hijos se han ido a otros pueblos y ciudades, pero yo me he aguantado aquí. Algunas personas no valoran lo que tienen sino hasta cuando lo pierden. Aquí en la finca tenemos coco, plátano, chontaduro, arroz, caña. La vieja Juana sigue con sus gallinas y tuvo bastantes cerdos. Cuando queremos comer pescado, no más es ir a la caleta, poner el trasmallo y ya se tiene para la semana. Yo hice bien en traerme a mi Juana de Tumaco y hacer nuestra vida en este río, donde creo que hemos sido felices.

El viejo siguió contando, y poco a poco, al ritmo de sus palabras, en la mente de Manuel y Eugenia se iban creando las imágenes de una ciudad, la Tumaco de los años 20 del siglo XX. Esto es más o menos lo que les contó:

—El desfile avanzaba lento, encabezado por el vicario y el alcalde, el uno español, el otro mestizo, descendiente payanés, criollo. Detrás de ellos, levantado en hombros, el Cristo sufriente clavado en la cruz de madera llevado por un grupo de hombres ilustres de la ciudad que se repartían el honor de cargar la sagrada imagen. Todos vestían de blanco, camisas y pantalones de corte inglés; detrás iban las monjas bethlemitas con hábitos oscuros y las mujeres prestantes de la sociedad local, vestidas de negro y los rostros cubiertos con finas sedas. En seguida, jóvenes de ambos sexos, blancos y mestizos, todos de blanco. Se notaban las cadenas y los aretes de oro, algunas intercambiaban miradas y gestos, mientras a una sola voz se oía el canto de un Ave María largo y lento, como el desfile. Después de este grupo, que era la clase rica de la sociedad local, iban los mestizos pobres, los negros adinerados, y al final, los negros pobres pero fieles. El cielo lucía gris, las masas de nubes que como una coraza de algodón protegen la isla, amenazaban con lluvia. Era viernes santo de 1924 en la ciudad de Tumaco y la Perla del Pacífico mostraba su fastuosidad. El desfile se había iniciado en la Iglesia de las Mercedes e iba por la calle Obando. Desde casonas de madera de dos pisos y balcones



balcones suntuosos, con las puertas y ventanas adornadas con flores e imágenes impresas del Cristo, los vecinos asomados, veían pasar la procesión. Fue en una de esas ventanas que vi a Juana asomada en la esquina de un balcón, mientras que un par de jóvenes mestizos y una anciana, despedían el cortejo. Me detuve entre el caudal de gentes que como un río avanzaba por el andén y emocionado por el encuentro, grité:

—¡Juana! ¡Juana!

Pero Juana pareció no oírme. Seguí de pie ante el balcón en el andén del frente y ella parecía distraída en el desfile. Entonces volví a gritar más fuerte. El grupo de personas que pasaba me miró con enfado pero seguí de pie, alzando las manos para que Juana me notara pero ella seguía entretenida con las personas que veía pasar como pasaba el agua allá en el río de nuestra infancia. Pronto el desfile pasó y Juana, los jóvenes y la anciana, entraron a la casa. Yo vi con dolor cómo mi Juana se perdía detrás de la puerta, sin mirarme, sin saber que yo estaba allí, buscándola, cumpliéndole la promesa que le había hecho hacía ya más de cuatro años atrás, en la vereda donde nacimos.

—Tío ¿cómo era esa ciudad?

—Preguntó Juvencio.

—Sobrino. —Contestó el tío recuperando el relato. —Tumaco era una ciudad pequeña pero hermosa, muy lujosa, sobre todo donde vivían las familias nobles y extranjeras. Estaba construida sobre el lomo de una isla continental que se abría hacia el norte con dos brazos de tierra separadas por un estero, por el que fluía la marea cuando subía o bajaba y los pobladores negros, pescadores y campesinos, entraban y salían con sus canoas cargadas de plátano o de pescado. La población blanca y mestiza ocupaba el brazo más ancho de la isla que daba al estuario oriente y miraba a la isla del Morro y a la ensenada. Viviendas de madera fina, construidas con diseños de arquitectos españoles e italianos, rodeaban el Palacio Municipal, la casa parroquial y el colegio de las hermanas bethlemitas. Caserones de dos pisos que evocaban la arquitectura barbacona del siglo XIX se extendían alineados por la calle del Comercio mirando hacia los esteros de La Resurrección y Agua Clara. El Puente del Progreso que se levantaba sobre el estero para unir la calle Mosquera que venía desde el Parque Colón hasta el barrio Las Palmas, al otro lado del estero. La isla de Tumaco estaba protegida por la isla del Morro que penetra la ensenada con su Quesillo, la isla La Viciosa que la protegía por el occidente, y más allá, en medio de las olas, por la Isla del Guano.

—Yo recorrí todas esas calles y caminé las playas de esta ciudad buscando a Juana. —Confesó el viejo. Y siguió contando: era un pequeño grupo de familias blancomestizas que había logrado darle vuelta a la crisis del sistema esclavista en Barbacoas y ahora aprovechaba para hacer dinero con el comercio del “oro verde” en la isla de Tumaco: la tagua, la resina de caucho, la cáscara de mangle, entre otros productos de la subregión, protegidos por los gobiernos que habían empezado en el siglo XIX, cuando el Congreso de 1842 por decreto del 19 de junio, le quitó al puerto el deber del pago de los derechos de aduana a los artículos que llegasen para el consumo de sus habitantes.

Juana y yo nacimos el mismo año aunque en distintos meses, vivimos nuestra infancia corriendo por la orilla del río, subiéndonos en las canoas, pescando juntos en la quebrada y trepando en los árboles de guaba, de pepépán y de naranjas, para compartir el gusto por las frutas, hablando y riéndonos de nosotros y de las cosas que hacíamos. Algo nos unía desde que a los 12 años que nos conocimos, parecía que nos necesitáramos el uno al otro para seguir creciendo felices, hasta el día que Juana se fue hacia las mares, hacia la ciudad de Tumaco. Su mamá se la había entregado a una maestra que le prometió acabarla de criar y educarla como una señorita de ciudad. Tenía catorce años cumplidos.



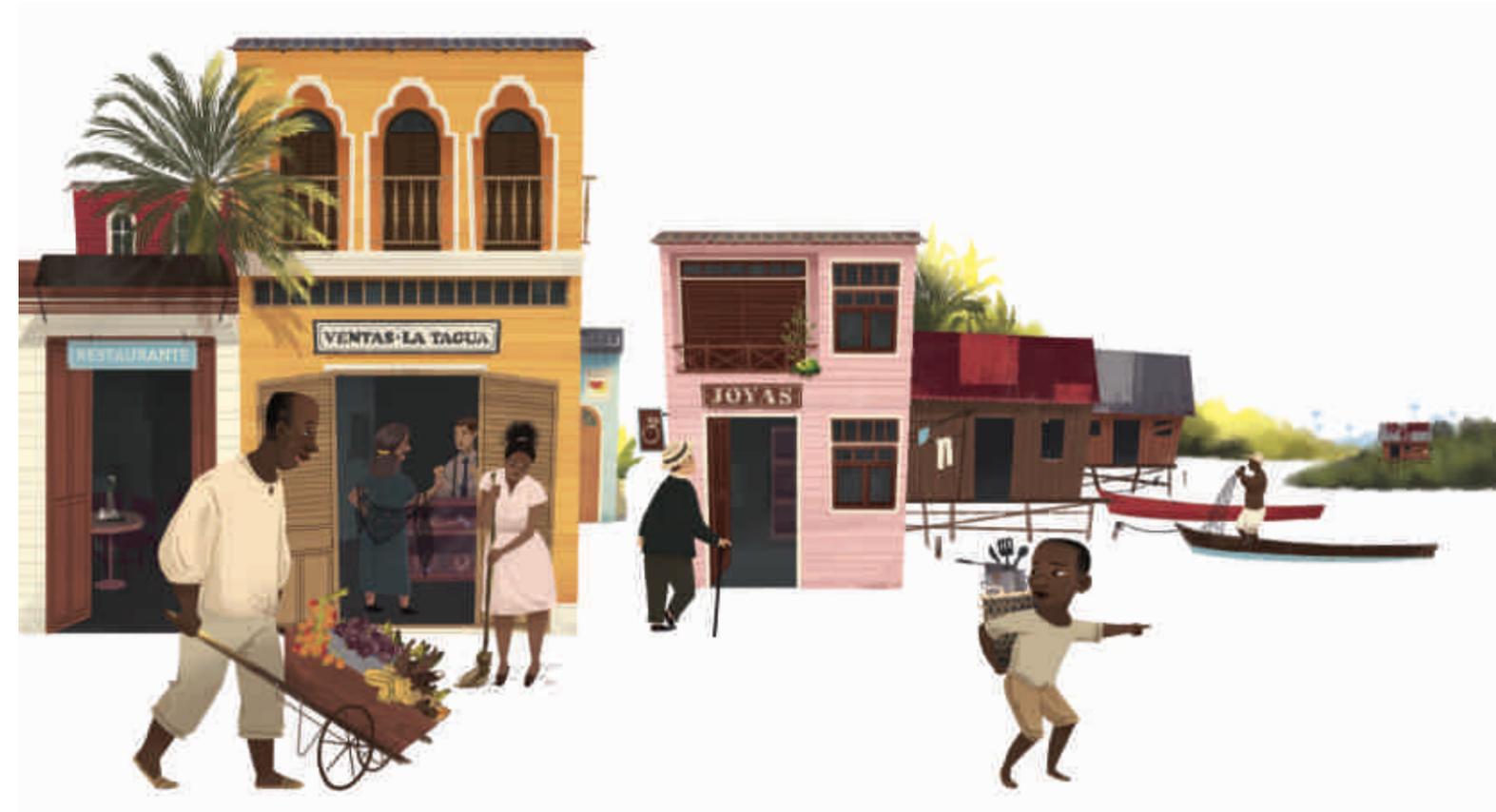
Los legisladores de la República se preocuparon de manera especial por fomentar el comercio en Tumaco para lo cual expidieron varias leyes. Como la del 10 de abril de 1852 y la del 31 de enero de 1888, entre otras.

Al viejo se le asomaron unas lágrimas, seguramente por los recuerdos de su adolescencia.

Con la partida de Juana, supe que había dolores más profundos que los de cabeza, de las caídas de algún árbol, del mal de estómago o de las cortadas con el machete, pues esos, mi abuela me los curaba con emplastos de hierbas y bebidas aromáticas. Pero el dolor de la partida de Juana era una herida que nadie pudo curar. Un dolor sin sangre, profundo pero sin fiebre, que dolía más arriba del estómago y más abajo de la cabeza, cuando miraba el río y la recordaba. Que me dolía por las tardes de lluvia, al recordar que nos bañábamos juntos en la quebrada, al escuchar alguna voz parecida a la suya: era un mal del alma, un dolor que empezó a consumirme desde adentro, que me quitó el apetito, me arrancó la lengua para dejarme mudo, me inundó los ojos de unas lágrimas perpetuas y me estaba matando de a poquitos. Entonces vino mi abuela, llegó con sus curas mágicas, con sus emplastos y sus sobijos con ruda, matarratón y hierba de chivo; pero nada de eso me sanaba. Varios meses tuvieron que pasar para que

mi alma juvenil se reparara. Se fue curando lenta y pausadamente. Y volví a una normalidad incompleta, a una salud perseguida por la nostalgia y el dolor. No fui el mismo, y aunque mis mayores lo sospechaban, solo yo sabía cuál era el origen de aquella enfermedad y la cura. Por eso, cuando cumplí los dieciocho años, abrí el tarro de galletas donde guardaba mis ahorros, les dije a mis padres que me iba para Tumaco por Juana. Ellos entendieron y asintieron en silencio mi decisión.

Dos jornadas de un día cada una me llevó el viaje a Tumaco. Un día desde la vereda hasta Salahonda y otro atravesando en canoa de vela las olas de la ensenada. Llegamos en la tarde, empapados de agua sal, los ojos ardidos por el reflejo marino y con el estómago vaciado por el mareo; pero pese a esto, no dejé de emocionarme ante el espectáculo que la pequeña ciudad me mostraba entonces: edificios y viviendas ordenadas y pintadas, embarcaderos de hierro, barcos y canoas flotando junto a los muelles. Un grupo de braceros negros descargaba una canoa.



—Esa es la tagua, el marfil natural. —Dijo uno de los pasajeros de la lancha en que viajaba.

Me impresionó la cantidad de almacenes abiertos con sus letreros multicolores y brillantes, la gente que subía y bajaba por las calles, que salía y entraba a los almacenes llevando pesadas cajas de cartón, mientras otros llevaban costales repletos de tagua y los pescadores negros bocebaban a gritos:

—¡El peje! ¡El peje!

Esa noche dormí donde mi tío Antonio, en el barrio de los pescadores, El Pindo, con quien dos días después me fui en otra canoa a una faena de recolección de tagua en el río Caunapí. Esa mañana entramos por el estero de la Resurrección y nos perdimos entre los manglares. Una brisa fresca acompañó nuestro viaje por la ensenada mientras pensaba cómo iba a encontrar a Juana. Así empezaba mi experiencia de trabajo en la Perla del Pacífico.



El sistema económico fue siempre extractivista en esta región, empezó con la minería colonial, luego con la extracción del caucho a finales del siglo XIX y comienzos del XX, con la tagua, a la que le sigue en los años treinta el tanino de la cáscara de mangle y la raicilla. Desde los años cuarenta hasta los 70 y 80, predominó la extracción de madera, que prácticamente acabó con los bosques de madera fina en la región.

En los meses que siguieron, recorrí el bosque cercano al río Caunapí. Subí y bajé por el río Rosario y Chagüí, buscando y extrayendo semillas de la palma de tagua con mi tío y otros familiares. Aprendí a desprender la semilla del racimo, a no lastimarme con las púas y a negociar con los blancos de la calle del Comercio los kilos de su producto, cosa difícil porque ofrecían pagar siempre con otros productos y no en efectivo, y procuraban acrecentar las deudas de los campesinos para garantizarse la entrega del fruto. Eso me disgustaba, así que un día le pregunté a mi tío.

—Tío, ¿usted que tiene familia allá en el río Rosario, por qué no cultiva cacao u otro producto y deja de estar haciendo ricos a estos blancos compradores de tagua que no se mojan la espalda ni los pies por ella y la pagan tan barato? Vea lo ricos que son, en cambio a nosotros nos pagan una miseria. ¿Por qué usted no monta una finca grande en su río?

—Ay mijo, eso quisiera uno, pero donde manda capitán no manda marinero. Y si Dios lo quiere así, pues que así sea.

—No, tío. Las cosas pueden ser distintas. —Dije, y una idea se fundó en mi cabeza, una idea tan profunda como la de encontrar a Juana, casarme con ella y volver a mi río a cultivar una finca.

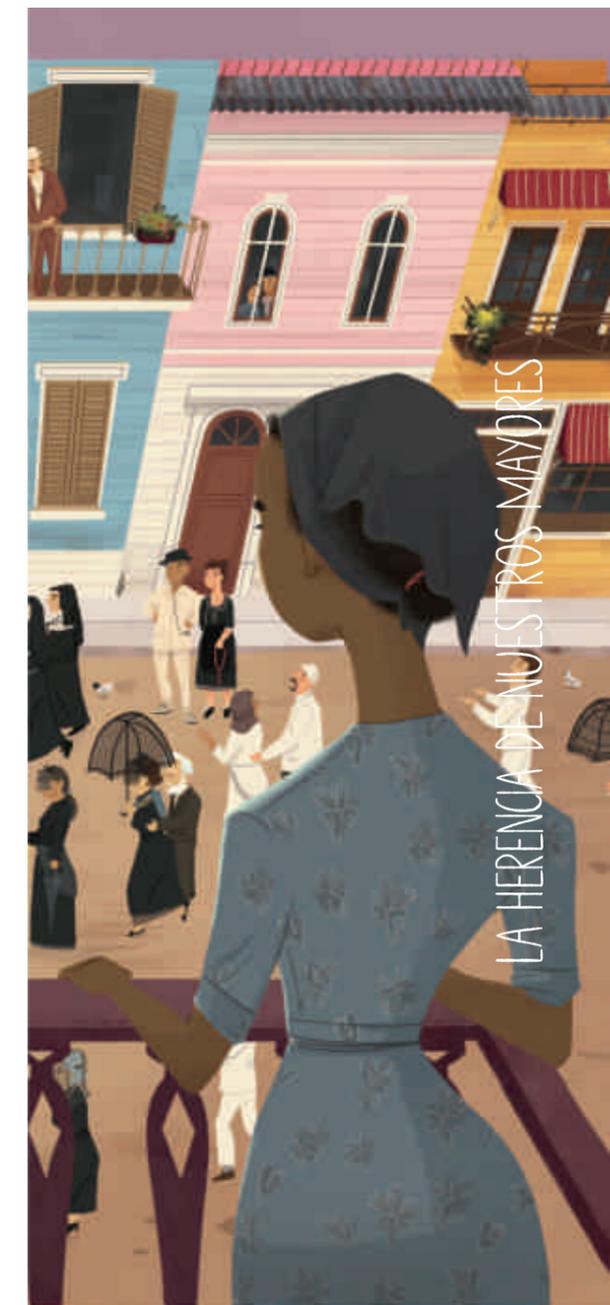
Por eso, al día siguiente, en la mañana, volví a pasarme por la calle Obando y atisé el balcón donde la había visto pero no la hallé. Volví en la tarde y esta vez la suerte me acompañó.

La muchacha estaba en el balcón acompañando a la anciana con la que la había visto el viernes. La llamé. Ella se asomó al balcón y nuestras miradas se encontraron. Fue un momento de suspenso, de respiración entrecortada y de corazones galopando. Ella quiso decirme algo y yo también, pero más podía la sorpresa, la locura de la emoción y nuestro encuentro se redujo a mirarnos extraños y asustados.

De este arrebato nos sacó la anciana que le preguntó a Juana qué tanto miraba por el balcón.

—A un amigo. —Respondió ella, un tanto turbada y tan rápido como pudo bajó las escaleras. Yo la esperaba en el andén. Con la confusión que agitaba mi sangre, le extendí mi mano derecha y ella hizo lo mismo, en silencio, sonriendo, como asustados de nosotros mismos y de lo que sentíamos. Nos tocamos, nos miramos y miramos hasta que el ángel de nuestra alegría nos destrabó las palabras ahogadas en los años de ausencia y volvieron a encontrarse. Unos minutos después la llamaron por el balcón, había que preparar la merienda.

Nos volvimos a encontrar en las escaleras de esa casa dos veces más antes del atardecer, ocasiones de muy corto tiempo pero en las que quedó claro que yo había venido a buscar a Juana para vivir con ella la vida porque sin ella no podía, pero ella me dijo, que aún sintiendo lo mismo, no podía estar conmigo. La maestra que la trajo de la vereda la había entregado a esta familia como pago de una deuda. Le quedaban varios años más de trabajo como doméstica para recuperar su libertad.



—¡Pero si ya no somos esclavos!
—Expresé con furia mi sentimiento.

—Sí, pero así son las cosas aquí. —Y mi amiga y primer amor, se despidió y entró a la casa cerrando la puerta detrás de ella.

Esa tarde recorrí las calles de la ciudad, mirando con ira profunda cómo las personas “negras” como yo, entraban y salían de las casonas de las familias ricas con cestos llenos basuras. Vi a otras chicas barriendo los pisos y limpiando los balcones. Observé largo rato a los braceros empujando carretas de víveres, llevando sobre sus hombros costales de comida que nunca comerían, construyendo casas en las que nunca serían recibidos... De pronto mi imaginación se alumbró y supe lo que debía hacer con Juana y por mi Juana.

Una semana después, con lo ganado por la venta de la tagua, me compré un machete, alquilé un potrillo y esperé el sábado cuando Juana me podía ver. La esperé en el andén, le hice señas para que bajara y en cuanto la muchacha apareció en la puerta, la sujeté cariñosamente del brazo derecho y la halé hacia el andén, la abracé y le dije calladamente:

—Nos vamos, tengo una canoa allá en la orilla.

—¿Y mis cosas?

—Nada tienes allá que no podamos conseguir luego. Vámonos.

Juana se mostró asustada, indecisa. De pronto una carga de sentimientos se le embrolló en la cabeza.

—No te preocupes, solo acompáñame a la orilla y escapemos. Vamos a estar bien.

—¿A dónde me llevas? Estás como loco.

—Nos vamos. Vamos al río, a construir una finca y a tener nuestra propia familia.

Entonces corrí y ella me siguió, alcanzamos el embarcadero y saltamos a la canoa.

Juana me miró con miedo y alegría, miedo por haber huido y ser alcanzada por sus patrones; alegría porque si con alguien quería huir de esa prisión era conmigo.

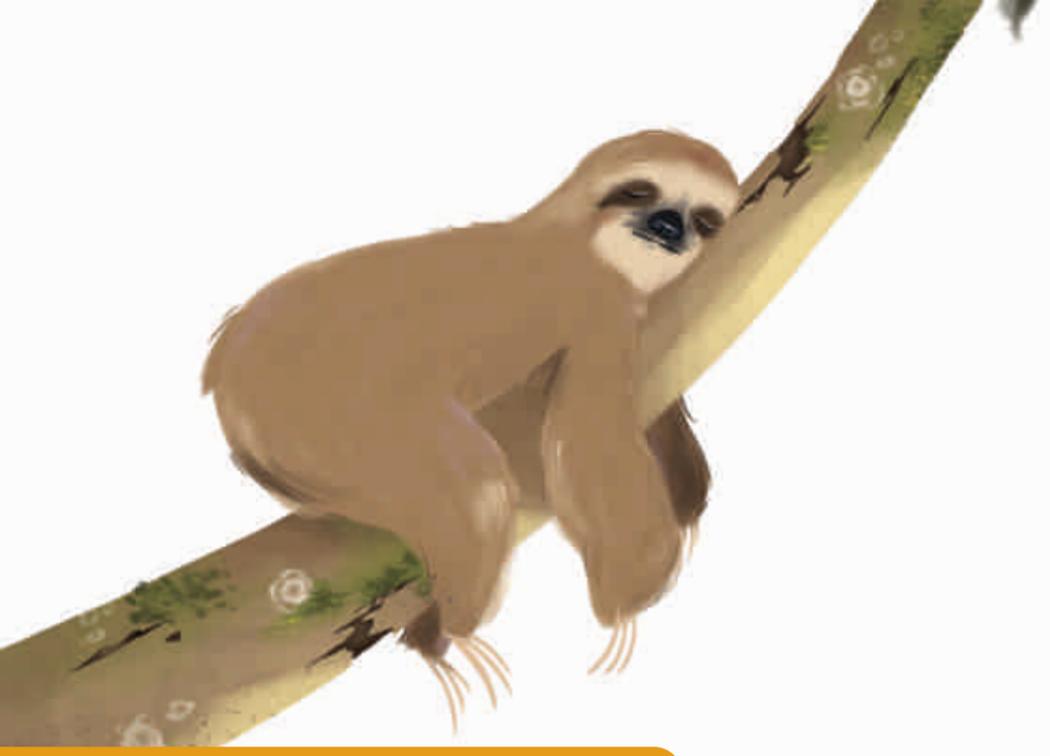
Nos fuimos de la ciudad. Los años siguientes la población de comerciantes de la región perdió el apoyo de senadores y del gobierno central. En Estados Unidos y Europa la tagua fue remplazada por el

plástico; el caucho por derivados del petróleo, y los ingenieros químicos inventaron nuevos y más baratos colorantes que el tanino, haciendo que el negocio se cayera a nivel global y local, al ritmo que se transformaba por los efectos de la Segunda Guerra Mundial. Las nuevas generaciones de las familias originarias emigraron hacia otros lugares. Tumaco, después de los años cincuenta del siglo pasado era un proyecto fallido. En 1945 la Perla del Pacífico ardió en fuego y los edificios de madera que la hicieron famosa, se volvieron ceniza en un par de horas. Desde nuestra casa en el río Gualajo, Juana y yo contemplamos el cielo de la tarde ennegrecido por el humo y las cenizas que llevaba el viento.

Manuel y Eugenia miraron el rostro arrugado de su tío. Eugenia pensó en su familia en Chilví, ahí habían sido felices con su padre y su madre. Manuel se acordó de la frase del cuaderno y de las pistas que estaban siguiendo: Si la perla brilla con su luz eterna, quizás su brillo te esclavice toda una eternidad. El tío había vuelto al territorio lejos de la ciudad y había conservado su libertad. ¿Esa sería su herencia? ¿El ejemplo del tío y de sus padres era la herencia de la que hablaba su abuelo? ¿Chilví le ofrecía posibilidades de vida buena ahora, a ella y a su familia? ¿Qué podía hacer para mejorar su vereda, su familia, por la ciudad de Tumaco?



Tumaco, después de los años cincuenta del siglo pasado era un proyecto fallido. En 1945 la Perla del Pacífico ardió en fuego y los edificios de madera que la hicieron famosa, se volvieron ceniza en un par de horas.



CAPÍTULO 6

Los hombres de madera



LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

Cuento 6

Los hombres de Madera

Los hombres de madera se harán enemigos de su familia natural y su vida no será mejor que la del árbol caído.

Unos días después de su visita a Gualajo donde el tío Eusebio, su casa en Chilví se había llenado de parientes. Esa tarde había movimiento y ruido de voces en la vivienda de la familia Jácome. Un grupo de familiares de la maestra había llegado sin cita previa ni invitación formal, a visitar a la pariente enferma. Eran más de 15 personas venidas de los ríos de la ensenada, algunos desplazados en Tumaco y que hacían parte de la red familiar de los Jácome Castillo. Mientras que las mujeres se habían repartido alrededor de la enferma, las más jóvenes estaban en la cocina preparando un sancocho para dar de comer a la tropa. Los varones más jóvenes, cerveza en mano, se habían acomodado en el andén de la vivienda, sentados unos, de pie otros, concentrados en una conversa sobre los partidos de la selección Colombia que participaba por primera vez en un campeonato mundial en este nuevo siglo. De pronto,

Dionisio, uno de los primos, llamó aparte a Manuel, quien lo siguió hasta el otro lado de la calle, donde el joven le ofreció una cerveza.

—No, primo. Yo no tomo.

—Eso veo, primo. ¡Bien por esa, primo!

—La enfermedad de la tía. ¿Es muy costosa, no?

—Sí, primo. Ese es uno de los problemas de ese tipo de enfermedad, que no solo le quita a la gente que uno quiere sino que lo empobrece. Vea todo lo que hemos gastado y nada.

—Primo ¿y si yo le dijera que le tengo un negocio que le va a dar unos pesos para ayudar a su mamá, usted me lo aceptaría?

—Depende, primo. ¿De qué se trata?

Los primos conversaron largo rato sobre el negocio, de las ganancias posibles y de los pocos pesos que había que invertir. Al final de la tarde ya habían fijado fecha y hora para el viaje. Se iban para el Alto Chagüí a concretar el negocio.

Dos días después, en la madrugada de un martes soleado, Manuel y el primo Dionisio atravesaban la ensenada en una lancha a motor, con mercado para quince días, una motosierra, dos machetes, una escopeta y varios galones de gasolina. No tardaron mucho en dejar el suave oleaje de la ensenada en marea baja y entraron a la desembocadura del Chagüí. Manuel tenía muchos años de no visitar ese río. Al medio día habían avanzado gracias a la marea. A su paso, gente de las veredas, niños en uniforme de colegio y mujeres lavando ropa en la ribera del río, los saludaban con gritos y moviendo sus manos en señal de despedida.

Era media tarde cuando salieron del río y se introdujeron por un estrecho riachuelo que empujaba fuerte sus aguas hacia el Chagüí. Dionisio maniobró por una hora en el pequeño río hasta llegar a una laguna donde el relieve se quebraba y se alzaba. Por entre las rocas caía una pequeña cascada de aguas cristalinas y frescas. Desde que entraron al pequeño río,



Manuel se había percatado de la enorme altura de los árboles que se levantaban a lado y lado, de las bandadas de aves que salían volando a su paso, de los mongones colorados que vigilaban desde las altas ramas y de los perezosos que parecían dormir la tarde colgados de los árboles. Vio correr de la orilla hacia el monte una manada de tatabras adultas con infantes gritando por protección y vio cómo saltaban los pejes de las aguas del río a la canoa... Manuel estaba extasiado con el espectáculo natural.



—¡Llegamos, primo! —Escuchó que le llamaba Dionisio.

—¿Es aquí?

—Sí, primo. Es aquí. Esto está virgen, hay de todo y sobre todo árboles viejos de Guayacán, Virola, y otros que en Tumaco pagan muy bien. —El primo sonreía muy contento, mientras que Manuel se mantuvo en la calma muda en que entraba cuando algo lo preocupaba.

Bajaron de la canoa sus herramientas y materiales, caminaron veinte metros de la laguna al bohío de madera y techo de paja que sería su vivienda en esos quince días. Esa noche se acostaron temprano, después de merendarse un tapao con café instantáneo.

Al día siguiente, cuando Manuel se daba un baño en la laguna, vio a un hombrecito de sombrero grande que caminaba hacia él. De pronto se detuvo al lado de la laguna y le habló.

—¿Ustedes también vienen a tumbar madera?

Manuel iba a saludar al anciano pero no le dio tiempo.

—Sepan que esto tiene dueño. Yo no sé quiénes son ustedes pero esto lo he cuidado yo y no voy a dejar que ustedes lo dañen.

Manuel estaba confundido. Su primo no le había hablado de esta persona ni de propietarios de esa tierra.

—Espere señor, conversemos con mi primo porque yo no sé nada de usted ni de este sitio, yo vine porque él me invitó.

—En ese momento Dionisio se acercaba.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Otra vez usted?

—Enfrentó Dionisio al anciano.

—Ah, sos vos, malcriado. Ya te dije que aquí no podés cortar madera porque esto es un sitio sagrado.

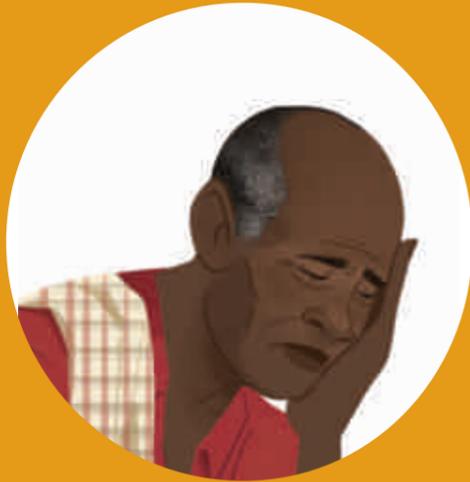
—¡Cuál sagrado ni que nada! Esta tierra era de mi papá, así que yo tengo derecho a

hacer aquí lo que me plazca y usted se me va yendo de aquí. —Amenazó Dionisio.

—Primo, espérese. ¿Qué es lo que está pasando? ¿El señor quién es, esta tierra es suya o no?

El anciano se acomodó en una pequeña roca, bajó el machete y se quitó el sombrero para dejar al aire una cabeza poblada de canas y un rostro con arrugas centenarias. Y luego, con voz gangosa, dijo:

—Esta tierra no es mía, ni de tu papá que era mi hermano, más bien era de todas las familias que venían de Barbacoas y pasaron por aquí hasta Tumaco. Solo que por allá a la mitad del siglo pasado, el gobierno con una tal Ley segunda, la convirtió en tierra de nadie, parte de una reserva forestal de toda la región, sin tener en cuenta que aquí vivíamos nosotros desde el siglo pasado cuando nuestros ancestros se liberaron de la esclavitud. No respetaron que aquí teníamos nuestras fincas y nuestras veredas, que llevábamos más de un siglo habitando este territorio, como si no existiéramos los negros de esta parte del país y todo esto solo fuera monte, bosque o selva, y entonces empezaron a entregar la tierra a su acomodo a quienes más les convenía, pasando por encima de nosotros.



Al concluir el año 1924, se inició la obra del ferrocarril y en 1944 el proyecto llegó a su fin. En la crisis económica de 1929, el desinterés del Estado y el boom automotor frenaron esa iniciativa. El ferrocarril de Nariño eran kilómetros que iniciaban en El Diviso, estación en la selva y concluían en el puerto de Tumaco. A pesar de sus problemas, la unión de la línea férrea y de la carretera entre El Diviso y Túquerres permitió obtener unas vías que agilizaron la comunicación de las poblaciones del interior con el mar. Zarama R. Rosa Isabel. Historia Del ferrocarril de Nariño. Tendencias. Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas. Universidad de Nariño. Vol. XVII. No. 1. 1er. Semestre 2016, Enero-Junio. Páginas 87-103

—¿Y la gente como usted qué hizo?

—Pues muy poco, porque eso se lo repartieron como cuando llegaron los conquistadores españoles a reclamar tierra donde los indios habían vivido miles de años, así fue aquí. A usted le decían que “el gobierno me dio este título”, “este río me lo tituló el gobierno”, “estas treinta mil hectáreas me las dieron de pago”, “que esto es mío porque tengo el título”, “me lo dieron en Bogotá, vaya a reclamar allá y hágase a un lado que aquí traemos las sierras para tumbar lo que queremos”.

Y ahí se vino la desgracia porque los gobiernos de este país siempre han beneficiado a los poderosos y perjudicado al negro y lo que el negro tiene. Miren, no más fue que saliera esa ley y esto se llenó de aserríos y corteros de todas partes. En esta zona nosotros habíamos cortado madera para construir nuestras casas. En Tumaco y Salahonda había un par de aserríos viejos, pero cuando construyeron el ferrocarril, vinieron y cortaron los guayacanes dizque para construir los rieles del tren y que eso era parte del progreso del departamento y de Tumaco. Después se aparecían por el río a llevarse la madera fina para las casas de los ricos blancos de Tumaco.

—¿Pero a ustedes al menos les consultaron, les pagaron algo por su tierra? —Preguntó asombrado, Manuel.

—Nada, les digo que con esa Ley segunda, fue Troya. Estos ríos se llenaron de gente que venía con sierra a cortar los mejores árboles. Luego sacaban las trozas hasta el río y las amarraban en unas balsas de doscientos y hasta trescientos troncos y las bajaban río abajo, empujándolas con guaduas. En la desembocadura esperaban unos barquitos que las jalaban a los aserríos de Tumaco donde las vendían por cualquier plata. En los aserríos las convertían en tablas y se las llevaban para el extranjero, que para Estados Unidos, decían. Por esa época, como en el año 1957 había en esta región 14 aserríos: 1 en El Charco, 3 en Tumaco, 2 en Sanquianga, 1 en Calabazal, 1 en La Tola, 1 en Mosquera, 2 en Iscuandé, 1 en Pital de la Costa, 1 en Río Patía y 2 en Barbacoas.

Para alguna gente negra en Tumaco eso fue una oportunidad. Decían que tenían empleo, ingresos, pero yo nunca estuve de acuerdo con acabar con la selva. Yo les decía a mis hermanos, ¿qué le vamos a dejar a



Para el año de 1965 se duplicaron los aserríos, ya eran 39 y cada uno producía aproximadamente dos millones de metros cúbicos al año. En 1955 se instaló en Tumaco la primera gran empresa exportadora de maderas en la subregión, Maderas de Nariño Ltda. Pero no se pueden imaginar la cantidad de empresas que llegaron después: Chapas de Nariño, en 1962, Industria Maderera de Tumaco-Indumaco en 1963, Maderas Victoria Limitada, Procolma Ltda. en 1964 en Iscuandé; Wood Mosaic en 1959 en Tumaco, Aserrío Iberia y Exporfin 1959 en Tumaco, Industria Forrest de Colombia-Infoco, Pothach Forrests Inc en 1971. Pueden leer sobre el tema en el libro de Claudia Leal y Eduardo Restrepo. 2003. Unos bosques sembrados de aserríos: Historia de la extracción maderera en el Pacífico colombiano. Editorial Universidad de Antioquia.



nuestros hijos? ¿Este monte pelado? No. Por eso, me impuse la tarea de conservar esta parte del territorio, vean como está lo demás, después de esa época aquí ya no se encuentra un árbol de servicio, bueno, de madera fina, todos se los llevaron. Casi acaban las tatabras, quedan unos pocos mogones, las pavas, todo eso se dañó, la comida de los pobres. Con la industria maderera casi acaban con todo.

—Tío, ¿y usted qué pensaba de todo eso?

—¿Qué iba a pensar? Pues que estábamos acabando con nuestra selva, nuestro territorio. Miren no más el daño que hizo ese señor Naranjo allá en el Patía. Eso que llaman el canal Naranjo es una muestra de la sed de riqueza que reinó por esa época. Ese señor hizo un canal de un metro entre el río Patía y el Sanquianga para pasar trozas que llevaban a Buenaventura, pero el Patía con la fuerza de sus aguas amplió y amplió ese canal hasta que las aguas se fueron por el Sanquianga. Vean no más el desastre que ocurrió allá, el Patía viejo se secó, las aguas del Sanquianga empezaron a llevarse los firmes donde la gente tenía sus finquitas y hasta sus caseríos. Eso fue culpa de esos bandidos madereros.

Manuel y el primo escucharon el relato del viejo. Dionisio quiso discutir con él. Manuel lo retuvo.

—El tío tiene razón, nosotros no tenemos derecho a acabar con esto, ya fue suficiente con lo que hicieron otros. Primo, esto es más valioso así como está que convertido en tablas. —Habló mirando al primo a los ojos. Al final Dionisio asintió. Los dos jóvenes y el anciano siguieron conversando sobre el tema de la madera, de los grandes esfuerzos que llevaba tumbar y extraer esos árboles primigenios, de 20 y 30 metros de alto y de hasta cuatro metros de grosor en la base; de los sacrificios que había que hacer para jalarlos por el bosque, de los peligros de ser mordidos por culebras como la X o de ser golpeados por un tronco o una rama. La fuerza descomunal que debía tenerse para arrastrar las trozas por las caletas y riachuelos y luego llevarlos hasta Salahonda, Satinga o Tumaco, por un pago tan escaso que solo alcanzaba para comprar la comida de las siguientes semanas para volver a entrar a la selva por otras. Ellos tumbaban una riqueza natural y enriquecían con su esfuerzo a gente que no los conocía y hasta los despreciaba.

Al día siguiente, cuando bajaban por el río hacia Tumaco, Manuel no se sentía mal por no haber conseguido el dinero para ayudar a su madre. Al contrario, sentía que había aprendido una lección de vida de aquel tío anciano y que eso era, seguramente, parte de la herencia que su abuelo le había dejado.

Cuando llegaron a la desembocadura y divisaron el perfil grisáceo de la ciudad de Tumaco al occidente, Manuel se preguntaba cómo convencía a sus parientes y amigos para evitar que se siguiera destruyendo la selva de la región. ¿Qué otras opciones tenían para conseguir el sustento diario que no fuera a acabar con los pocos árboles que quedaban después del auge maderero? ¿Podría convencer a los muchachos de su familia para que en vez de tumbar, mejor sembraran árboles? ¿Haber perdido los bosques de madera fina tenía algo que ver con que alguno de sus familiares ahora sembrara coca? de sus familiares ahora sembrara coca?

Medios de comunicación masiva en la subregión.



CAPÍTULO 7

LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

Cuento 7

Del tambor y el churo del caracol a la Internet nos vamos comunicando

Cuando el tambor suena en la lejanía siento que me llaman. ¿Será la negra mía?

Margot entró en su casa agitada, se desembarazó del bolso con los libros y cuadernos del colegio y respiró para calmar la emoción que traía en el pecho.

—iPapi! —Lo buscó con la mirada.

Manuel salió del huerto y subió a la cocina. De allí alcanzó la sala donde su hija lo esperaba ansiosa.

—iPapi, necesito un teléfono celular!

—Dijo la adolescente mirando fijamente a su padre.

—¿Qué? —Preguntó Manuel.

—Un celular papi, un teléfono para mí, para comunicarme con mis compañeros del curso. Para hacer tareas en Internet, WhatsApp y buscar libros que no están en la biblioteca del colegio.

Manuel miró a su hija medio sorprendido, medio inquieto. Sonrió recordando que alguna vez pensó que sus hijos, especial-

mente su niña, vendría tarde o temprano a pedirle un celular. Lo sabía porque veía cómo entre los jóvenes de su vereda casi todos llevaban uno. Hablaban de recargas, de Internet, de datos, de WhatsApp y de conversaciones colectivas, incluso con teléfonos de cámara de videos inimaginables para él cuando era niño. Recordó, entonces, que en su infancia jugaba con dos vasos plásticos pegados por una cuerda asemejando un teléfono de esos que un día, ya de joven, usó en la ciudad pero que nunca le pusieron en la casa de Chilví. Él había entrado tarde a este estilo, tenía un viejo teléfono de los que llaman “flechas” y prepago. El tiempo no podía ser más implacable.

—Vamos a ver qué hacemos para conseguirlo hija, entiendo que esos teléfonos son caros.

—Sí, pero lo necesito.

—Afirmó la adolescente.

Manuel le sonrió a su hija, la adolescente le devolvió la sonrisa: iba a tener su celular. Manuel siguió hacia la sala de la casa y volvió a sus pensamientos. En las tardes, cuando volvían de la finca, los adolescentes de su tiempo se sentaban en el patio de alguna casa a contarse historias mientras se hidrataban con agua de coco, chicha, café con panela o limonada. Las historias del trabajo en sus fincas, eran una manera de aprender y socializar sus conocimientos y experiencias entre ellos. Si de pronto tenían la visita de uno o dos viejos que se sentaban y entre risas y consejos les narraban historias de sus familias y las veredas, en el río o en las playas, la pasaban mejor. Fue por esas historias, recordó Manuel, que conoció que alguna vez en la vereda de su abuelo usaban para comunicarse quienes estaban en el monte un churo de caracol, o que los perdidos en la selva buscaban el árbol más alto y trepaban a él para ver dónde había humo azul de un fogón, o cuando alguien tronaba un trabuco para informar a su comunidad que había tenido un nuevo hijo o que la fiesta patronal había comenzado, o del bando que leían en el pueblo para contar las noticias de la alcaldía. Eran tiempos pasados, y estaba seguro de que nunca él les había contado a sus hijos esas historias, que nunca había jugado con ellos con el teléfono de vasos plásticos. Sonrió para sí y pensó que el tiempo no daba tregua.



Al medio día, mientras almorzaban, la melodía de una canción moderna empezó a sonar. Todos miraron a Juvencio, era el timbre de su teléfono.

—¿Otra rumba, Juvencio? —Preguntó con picardía Eugenia.

Juvencio la miró comprendiendo la pregunta de su hermana.

—Es un asunto personal, luego les cuento.

Siguieron almorzando.

—Mi papá me va a comprar un celular, ¿cierto, papi? —Anunció como si nada, la hija de Manuel. El grupo familiar miró contento a Manuel. La única que hizo un gesto de sorpresa fue Lucía, la madre de Margot.

—¿Cómo así? ¿Eso cuando lo decidió Manuel? ¿Con qué plata?

Manuel, con serenidad, miró a su compañera.

—Ella me pidió un celular. Yo le dije que lo iba a pensar.

—¡Ah! Yo ya decía, porque con esta situación no hay plata para eso.

—Dijo la mujer y se fue con un par de platos para la cocina. El grupo se miró. Manuel sonrió callado y siguió almorzando.

Después del almuerzo, Juvencio se cambió de ropa y salió.

—Voy para Tumaco, —se despidió.

—En la tarde les traigo las noticias.

—O las escuchamos en La hora del campesino, —dijo el viejo Barto sonriendo por la actitud de su hijo. La verdad era que Juvencio andaba extraño desde que llegó de Satinga con sus hermanos. No había vuelto a beber y andaba preocupado más por la finca y por la salud de la madre.

—¿Y ahora qué le pasa a este muchacho? Preguntó el viejo.

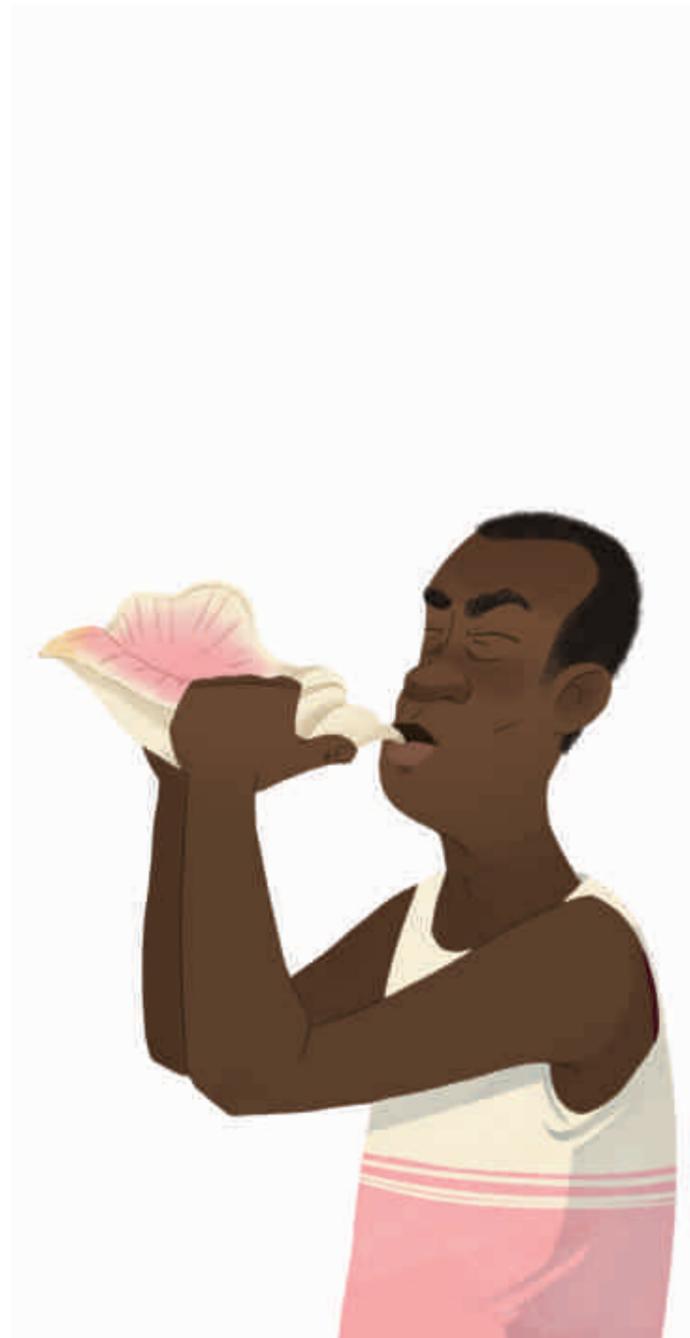
Manuel miró a Eugenia que a su vez se alzó de hombros sorprendida.

—Yo solo espero que este muchacho encuentre su camino, como todos ustedes. Hablando de caminos y de celulares, quiero contarles algo si tienen tiempo pa' escuchar a este viejo achacoso.

Siempre les habían gustado las historias del mayor, así que hijos y nietos se dispusieron a escuchar.

El mayor empezó:

—Cuando yo era un jovencito, fui con un primo a cazar al río. Ambos llevábamos nuestras escopetas y machetes, el almuerzo en una talega de papel y el agua en una botella de vidrio. No tardamos mucho en llegar al sitio donde nos habían dicho haber visto una manada de tatabras pero ni huellas encontramos, entonces decidimos internarnos más en la selva. Caminamos y caminamos y nada de tatabras. El cuento es que ya era el medio día y no habíamos cazado nada, entonces nos sentamos a almorzar en un escampado. Comimos y descansamos, cuando nos levantamos para seguir la búsqueda de la manada de las tatabras, se nos perdió el camino. Primero intentamos salir por donde habíamos llegado pero el camino no estaba, no había rastro de cómo habíamos llegado hasta ahí, así que nos desesperamos rápidamente, cogíamos por un lado y no era por ahí, cogíamos por otro y menos. Parecía que la selva nos había atrapado. Cansados y aturdidos por no saber qué pasaba nos volvimos a sentar, con temor de que la tarde se fuera y llegara la noche con tanta fiera que hay en la selva, no sabíamos qué hacer. Esperamos un poco a ver qué pasaba, entonces a mí se me ocurrió trepar al árbol más alto y tratar de ubicarnos. Vimos uno altísimo y me subí. Vea, en ese árbol había arañas, hormigas que picaban durísimo, pero yo me limpiaba y seguía subiendo. El cuento es que llegué a la corona, a lo más alto y me puse a vigiar pa' un lado y pa' otro, pero nada, solo selva y montaña. Me bajé.





—Ay. —Me dijo el primo. —Vos estás ciego de miedo. Y se subió él. Luego bajó picoteado de las hormigas. No había visto nada, solo árboles. Aburridos, nos sentamos a pensar cómo salíamos de esa. Y lo peor es que la noche empezaba a oscurecer y no habíamos llevado ni linterna ni yesquero para hacer fuego. En esas estábamos cuando empezó a llover, pronto se escucharon los truenos y se dejó caer la lluvia espantosa. Para no alargar más el cuento, esa noche nos tocó pasarla subidos en una rama de árbol como mongones, llevando agua, frío y asustados de que alguna culebra nos encontrara dormidos y nos picara. Apenas aclaraba cuando nos despertamos, nos bajamos del árbol y decidimos caminar de espaldas al sol. Así avanzamos pero no llegábamos a ninguna parte. Empezamos a tener hambre y hacía frío. Yo pensaba que de esa no saldríamos. Muchas personas se habían perdido en esa selva y no las habían encontrado nunca, o solo sus huesos porque el resto se lo comía algún animal. Esos eran mis pensamientos cuando de pronto oí un disparo de escopeta y luego más cercano el sonido de un churo.

Miré al primo. —¿Escuchó eso, primo?

—Sí, primo. ¿Nos estarán buscando?

—Claro, hermano. Ese es el churo de mi papá.

—Entonces nos salvamos primo. —Dijo mi primo con lágrimas en los ojos. Yo también lloré de alegría pero oculté mis lágrimas. Una media hora después nos encontraron mi papá y mi tío Esteban. ¿Qué nos salvó? El churo. Esa casa de caracol que usaban los viejos antes. Ahora es distinto. Ustedes los renacientes pueden disfrutar de otras cosas para comunicarse.

—Ahora tenemos otros medios.

—Dijo Manuel.

—Papito, si hubieran tenido un celular no se habrían perdido.

—Comentó Margot, intencionalmente.

—A lo mejor, pero no sé si esos aparatos son a prueba de lluvia. A lo mejor, por eso yo recuerdo mucho un radiecito que tenía de joven, donde escuchaba Radio Mira en el programa La hora del campesino. —Dijo y se quedó pensando el viejo.

—Yo no he vuelto a escuchar ese programa. —Comentó.

—Sí. —Yo tampoco, la cosa ha cambiado con las nuevas emisoras del gobierno, la de la Policía Nacional y la del Ejército. Con esa música y sus mensajes, no dejan oír las emisoras de aquí.

—Se quejó Manuel.

—Es que esas emisoras fueron puestas para la guerra contra la guerrilla. —Explicó Eugenia. Porque aquí solo había una emisora.

—Pues no. —Alzó la voz el padre. —¡Aquí había varias emisoras! Aunque la más vieja es Radio Mira, que el Vicariato de Tumaco instaló a comienzos de los años setenta. Esa emisora llegaba hasta Barbaçoas, Iscuandé y hasta en Esmeraldas la gente escuchaba La hora del campesino. La otra fue la Perla del Pacífico por allá en los años setenta también, y otra más en los noventa...

—¿La de RCN? —Preguntó la hija.

—Sí, y la de los muchachos del currulao, Ecos del Pacífico.

—Esa es la comunitaria.

—Dijo Manuel.



Le llamaron perubólicas a las antenas parabólicas que se instalaron en Tumaco a comienzos de los años noventa del siglo pasado y que transmitían canales peruanos. Por esa época, Tumaco y la subregión sabían más del “chinito” presidente de Perú que del de Colombia.

—Yo recuerdo que cuando mi abuelo murió en Barbacoas mandaron un posta, que así se llamaba la persona que llevaba un mensaje, no había emisoras entonces. Pero cuando iba a nacer Manuel yo andaba por los lados de Satinga y me llegó el mensaje de radio de que la maestra me comunicaba que me necesitaba aquí porque pronto iba a nacer nuestro primer bebé. No tuve que usar el trabuco, porque existía La hora del campesino. Por esa época también había en Tumaco dos teatros: El Balboa y el Bolívar. La gente iba a ver cine con la plata que ganaba en los aserríos. Pero el Bolívar se quemó a mediados de los setenta y el Balboa lo cerraron a comienzos de los noventa, cuando Tumaco se envició con las perubólicas.

—Y ahora los muchachos quieren celulares solo para estar pegados de ese Internet. —Dijo la hermana.

—¿Y eso de la Internet qué es? —Preguntó el anciano.
—Tantas cosas que se inventan ahora.

—Pero no todos los muchachos tienen Internet para jugar, otros estudian en la red. —Se defendió Margot. —Por ejemplo, yo quiero el celular es para conocer más, leer otros libros en red.

La conversación siguió hasta entrada la tarde, cuando el abuelo se fue a hacer la siesta. Manuel cogió para la finca. Eugenia se quedó a revisar un libro que tenía sobre el nochero y Margot se puso a hacer tareas.

Juvenio llegó en la noche, justo cuando se estaban sentando a merendar. El grupo familiar lo vio entrar, llegó muy contento.

—Familia.—Dijo, como escondiéndose algo.

—¿Qué fue, ñaño? Me tenés intrigada.

—Diga ya cuál era esa noticia.

El joven se sentó a la mesa riendo, muy contento.

—Manuel y Eugenia, ¿qué les dije yo en Satinga?

—Que ibas a dejar de emborracharte.
—Contestó Manuel menos intrigado. Su hermano se traía algo entre manos, ya lo conocía. —Pensó.

—Sí, y no lo he hecho, ni lo voy a hacer más. Ahora voy a estudiar. Me aceptaron en la universidad, solo tengo que hacer un curso de nivelación y ya. Empiezo el próximo mes.

La familia aplaudió la buena noticia del joven, rieron y lo felicitaron, pero tenía otra sorpresa.

—Manuel y compañía. —Dijo con picardía.

—Le tengo un regalo a una chica que veo por aquí, si me lo aceptan.

Margot saltó a abrazar al tío que le mostraba la caja de un teléfono celular, gritó de alegría mientras la familia celebraba.

Los presentes celebraron el acto de amabilidad del joven con su sobrina, pero Manuel pensaba para sí mismo que aunque su hermano le había hecho un favor, rogaba que no saliera caro. Se preguntaba: ¿Qué tiene que ver la historia de las comunicaciones en la subregión como parte de la herencia del abuelo? ¿La solidaridad de su hermano con su hija era parte de algún patrimonio heredado por sus familiares? ¿Eso era parte de la herencia de la que les hablaba el abuelo? ¿Qué ventajas puede traer a su hija ese celular con Internet? ¿Qué efectos negativos pueden generar estos aparatos en los adolescentes? ¿Cómo se puede hacer para que no causen la adicción que generan a las redes y a los juegos? ¿Qué responsabilidades deben asumir los padres para que los adolescentes usen bien los celulares? Aunque agradeció a su hermano, no dejó de preguntarse cómo iba a manejar ese regalo con su hija.

El desarrollo:

puerto pesquero, camaroneiras
y palma aceitera en la subregión.



CAPÍTULO 8

LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

Cuento 8

El sueño del desarrollo o la introducción de nuevas esclavitudes

Camarón que se duerme se lo lleva la corriente, mueve tus manos negras para luchar por tu gente.

Los viajes por el territorio de la subregión se habían detenido, sucesos familiares que aparecían de repente hacían pensar que la herencia que buscaban los hermanos Dájome se encontraba más cerca de lo que ellos creían. Uno de esos sucesos, fue la llegada del tío Marcos unos días después del regalo de celular de Margot.

El tío Marcos llegó con varios canastos y costalillos repletos de plátanos, caña dulce, guanábanas, rascaderas, borjój, aguacate, limones. Especialmente empacados en hoja blanca, traía varias decenas de tamales, cocadillas, envueltos, mahaja de maíz, varios mates con mazamorra y casabe. Traía además, de regalo para cada sobrino, un sombrero de rampira y un par de esteras de totora para dormir. En otro canasto, lleno de hojas de mangle, una decena de jaibas se movían incómodas. El taxi lo dejó frente a la casa de los Dájome y

él, bajito pero fornido, con el rostro reque-mado por el sol y el agua sal, se bajó y descargó, mientras gritaba:

—¡Manuel! ¡juvencio!

Pronto apareció en la puerta de la vivienda Manuel y luego Eugenia.

—¡Tío Marquitos! —Le gritó animada la joven sobrina y fue a abrazarlo. Luego del saludo cariñoso ayudó a entrar un canasto.

—Mija, trate bien ese canasto que es el de la comida. ¿Dónde están los viejos, mi prima?

—Por acá andamos.

Contestó la anciana profesora desde su habitación. El viejo esposo salió de la habitación a saludar al pariente. Luego salió la anciana sonriendo. Su semblante reflejaba la lucha contra la enfermedad que la agobiaba.

Esa tarde, mientras almorzaban un encocao de jaiba y arroz con coco, pusieron al día las noticias sobre la red de familias que era su familia extensa. Hablaron de los hijos doctores de la prima Benilda y de los borrachines del tío Carmelo, de los caminantes que no se sabía dónde estaban y de las muchachas embarazadas que venían con hijos paisas a criarlos al pueblo. De todos los parientes conocidos se contaron historias hasta caer la tarde, cuando Manuel le preguntó:

—Tío, ¿usted dónde ha estado estos últimos años que se nos desapareció?

El tío miró a Manuel y a los rostros interesados de la familia.

—Vean muchachos, yo me perdí por ese río por dos cosas: una, porque desde los ochenta me puse a creerle a esos programas de desarrollo que nos trajo el gobierno y lo que hice fue perder mi tiempo y mis energías en proyectos que no me dieron ningún fruto. Y dos, porque quería demostrarme, que así como vivieron mis abuelos, yo también podía hacerlo y vivir bien.

Los jóvenes miraron entusiasmados al viejo agricultor, que siguió con su historia:





El Plan de Desarrollo Integral de la Costa Pacífica (Pladeicop), diseñado y ejecutado por el Convenio CVC-Holanda entre 1984 y 1990. El Pladeicop partía del mismo diagnóstico: las comunidades negras de la región éramos las más pobres de los pobres del país.

—Yo estaba joven cuando aquí se empezó a hablar de desarrollo, de que nosotros éramos los más pobres de los pobres de Colombia, a pesar de tener los recursos al lado de la casa. Eso era lo que nos decían los funcionarios paisas de esos proyectos. Que éramos desorganizados, que teníamos que aprender a hacer empresas para aprovechar bien nuestros recursos y elevar nuestro nivel de vida. Aquí todo ese cuento arrancó con un proyecto llamado Plan Cauca-Nariño que vino a reconstruir los pueblos dañados por el terremoto maremoto de 1979, especialmente en El Charco y Tumaco.

—Ah, sí. Yo supe del terremoto maremoto. Estaba por el río Mira, en una escuela. —Dijo la anciana. En Tumaco se cayeron las casas construidas en concreto y las de madera quedaron intactas.

—Bien, sigo. Entonces a ese Plan le siguió el Plan de Desarrollo Integral de la Costa Pacífica (Pladeicop), diseñado y ejecutado por el Convenio CVC-Holanda entre 1984 y 1990. El Pladeicop partía del mismo diagnóstico: las comunidades negras de la región éramos las más pobres de los pobres del país. Tanto en los temas económicos como en los de la salud, la infraestructura productiva y la educación, al compararnos con el resto del país, siempre estábamos en el nivel más bajo, pese a que la

subregión tenía una gran riqueza natural que nuestra población no aprovechaba de manera eficiente, por lo que este Plan buscaba elevar los niveles de vida, fortaleciéndola técnica y organizativamente para aprovechar las grandes riquezas que teníamos en el territorio.

—¿Y ese Plan qué hizo, tío? —Preguntó Eugenia que siempre estaba interesada en saber de todo.

—Ese plan ejecutó varios proyectos. —Dijo el viejo, y antes que Eugenia preguntara se le adelantó: —Como el Programa de Pequeños Proyectos Productivos que insistió en el mejoramiento del cultivo de cacao y coco en los ríos Chagüí, Rosario y Mejicano, dejando como resultado una empresa de economía solidaria, dedicada a la comercialización de coco: Coagropacífico. En el programa de servicios sociales básicos, se implementó el proyecto Mujer en Tumaco y el proyecto de radios comunitarias en Barbacoas donde se ubicó la emisora La voz del Telembí con la Fundación Chigualo, y financió en parte el

Proyecto Gente Entintada, una propuesta alternativa para construir cultura letrada en la región del Pacífico.

—Tío, ¿y usted cómo participó? ¿cómo le fue con eso?

El tío sonrió travieso, luego dijo:

—Cuando yo escuché en Tumaco lo del coco y el cacao, me fui para Rosario y me metí en el comité veredal del proyecto. Con la asesoría de los técnicos mejoré una finquita que tenía mi papá por allá, pero cuando se terminó el plan y fuimos a vender el cacao en Tumaco, en la Chocolatera, nos llevábamos entre una semana y un mes para vender el grano. Además nos bajaban el precio cuando querían, así que poco a poco la gente dejó de cultivar y esos árboles de cacao quedaron abandonados. Con el coco se ha mantenido pero la plaga anillo rojo se come las palmas y entonces no es un buen negocio.

—¿Y solo hubo esos proyectos? —Preguntó Manuel, que se empezaba a interesar en el tema.

—Sí, claro. En esa época todo el mundo quería desarrollarnos. —Sonrió el viejo con picardía. —Por esos mismos años, el Plan Padrinos apoyaba iniciativas de pesca lideradas por Anpac, la Asociación Nacional de Pescadores. También un pastuso andaba liderando en Tumaco un proyecto de puerto pesquero que al final se ejecutó con

financiación del gobierno nacional y un crédito del BID. Sin embargo, y pese a las novedades tecnológicas, como el cambio de tamaño de las redes, la construcción de infraestructura para el procesamiento de las capturas, el tal desarrollo pesquero no despegó por la falta de vías adecuadas para sacar sus productos al centro del país. En esa época la carretera Tumaco-Pasto era destapada y te podías demorar entre doce y veinte horas por los derrumbes en el

camino, unido al conflicto cultural entre pescadores afro y administradores del interior, en el caso de la cooperativa de pescadores financiada por el Plan Padrino. Quienes teníamos esperanza en esos proyectos nos quedamos con la desilusión. La sociedad colectiva de pescadores se disolvió, y una noche, no se sabe quiénes, destruyeron el edificio, llevándose hasta los ladrillos.

El viejo respiró, resignado.

—En el caso del puerto pesquero de Tumaco, se construyó la infraestructura

básica, una planta de refrigeración y de hielo y suministro de combustible. También se pretendía realizar apoyo técnico a empresas conexas: planta enlatadora, varadero y astillero y coordinar iniciativas de pescadores artesanales y empresas comerciales. Pero todo esto no funcionó y aunque el puerto estuvo un tiempo suministrando hielo, al final cerró. Muchos millones de pesos colombianos de los años ochenta y noventa se gastaron ahí. Al final los beneficiarios del puerto fueron los mismos empresarios de siempre. Los pescadores artesanales volvieron a sus prácticas tradicionales.





Con la crisis de la palmera que ocasionó el picudo y el PC murió el 80 % de las palmas y el colapso económico lo sufrieron las familias de los trabajadores, lo que hizo que algunos como alternativa, terminaran cultivando coca.

Eugenia fue a la cocina y regresó con un vaso de agua. El viejo tomó y continuó su relato.

—Luego, en 1993, se inicia el Plan Pacífico, que también buscaba elevar el nivel de vida de la población regional mediante estrategias y proyectos en salud, especialmente en atención primaria, nutrición y dotación. Acciones en las líneas de educación, vivienda y saneamiento básico. Ordenamiento del territorio como el tema de tierras de comunidades negras (Ley 70 de 1993), manejo de recursos naturales, así como la dotación de infraestructura física y energía eléctrica. En este mismo periodo, mediados de los años ochenta y década del noventa, también aparecieron las camaroneras. Graves problemas de contaminación con el síndrome de Taura y la mancha blanca, entre otras enfermedades, afectó la producción y desmotivó a los empresarios dueños, que las abandonaron a pesar de las inversiones y de haber cortado grandes extensiones de manglar para ubicarlas.

—Tío, ¿y la palma también hizo parte de esos programas de desarrollo?

—No, la del cultivo de la palma se había promocionado en la década anterior y ya en los ochenta había palma pero con el boom del desarrollo, iniciativas como la agroindustria de la palma aceitera, experimentó un crecimiento importante en la década de los noventa, gracias al apoyo del gobierno del presidente Uribe, llegando a 30.000 hectáreas ocupadas a finales de los años noventa. Uno de los aspectos bochornosos de este negocio fue la forma de acceso a la tierra, en el caso de algunas empresas a las que el Incora les entregó prácticamente a dedo los terrenos que estaban ocupados desde el siglo XIX por indígenas awá y por familias afrocolombianas. Así mismo, la implantación de las palmeras convirtió en empleados a pobladores que antes habían sido propietarios del territorio. Con la crisis de la palmera que ocasionó el picudo y el PC murió el 80 % de las palmas y el colapso económico lo sufrieron las familias de los

trabajadores, lo que hizo que algunos como alternativa, terminaran cultivando coca. Algo parecido ocurrió con los jóvenes de las familias de pescadores capacitados en el uso de equipos de localización satelital que llevaron ese conocimiento al negocio del transporte de la coca en mar abierto.

—Tío ¿y todos esos proyectos fallaron?

—No todos, pero la mayoría sí, porque ellos creían que nosotros éramos como el resto del país, que pensábamos como paisas y que queríamos vivir como ellos, y no, aquí somos diferentes, tenemos nuestras formas de hacer las cosas, nuestras propias maneras de pensar la vida, conocemos nuestro territorio y hemos vivido bien en él. Teníamos problemas como todo el mundo pero estos funcionarios y sus proyectos no se dieron el tiempo de conocer lo nuestro, lo que nosotros sabíamos, lo que queríamos, así que



todo eso llevó a las instituciones estatales y a las organizaciones internacionales a impulsar un desarrollo que al final terminó debilitando nuestras prácticas productivas tradicionales, despojándonos de nuestras tierras, creando nuevas necesidades, y al final, llevando a buena parte de la juventud al servicio del narcotráfico, situación que hizo que una región considerada un paraíso, pasara a la historia actual como un infierno. Un día un ingeniero paisa, mostrándome un manglar, me dijo:

—Ustedes son pobres porque quieren, mire ese manglar, cada árbol de esos es plata, mucha plata.

Yo lo miré indignado y entonces comprendí que cada uno veía un manglar distinto. Supe que esta gente no sabía nada de nuestra selva ni de nosotros y con ese desconocimiento no iban a poder diseñar nuestro desarrollo. Si nosotros o nuestros ancestros, hubiéramos creído que cada árbol de esta selva era un billete, ya no habría bosques, ni pájaros, ni ratón de monte, ni paletón, ni nutria, ni mongones, ni nada, solo un desierto como querían dejar las empresas madereras de los años sesenta. Eso que nos proponían en esos planes no era desarrollo para nosotros, a lo mejor para ellos sí, pero para nosotros no. Entonces un día me levanté, le dije a mi compañera y a mis hijos: nos vamos. Cojan lo que necesitan que nos devolvemos

para el río y me fui con los míos. Ahora tengo allá una finca grande, con plátano y todas estas cositas que les he traído ahí. Mi mujer cría sus gallinas y sus puercos, mis hijos están sanos, los tengo en la escuela allá pero el próximo año los traigo al bachillerato. Yo de allá no vuelvo a salir. Siento que allá me ha ido mejor que en todos esos años que perdí en proyectos y desarrollo...

Juvencio y Manuel miraron al viejo tío, sorprendidos por su historia que era la historia de la subregión. Se miraron inquietos. Fue Eugenia la que rompió el silencio que siguió al final del relato del tío.

—Ese aprendizaje suyo, tío Marcos, es clave para nuestra familia y nuestras familias de la subregión. Hay que volver a mirar nuestro territorio, hay que recuperar para mejorar lo que nuestros ancestros construyeron, los sistemas de producción articulando las partes altas y bajas de los ríos, el intercambio de mano de obra con la mano cambiada y el trueque de productos de mar por productos de río, pensando siempre en la solidaridad de parientes y hermanos.

Todo eso hay que valorarlo más porque ellos trazaron un camino del que otros nos han querido sacar, volviéndonos a nuevas esclavitudes. Tenemos que aprender de estas historias y seguir construyendo el proyecto de libertad que nos legaron.

—Esa es parte de la herencia que nos dejó el abuelo. —Dijo Juvencio, mientras Eugenia y Manuel, con sus miradas, se dijeron: este hermanito nuestro, cada vez aprende más. En sus jóvenes mentes habitaba la esperanza pero también muchas preguntas: ¿Podemos pensar un desarrollo propio que nos fortalezca a nosotros? ¿La herencia cultural que hemos heredado nos podría servir de base? ¿Para fortalecer nuestras familias en lo productivo, organizativo y social, qué se necesita? ¿Los consejos comunitarios y las juntas de acción comunal podrían impulsar procesos de desarrollo en nuestro territorio que nos fortalezcan a todos? ¿Qué hacer contra el narcotráfico que usa nuestras mejores tierras para sembrar coca y nos deja solo los muertos y enriquece a otros que no son de aquí?

El valor de la amistad y la lucha por los derechos

NO SE
VENDE



MAESTROS
UNIDOS!

CAPÍTULO 9

SALVEMOS
LA EDUCACIÓN

¡MÁS
JUSTICIA!

LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

Cuento 9

El valor de la amistad y la lucha por los derechos

Camarón que se duerme se lo lleva la corriente, mueve tus manos negras para luchar por tu gente.

Don Bartolo y la maestra se habían sentado en el andén de su casa bajo un frondoso árbol de zapotes; del río venía una fresca brisa que hacía más tolerable el calor y la humedad de las diez de la mañana. Tenía buen semblante la maestra y don Bartolo charlaba contento al ver su recuperación. De vez en cuando, Mariana, la compañera de Manuel, salía a revisar si la maestra necesitaba algo. Ya le había traído una taza de agua de manzanilla, cuando llegó Margot desanimada.

—¿Qué me le pasó hija que viene tan achicopalada?

—No abuelo, que ya no hay clases en la tarde ni mañana porque los profesores van a realizar una marcha mañana y hoy en la tarde van a una asamblea. ¡Eso es una perdedera de tiempo! —Exclamó desilusionada. —Como vamos, no me voy a poder graduar el próximo año.

—¿Y eso hija? —Preguntó la abuela interesada.

—Es que a los profes les ha dado ahora por hacer paros por todo, que porque no les pagan a tiempo, que por el examen del Ministerio, que por esto, que por lo otro.

—Mija, pero eso no es malo. Los maestros tienen derecho a reclamar cuando sus derechos son desconocidos o violados y para eso es necesario en ocasiones presionar al gobierno para que cumpla. Una manera que tienen es el paro, las manifestaciones, las marchas y otras formas de exigir sus derechos.

—Lo que pasa. —Dijo la abuela. —Es que ustedes los jovencitos de ahora no tienen conocimientos de sus derechos y las maneras de exigirlos, pero aún más, a ustedes no les enseñan la historia local y no saben que lo poco que tienen estos pueblos se lo ha ganado la gente con su movilización y hasta luchando contra el gobierno.

Margot se quedó pensando.

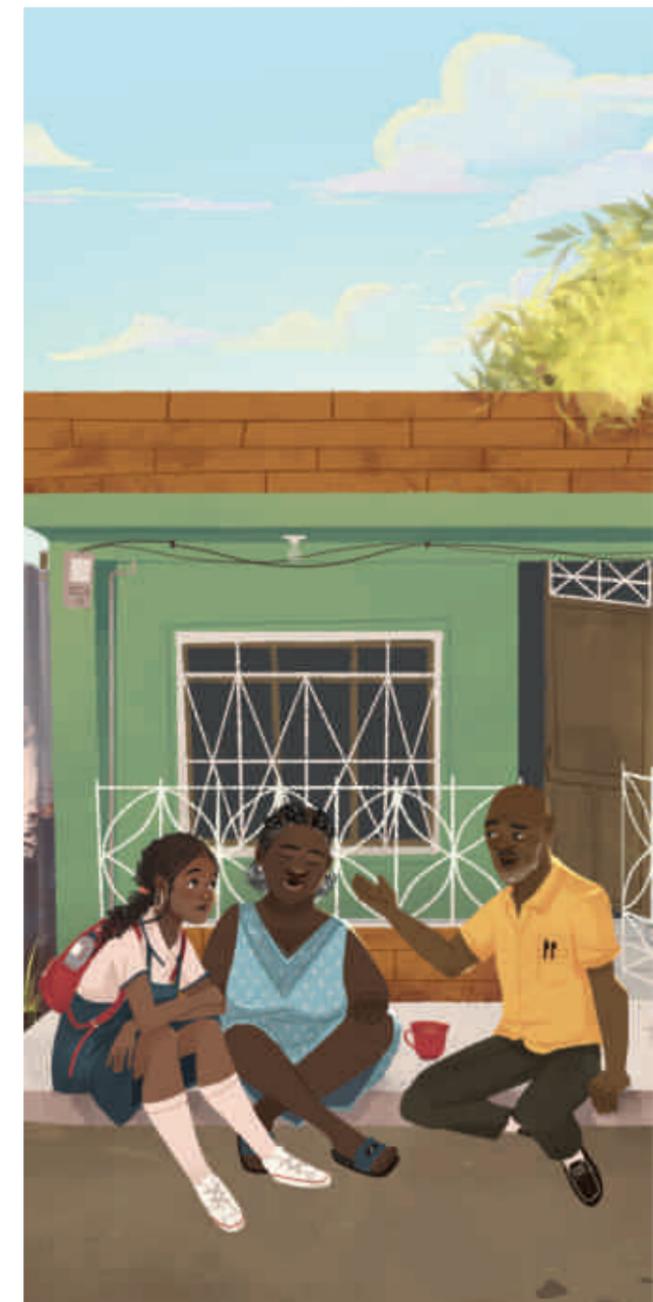
—Pero yo no he escuchado nada de eso. ¿Cuáles luchas? ¿Ustedes participaron en alguna de esas?

La maestra miró comprensiva a su nieta y luego a don Barto, quien sonrió.

—Vea, hija. —Inició don Barto. —Nosotros, los afrocolombianos, hemos luchado por nuestros derechos desde la llegada a América. En la Colonia luchamos por la libertad, ya sea por medio del cimarronismo, o la huida de las minas, o por la participación en la guerra de independencia de España, pues sin los soldados afrodescendientes, Bolívar no habría conseguido la victoria.

La nieta se acomodó concentrada en las palabras del abuelo

—Para decirte algo, en los años setenta, una de nuestras luchas fue por los derechos laborales. Es el caso de la empresa maderera Chapas de Nariño, entre 1977 y 1982. Chapas era una empresa que procesaba madera a partir de la extracción de árboles de los bosques del Pacífico nariñense, y empleaba a más 800 trabajadores directos y 10.000 indirectos, algo así como el 28 % de la población de Tumaco, lo que hacía que fuera muy importante para la economía de Tumaco y de la subregión.





—Pero los malos manejos administrativos estaban quebrando a la empresa y los administradores empezaron a frenar los pagos de salarios de los trabajadores, cosa que impulsó la organización de los empleados y a que el sindicato se pusiera de frente a la empresa, llamara a huelga e iniciara acciones de presión.

—Entonces nos tomamos el aeropuerto de Tumaco el 10 de junio de 1977, con el propósito de reclamar nuestros salarios y las prestaciones sociales adeudados. Logramos que una avioneta llegara al aeropuerto con \$ 5.000.000 que cubría en una escasa proporción la deuda laboral. Entonces burlando la vigilancia de la fuerza pública, decidimos ocupar los talleres, bodegas y depósitos de la empresa el 9 de agosto de 1977 y ponerla en funcionamiento bajo la dirección del sindicato. Con un préstamo en dinero, solucionamos los problemas más urgentes como la adquisición de trozas. Entonces los tornos se encendieron y los remolcadores recorrieron nuevamente los ríos y quebradas halando las trozas. Pero como la empresa era de una familia rica colombiana, con poder político y económico, la revancha no se hizo esperar: los antiguos propietarios intentaron bloquear el funcionamiento de la empresa controlada por los obreros, bajo la dirección del sindicato. Y así nos enfrentamos a la negación de la Texas Petroleum Company para

venderle el combustible a la empresa, por lo que no podíamos encender las maquinarias. Poco después el Inderena nos canceló el permiso de las concesiones de la compañía. Finalmente tocó vender la empresa a un serrano, Homero Erazo, cuyos hijos continuaron hasta los años noventa laborando con el nombre de Derivados Forestales y de Interforest limitada.

Lo interesante es que aquella movilización de los obreros contó con el apoyo de todos los sectores sociales de la ciudad. Hasta los comerciantes ayudaron a sostener a los huelguistas con víveres mientras duraba la huelga, porque los trabajadores de Chapas no estaban peleando solo por ellos sino por toda la población que se beneficiaban de esa empresa.

—Como ves. —Dijo la anciana. —Pelear por los derechos, por lo justo, es algo bueno y necesario, porque si no se pelea, los poderosos logran que lo injusto se convierta en la norma en la sociedad y como habrás notado ya, lo injusto favorece a pequeños grupos a quedarse con lo que pertenece a todos.

A Margot no le era difícil entender las palabras de la abuela. En ocasiones se había quejado en el colegio por la preferencia de algunas profesoras por los estudiantes varones, frente a las chicas.

—Pero esa no es la única pelea que hemos dado, ¿cierto, profe? —Dijo el abuelo, sugiriendo con su tono y su mirada a la abuela que era su turno.

—Quizás tú has oído hablar del Tumacazo.

—Algo nos dijo nuestro profe de sociales, que fue una protesta en que casi queman la ciudad.

—Bueno, sí fue una protesta, fue un evento que me trae muchos recuerdos, y uno muy triste. —Y miró a don Barto que de pronto se había puesto triste. —Esa tarde se nos perdió un amigo y compañero que no volvimos a ver nunca. No sabemos si murió o huyó a alguna parte.

El viejo don Barto, suspiró. La abuela siguió con su relato ante la mirada expectante de la nieta.

—El Tumacazo. —Dijo la abuela. —Es el episodio final de años de reclamos, protestas y paros cívicos, en los que la población tumaqueña le exigía al gobierno nacional, la solución de los problemas de prestación del servicio de energía eléctrica y agua potable. Las primeras movilizaciones se iniciaron a finales de los años setenta y fueron lideradas por una junta cívica. En los siguientes años se formó el Comité Tumaco Unido en 1986-1987 y el Comité Tumaco Alerta S.O.S, en 1988, año del Tumacazo.

—Para entender un poco lo ocurrido,
— Explicó el abuelo — hay que mirar lo que pasaba en el Tumaco de esos tiempos: la situación social de los ochenta, era de total abandono del gobierno nacional a la población. Cuando quebraron las empresas madereras mucha gente quedó sin trabajo. La población de la ciudad estaba creciendo y el poder político de la subregión estaba en manos de un político local, Beto Escruceña, que era senador y tenía una red de familiares en todos los puestos públicos importantes de la subregión. Ponía

alcaldes, registradores, maestros y nada se movía aquí sin que él lo dispusiera. Se dice que manejaba el presupuesto de los municipios como si fueran las chequeras de la familia. En esas condiciones ni el gobierno local, ni el nacional, se habían comprometido a solucionar el servicio de agua potable y energía para Tumaco. Había un pequeño acueducto que no lograba cubrir el total de la población y tenía que abastecerse de agua de lluvia o de pozos. Esto provocaba permanentes enfermedades gastrointestinales a niños y ancianos. La energía eléctrica era generada por dos plantas cuyo combustible lo aportaba el gobierno nacional pero demoraba hasta meses en llegar, además las plantas se dañaban continuamente y a veces tardaban semanas en repararlas.

—A estas condiciones —Retomó la abuela — se sumaban otras como la inexistencia de una vía pavimentada que conectara Tumaco con Pasto y el resto del país, así como la mínima oferta de universidades para una juventud creciente y necesitada de formación profesional, entre otras.

—Todo esto se juntó para que algunos líderes cívicos empezaran a pensar que Tumaco necesitaba un cambio. Y ese cambio no iba a darse por la voluntad de los gobiernos ni del senador Escruceña. Por eso, y dado que las promesas y compromisos de las instituciones estatales no se habían cumplido pese a las movilizaciones de los años anteriores y la situación era más profunda, el Comité Tumaco Alerta, convocó y lideró una movilización orientada a exigir al Estado el cumplimiento de las promesas, especialmente de la energía y el agua potable. La movilización implicó varios eventos como la marcha marítima que terminó en toma de la barcaza que facilita la conexión del tubo del oleoducto al buque que los transporta. Esto obligó a funcionarios del gobierno a venir a la ciudad a negociar con los líderes y la población movilizada; sin embargo, en los diálogos, el gobierno nacional no mostraba interés ni compromiso en solucionar el problema inmediatamente. Los argumentos eran que no se podían reemplazar las plantas eléctricas que Tumaco tenía.

—Entonces. —Continuó la abuela. —A esta actitud displicente del gobierno nacional, respondió la población liderada por el Comité Tumaco Alerta SOS. El viernes 16 de septiembre de 1988 se



El Tumacazo en 1988 fue el episodio final de años de reclamos, protestas y paros cívicos, en los que la población tumaqueña le exigía al gobierno nacional, la solución de los problemas de prestación del servicio de energía eléctrica y agua potable.



convocó a una manifestación en la cancha San Judas. El Comité preparó una declaración de independencia, donde pedían al gobierno nacional que ya que no querían aportar al desarrollo de Tumaco, les permitieran ser un país independiente de Colombia. Esa tarde la cancha hervía, había una presión desmedida del ejército y la policía nacional que se sumaba a los ánimos encendidos de la población. Uno de los líderes se preparaba para leer la proclama, cuando una periodista de un canal de televisión nacional fue agredida por un soldado. Eso hizo que algunos de los presentes lanzaran piedras al ejército. Los soldados serranos se asustaron y uno de ellos disparó, la bala viajó por encima de los huelguistas y entró en la casa de un vecino de la cancha, quitándole la vida. Entonces la manifestación pacífica se acabó, todo el mundo corría de un lado para otro. Los policías cargaron con sus garrotes y algunos jóvenes respondieron con bombas incendiarias. El grueso de los manifestantes corrió calle Mosquera abajo, en su furia apedreó los bancos Colombia y Popular, quemaron el nuevo edificio del ICBF y desvalijaron la Caja Agraria. Por último, se detuvieron frente a la casa de los Escrucería

y la apedrearon en un acto de odio a los cuarenta años de politiquería y abuso de los Betos. Un año después, lo que parecía imposible en los años anteriores, se hizo realidad: se interconectó Tumaco con la red eléctrica departamental y se pavimentó la vía Tumaco-Pasto. Los alcaldes aceleraron el adoquinamiento de las calles de la ciudad y se volvió a ampliar la red del acueducto aunque fue insuficiente.

La abuela se detuvo por un momento y respiró resignada: —Esa noche del Tumacazo, Mauricio, un amigo de su abuelo y mío, desapareció. Él estaba esa tarde con los líderes del comité, mientras que yo había llevado a los muchachos del colegio a la manifestación. Cuando se desató la violencia y todo el mundo cogió para todos lados, no lo volví a ver. Lo buscamos, no lo encontramos entre los heridos que llevaron al hospital y nadie daba ninguna información sobre él. Se lo tragó la tierra, parece. Pensamos muchas veces que lo habían desaparecido los militares, pero hablamos con ellos y nos aseguraron que no tenían información alguna de él. Siempre lo recordamos cuando hablamos de esos acontecimientos.

El Tumacazo fue muy importante. —Sentenció don Barto. —Pero para mí, el mayor logro de los líderes afrocolombianos de la subregión fue la Ley 70. Esta lucha se inició con la Constitución de 1991, donde los afrocolombianos aprovecharon la creación de la para promover que creara una nueva ley para los pueblos negros. El objetivo principal era que se reconociera que estas tierras son del pueblo afrocolombiano, pues sucedía que el gobierno decía que estas tierras no eran de nadie (tierras baldías) y se las estaba vendiendo a inversionistas de Cali para sembrar palma aceitera. La Ley 70 se logró gracias al trabajo de muchos líderes que luego de conocer el Artículo Transitorio 55 empezaron a reunirse, recorrer las veredas del Pacífico, uniendo a la gente para defender construir su propuesta de ley que reconociera su derecho a la tierra. Por fin en 1993, se logró la Ley 70 que promulgó que estas tierras son de los pueblos negros y son inembargables, inalienables e imprescriptibles.

—Esta historia de las movilizaciones del pueblo afrocolombiano. —Volvió la abuela. —Es incompleta si no se mencionan otras como el paro de El Charco, el Movimiento del Piedemonte Andino en el que habitantes de Barbacoas, Altaquer, Junín, Mallamas y otros de esta subregión, se tomaron la vía Pasto-Tumaco para negociar con el gobierno departamental y nacional, atención para los problemas de estos municipios. Los barbacoanos buscaban del gobierno, proyectos para el empleo y la pavimentación de la vía Junín-Barbacoas. y nietos se dispusieron a escuchar.

—También en Barbacoas. —Completó don Barto. —Las mujeres se movilizaron para que el gobierno construyera la carretera Junín-Barbacoas que estaba en pésimo estado. Se organizaron en el movimiento pacífico denominado Piernas Cruzadas, con el propósito de exigir una carretera

digna que contribuyera al mejoramiento de la calidad de vida de sus pobladores. Estas mujeres lograron movilizar al pueblo y el gobierno se vio obligado a responder y a pavimentar dicha carretera que actualmente está a punto de ser terminada.

La abuela hizo silencio y miró a su nieta que había seguido cada palabra pronunciada por los abuelos.

Esa tarde, cuando Manuel volvió a casa, Margot le contó las historias de luchas que sus abuelos le habían contado, estaba muy animada. Manuel escuchó a su hija. Su madre le había contado esas historias pero no lo habían entusiasmado tanto como a su hija y se preguntó ¿qué parte de la herencia del abuelo era esa? ¿Sin esas luchas la vida de los afrocolombianos de la subregión sería distinta? ¿Cómo luchar contra los problemas que nos afectan hoy como el desempleo, o la baja calidad de la educación? ¿Podrían liderar ellos un movimiento en contra de estos problemas?

Esa noche, Margot soñó que caminaba delante de una marcha en la que iban cientos de jóvenes con pancartas y cantando versos a ritmo de currulao, exigiendo educación superior y empleo para la juventud del Pacífico nariñense.



CAPÍTULO 10

Yo también
quiero
bailar un currulao



Cuento 10

Yo también quiero bailar un currulao

El grupo de muchachos entró a la casa invadiendo la sala, moviendo sillas y mesas, tirando los bolsos con los libros y cuadernos al piso, discutiendo en voz alta, atareados buscando en sus celulares la música del baile que querían representar.

En el barullo se impuso la voz de Margot.

—¡Muchachos, yo propongo este tema que está de moda!

—¡Yo creo que deberíamos bailar este que montamos el año pasado!

—Interpeló otro.

—No, dijo una chica. —¡A mí ese no me gusta!

No se ponían de acuerdo y las voces empezaban a tornarse en gritos.

De pronto una voz de mujer se levantó entre ellos.

—¿Se puede saber por qué tanto escándalo?

—Tía Eugenia, estamos poniéndonos de acuerdo en qué ritmo vamos a bailar en el colegio.

Eugenia miró inquisitiva a su sobrina.

—Es por el día de la raza. —Aclaró Margot.

—Pero para eso no nos van a tumbar la casa, además recuerde señorita que su abuela está recostada, está enferma.

Margot bajó la mirada avergonzada, el grupo de adolescentes hizo silencio.- La sobrina llamó a sus compañeros hacia la calle y ahí conversaron unos minutos y luego se dispersaron.

Quedamos en ir al colegio esta tarde y allá ponernos de acuerdo y empezar a ensayar. —Dijo la muchacha apenada.

La joven tía siguió hacia la cocina.

Después del almuerzo, Margot se fue al colegio pero volvió pasadas unas horas. Estaba triste y enojada. No se habían podido poner de acuerdo con sus compañeros.

—Es que ellos quieren bailar esas danzas de viejos, dizque currulao. En las redes hay muchos otros ritmos, más movidos, y no quieren.

—¿Y por qué es que no quieres bailar currulao?

—Es que todos quieren bailar eso, tenemos que cambiar, todo el tiempo currulao y currulao.

La tía estaba revisando un libro. Hacía sol y una luz amarilla se metía por la puerta y las ventanas abiertas a esa hora. Margot se sentó en la sala y prendió el televisor. Allí estaba cuando sintió que la tía le pasaba una cajita de cartón metida en una bolsa plástica.

—¿Qué es esto? —Preguntó la muchacha.

—Míralas pero no me las vayas a perder.



Margot se encontró en la cajita de cartón un paquete de fotografías en blanco y negro y a color. Al empezar a revisarlas, se dio cuenta que la protagonista de las mismas era su tía Eugenia, engalanada con los vestidos tradicionales y bailando currulao. Había fotos de la tía con otros niños, cuando era adolescente, en el colegio y luego en la universidad. Se la veía siempre feliz en cada una de las fotos.

—¿Y esto tía?

—Mi historia como bailarina de currulao.

—Cuente tía, cuente...

—Lo importante. —Dijo la tía. —Es que se reconozca que el currulao, o la música de marimba, hacen parte de la cultura afrocolombiana que nuestros tatarabuelos y abuelos construyeron y que nos han heredado. Así como es importante un buen tapao o un pusandao en la comida, o un arrullo o alabao en un velorio. Así como las décimas cimarronas. Todo es parte del trabajo y la creatividad de nuestra gente y

antes de decir que son cosas de viejos y por eso abandonarlas, es bueno antes conocerlas, ¿no te parece?

Margot sonrió. Su tía tenía razón. La tía continuó.

—¿Tú sabías que hay varios ritmos en el currulao?

Y la adolescente abrió los ojos. —¿Cuáles?
—En el currulao se distingue ritmos como el bambuco, el agua larga, la caderona, la fuga o juga, la caramba, el torbellino, el patacore, el amanecer y el andarele, y en torno a estos ritmos, nuestras familias han creado muchas canciones. Todo esto tiene su origen en el territorio rural donde crecíamos los afrocolombianos junto con los indígenas eperara siapidara en el Patía y afluentes, y los awá o coaiquer y los cayapas, en el sur de Colombia y el norte de Ecuador.

—Tía, pero una de mis compañeras dice que esas danzas de nuestros abuelos eran diabólicas y que por eso los blancos y mestizos no las bailaban.

—Sí, eso decían hasta hace poco algunos profesores. Y no eran los únicos. Para una parte de la población blanca y mestiza de la élite tumaqueña y de iglesias cristianas y católicas, estas prácticas culturales eran consideradas diabólicas, incluso hubo el caso del padre Mera que cuando quedó a cargo de la parroquia de Guapi, prohibió estos bailes que calificaba de salvajes y buscaba en las viviendas marimbas, cununos y bombos para quemarlos y botarlos a los ríos. Pese a esto, los abuelos se las ingeniaron para seguir bailando y tocando su música. Aquí en Tumaco, en los años sesenta, había una casa de baile de marimba llamada La Cueva del Sapo, donde acudía la población afro a disfrutar del baile y la música del currulao y la marimba.

¿Y los grupos de danza cuando aparecieron?

En los años setenta, el primer grupo de currulao del que se tiene noticias en Tumaco, es el grupo de danza Perlas del Pacífico, integrado por personas afro de la tercera edad.

En la década de los ochenta, Marcos Chaves, un gestor cultural afro, convoca a un grupo de jóvenes talentosos de la ciudad y crea el Grupo



En el currulao se distingue ritmos como el bambuco, el agua larga, la caderona, la fuga o juga, la caramba, el torbellino, el patacore, el amanecer y el andarele, y en torno a estos ritmos, nuestras familias han creado muchas canciones.

Folclórico Danzas Negras. Es quizás la madre de los siguientes grupos, dado que ahí participaron Julio César Montaña, quien más adelante crea la Corporación Artística Danzas Ecos del Pacífico (Cadep); Francisco Tenorio crea la Fundación Tumac, y Nixon Ortiz la Fundación Folklórica Manglaría.

En 1987 se realiza el Primer Festival del Currulao con apoyo financiero de Plan Padrino, el Banco de la República, la gobernación de Nariño y algunos comerciantes locales que donaron vestuarios, alimentos y bebidas para los invitados y dinero en efectivo. Este festival se repitió cada año hasta el inicio del siglo XXI.

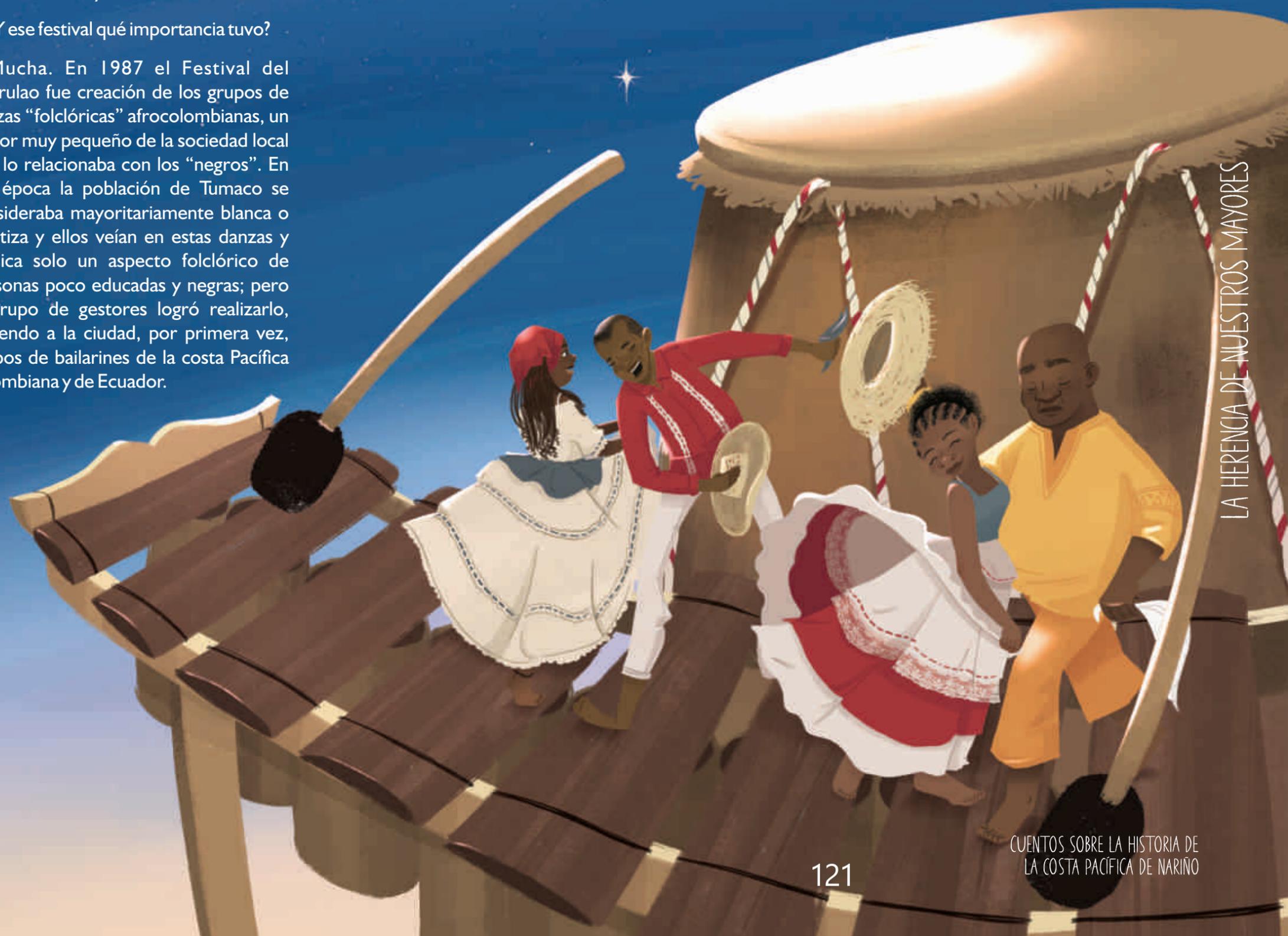
—Tía ¿y tú bailabas en la Cueva del Sapo? ¿Estuviste en el festival?

—No, icómo se te ocurre! Yo no había nacido en esa época. Yo empecé a participar en esas danzas en el colegio cuando estaba en primaria, allá en Tumaco, casi a finales de los noventa. Pero luego me enteré de todo esto que te cuento.

Mira esta foto, aquí estoy en el Festival de 1990, éramos un grupo de niños, casi cinco años tenía yo

—¿Y ese festival qué importancia tuvo?

—Mucha. En 1987 el Festival del Currulao fue creación de los grupos de danzas “folclóricas” afrocolombianas, un sector muy pequeño de la sociedad local que lo relacionaba con los “negros”. En esa época la población de Tumaco se consideraba mayoritariamente blanca o mestiza y ellos veían en estas danzas y música solo un aspecto folclórico de personas poco educadas y negras; pero el grupo de gestores logró realizarlo, trayendo a la ciudad, por primera vez, grupos de bailarines de la costa Pacífica colombiana y de Ecuador.



En los siguientes años, el Festival logró permanencia e impacto en la identidad afrotumaqueña que aún se sentía blanca o mestiza. El interés por el currulao que despertó el Festival, impulsó la creación de nuevos grupos, tanto en Tumaco como en la subregión. El festival se convirtió en un evento de repercusiones nacionales e internacionales. De hecho, el Festival de Petronio Álvarez en Cali, le debe mucho a este festival. Los grupos participantes fueron espacios para la creatividad, la expresión artística y lograron que la población empezara a valorar positivamente la diversidad y riqueza musical del Pacífico nariñense.

A principios de los años noventa, los grupos culturales Calipso y la Corporación Artística Escuela de Danzas del Pacífico, realizaron el espectáculo Cueros Calientes, en el que mediante las danzas, la poesía, el canto y la música, contaban la historia de los afrocolombianos de la subregión. Y fíjate que las personas que participaron en estas actividades culturales fueron las que hicieron parte del grupo de líderes que promovieron el proceso de construcción de la Ley 70 de 1993.

Primeramente en un espacio de trabajo denominado El Común, que luego se convirtió en el Palenque Regional Nariño, cuando ingresaron activistas de otros municipios del Pacífico nariñense. El Palenque fue la organización etnicoterritorial que orientó el Proceso de la Ley 70 en la subregión. Lo más valioso de este proceso artístico-cultural es que ha sido referente en la etnoeducación no formal de las nuevas generaciones en el Pacífico nariñense. Actualmente se puede afirmar que en Tumaco y demás municipios de la subregión, no existe una institución educativa que no tenga su grupo de danzas afrocolombianas.

—¿Todo eso, tía? Exclamó la adolescente.
—Para que veas que los viejos y los jóvenes de antes fueron muy creativos.

Tía y sobrina siguieron conversando, mirando las fotografías.

Al día siguiente, al medio día, llegó Margot con una noticia para la tía.

—Tía, imagínate, te tengo una noticia muy importante.

Eugenia se imaginó la sorpresa.
—Van a bailar currulao.

—Sí, pero eso no es todo. —Y en la puerta apareció el profe Manuel Ortiz, rector del colegio.

—¡Profe!—Saludó sorprendida Eugenia.—¿Usted por acá?

El profe saludó y aceptó sentarse en la sala. Eugenia estaba inquieta con la visita. El profesor sonriente le comunicó el motivo de su presencia.

—Me enteré por su sobrina de su largo recorrido en el baile del currulao y como el colegio necesita un profesor para que oriente este tema con los muchachos, le vengo a proponer que nos apoye en esta materia.

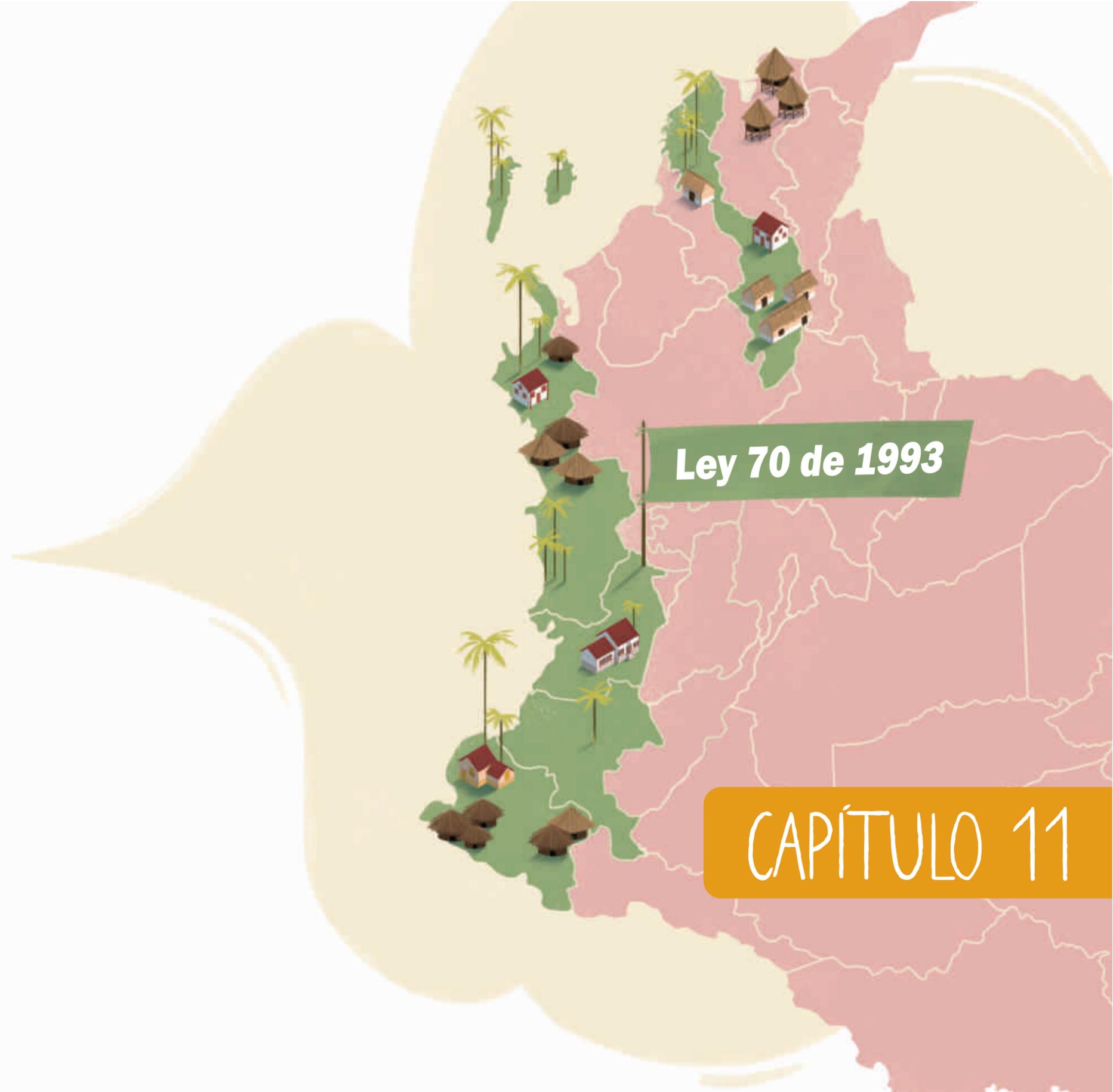
—Pero yo no me he graduado. —Se quejó la joven.

—No importa, si le interesa el trabajo es para usted y lo de la universidad es solo mirar si la puede continuar a distancia. ¿Qué me dice?

Eugenia no lo pensó mucho, de manera que a la siguiente semana ya estaba enseñando a un grupo las bases rítmicas del baile. Margot era la más feliz. A lo mejor esa era parte de su herencia. ¿Cómo se organizaría para hacerlo de la mejor manera? ¿Cómo iba a combinar la docencia y la universidad? ¿El currulao y los bailes tradicionales se perderán en el olvido o serán cultivados por los niños y los jóvenes? ¿De dónde vienen las nuevas músicas y ritmos que se bailan en el Pacífico? ¿Por qué se valoran más las músicas de afuera que las del pueblo afrocolombiano? Un tumulto de preguntas y un mar de ideas la atrapaban pero ella sabía que saldría adelante.



Nuestras leyes, nuestras luchas



CAPÍTULO 11

Cuento 11

Nuestras leyes, nuestras luchas

La Ley de territorio es la ley de mis abuelos, del territorio de asombros que para mí construyeron.

Don Paulino Cabezas, candidato político al concejo municipal, llegó a la vereda para una reunión con los vecinos de Chilví. En la escuela, algunos amigos del candidato lo esperaban y habían logrado juntar otras veinte personas. Paulino habló de la pobreza de la región, del abandono del Estado, de los malos políticos de la sierra, de la falta de oportunidades de los jóvenes de las veredas y que todo eso lo iba a resolver él con su partido y los senadores de la capital en el Congreso. Por eso estaba invitando a votar por fulanito para el Senado y menganito para la Cámara, quienes estaban comprometidos con el desarrollo de la región e iban a gestionar con el gobierno proyectos de cultivo de arroz, de palma y caña para la zona. Entre las personas que estaban en la reunión se encontraba Manuel.

—Paulino, buenos días. —Saludó Manuel.

—¿Usted y sus amigos qué pueden hacer por el Plan de Vida del Consejo Comunitario?

El hombre buscó entre los presentes la voz del amigo.

—Estimado amigo, Manuel. Tenía programado visitar a su familia pues sé que es una familia distinguida de la vereda. —Le respondo: —Con casi todos los consejos comunitarios del municipio nos hemos puesto de acuerdo. Esos planes van a ser financiados porque mi amigo el senador es muy amigo del presidente y el negocio es que nosotros le pongamos unos voticos y salen los proyectos.

Manuel sonrió y calló.

El candidato habló de listas y fechas, de apoyos con algunos mercados, hizo firmar un acta a los presentes y tal como llegó, salió de la escuela. Tenía otra reunión en una vereda más arriba de la vía. Estrechó la mano de Manuel y se fue. Era un político importante y ya se sentía no solo concejal sino alcalde.

Cuando Manuel llegó de la reunión, encontró a sus hermanos en la sala descansando y compartiendo con los ancianos padres. No dudó en contarles el motivo de la reunión de Paulino.

—Eso está muy raro. Senadores promoviendo planes de vida para los consejos comunitarios de los negros. Eso es una patraña de esos politiqueros.

—Pero eso sería bueno si fuera cierto...

—Sí, claro, si fuera cierto. ¿Ustedes no están cansados de ver cómo esos políticos engañan a la gente? Veán, lo que los negros tenemos, lo tenemos porque lo hemos “luchao”, nadie nos ha dado nada. Los consejos comunitarios, los territorios colectivos, las becas para los muchachos en las universidades. Eso no fue un regalo del gobierno, eso fue “peleado” cuando construimos la ley. La Ley 70 de 1993 la hicimos nosotros. —Dijo el viejo, exaltado.

—Su papá tiene razón, hijos. —Dijo la madre. —La Ley 70, así como las leyes de libertad de los esclavizados, no fueron un regalo de los gobiernos, sino que se ganó peleando.



Miren no más lo que pasó con Bolívar. Él prometió que si los negros se unían al ejército libertador, acabaría con la esclavitud y ellos se unieron con tanta fuerza que muchos historiadores afirman que fue gracias a los soldados negros que ese ejército logró la independencia. Pero cuando ganó la guerra, Bolívar no cumplió su promesa, pues los delegados del congreso eran esclavistas y no les convenía la libertad, así que dictaron la Ley de Ventres y la esclavitud duró 40 años más. Fue en 1851 que por fin se decretó el fin de la esclavitud, pero eso no fue ningún regalo de los liberales, sino gracias a las exigencias del pueblo negro y de la sociedad civil, que no se quedaron callados, ni aceptaron leyes tramposas como la Ley de Ventres.

—¿Y la Ley 70 de 1993?—Preguntó entusiasmado Juvencio.

Una mirada amorosa de la maestra a su compañero, indicó que fuera él quien contara la historia.

—La Ley 70 tiene una historia diferente. A finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, el país vivía una crisis política y de seguridad muy fuerte y nació una nueva constitución, la de 1991. En la constituyente, los afros no pudimos tener representantes directos, entonces nos apoyamos en los hermanos indígenas que lograron que quedara un artículo transitorio, el 55, en el que se ordenaba al gobierno hacer una ley que reconociera el derecho a las tierras que las comunidades negras ocupábamos en las riberas de los ríos de la costa Pacífica colombiana.



Si bien es muy difícil determinar el volumen de esclavos liberados luego de la Ley de Ventres 1830 y luego la de 1851, sí es interesante lo que muestran los censos de la población entre 1.778 en la Nueva Granada y 1.851 ya en la República de Colombia: Para 1.778 se registró una población total de esclavizados de 62.547, un 7.82 % de la población; sin embargo, para 1.825 la población esclavizada disminuye: se registran 45.130; ya para 1.835, años de la Ley de Ventres, los esclavizados censados eran 37.547, el 2.39 % de la población total, y la disminución continúa para 1843 cuando se registran 25.591, el 1,41 % de la población total y para 1.851 año de la Ley de Manumisión de Esclavos en Colombia había 15.972 personas esclavizadas, el 0.76 % de la población total. Datos tomados de: Tovar Pinzón, Hermes.

La manumisión de esclavos en Colombia, 1809- 1851, Aspectos sociales, económicos y políticos. <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-59/la-manumision-de-esclavos-en-colombia-1809-1851>.

—Cuando nos llegó la noticia a Tumaco.
 —Continuó el anciano. —Los líderes de acá la difundimos por toda la subregión y entonces nos fuimos poniendo de acuerdo. Nos juntamos en cada municipio y por veredas, con las organizaciones que ya existían, como la Asociación de Campesinos del Patía, la Pastoral Social, la Cooperativa Coagropacífico, los sindicatos, las escuelas y las corporaciones artísticas. En fin, empezamos a reunirnos y a discutir cómo sería la ley. Luego en Nariño, nos organizamos en el Palenque Nariño y sacamos nuestras propuestas. A nivel regional se realizaron varias asambleas, la primera fue en Tumaco, luego en Puerto Tejada y una tercera en Bogotá. Ese proceso fue orientado políticamente por las organizaciones étnicas del denominado “Proceso” o Proceso de Comunidades Negras-PCN, acá al sur, y otras organizaciones en el Chocó y en el Caribe colombiano. Lo principal era que la construcción era local, en las veredas. De allí salieron las propuestas que luego se discutieron con delegados del gobierno y que al fin salió la última versión de la Ley 70 que fue firmada en agosto de 1993 por el presidente Gaviria.

—¿Y de allí salen los consejos comunitarios? —Preguntó Eugenia.

—Sí, la ley los crea pero realmente los territorios colectivos son reglamentados por el Decreto 1745 de 1995.

La ley no solo habla de consejos comunitarios y territorios colectivos, sino de cómo preservar la cultura y cuidar la naturaleza de esta región, pero esos temas no fueron reglamentados, pues el gobierno del presidente Uribe no volvió a impulsar la Ley 70. Pararon su desarrollo con el despido de funcionarios afrocolombianos en el Consejo Nacional de Planeación y otras entidades del Estado. Eso sucedió porque Uribe apoyaba a los palmeros, y la Ley 70 era un obstáculo para ampliar las hectáreas de palma en esta región. La Ley 70 solo estaba reconociendo nuestro derecho ancestral a esta tierra donde nuestros antepasados empezaron a construir su territorio y su cultura desde mediados del siglo XIX.

Ley 70 de 1993



—¿Y con los indígenas cómo fue? Porque hay quienes dicen que ellos tienen más leyes que nosotros los negros.

—El tema con los indígenas es distinto. —Explicó la maestra. —Porque en la Colonia ellos fueron protegidos por la corona española. De hecho, nuestros antepasados africanos esclavizados, fueron traídos como una estrategia para evitar la extinción de los indígenas.

—¿Y eso, mami? —Preguntó Eugenia.

Estaban en la conversa familiar cuando alguien entró a la vivienda.

—¿Y cómo está la familia? —Era Luz María, una vecina que traía una carpeta con unas hojas en blanco y un lapicero colgado al cuello. —Yo quedé encargada de hacer la lista de quiénes vamos a votar por el candidato.

Los integrantes de la familia se miraron como buscando una respuesta.

—No sabría decirle si mi familia va a apoyar al amigo Paulino. —Aclaró Manuel.

—Sí, pero como usted estuvo en la reunión. Pensé que ya le había contado a su familia.

—Insistió Luz María.

—Nosotros preferimos esperar a ver qué pasa con los otros consejos comunitarios, luego le decimos. —Dijo don Barto para mediar.

—Yo les recuerdo que Paulino es de aquí y deberíamos apoyarlo. —Recomendó la mujer.

—Pues sí, hija, pero también han sido de acá los que nos han venido a convencer para votar por ellos, para luego, cuando tienen sus puestos, olvidan que son de acá y no gobiernan bien.

—¡Ay, don Barto! Yo sé eso pero hay que darle la oportunidad a este, uno no sabe.

—Sí, hija. Uno no sabe. —Concluyó don Barto. La mujer se despidió desganada.

—¿Y entonces qué pasó con los indígenas? —Preguntó Juvencio.

—Sí, como les decía. —Retomó la madre. —Para el caso de los hermanos indígenas, los gobiernos del siglo XIX dictaron varias leyes: la Ley 25 de 1824 que señala por primera vez que se respetarán todas sus propiedades. En 1828 el Decreto 1828 de 1848, exime a los indígenas de prestar el servicio militar obligatorio (Ley 48 de 1993). Y hay más leyes, solo que ahora, ya no las recuerdo.





Con la Ley 153 de 1887, el gobierno es autorizado para modificar el derecho común para la resolución y régimen de los indígenas existentes en el territorio de la República, atendiendo a sus especiales costumbres y necesidades.

La Ley 89 de 1890 determinó la manera como deben ser gobernados los indígenas. Mediante esa norma se establecieron los resguardos y se fijaron parámetros para la defensa de esas comunidades.

—Y con todas esas normas ¿por qué los indígenas viven tan desprotegidos, por qué los matan y los desplazan si esta es su tierra y su territorio?

—Preguntó inquieto, Juvencio.

—Por lo mismo que teniendo la Ley 70, los afrocolombianos tenemos los territorios ocupados por los empresarios de palma, por la coca y la violencia del narcotráfico. Porque de nada sirven las leyes y decretos, si el Estado no las hace cumplir y menos si los ciudadanos no exigimos al Estado para que las haga respetar. —Sentenció don Barto.

Esa tarde siguieron conversando hasta la noche, cuando otra vez apareció Luz María por la casa de los Dájome.

—¡Madre mía!—Dijo, mientras entraba en la casa. Los Dájome merendaban.

—Sigue, mujer de Dios. ¿Qué te pasó que venís tan de alas caídas?

—¿Cómo le fue con las firmas de su candidato?

La mujer hizo como si fuera a llorar.

—Vea familia, lo que a uno le pasa por andar metida con esa gente mala. Me voy para mi casa como con 80 firmas y de pronto prendo el televisor y veo las noticias. Ese senador y el representante, amigos de mi hermano, fueron apresados hoy por haber sido elegidos con apoyo de los paramilitares. ¿Ustedes se dan cuenta en lo que se estaba metiendo mi hermano?

—¿Y él qué se hizo? —Preguntó asombrada, Eugenia.

—Cuando se dio cuenta de la noticia llamó para confirmar y le contestaron que sí, Por allá está en la casa, triste y avergonzado. ¿Ustedes se imaginan en el lío en que nos íbamos a meter?

Manuel miró a sus viejos padres y recordó a los líderes negros muertos, amenazados y perseguidos por apoyar el proceso de la Ley 70 de 1993. Los años de la incertidumbre y el horror que habían generado los grupos armados y muchas preguntas ocuparon su mente. ¿Por qué los grupos armados invadieron la subregión cuando se estaba en la constitución de los territorios colectivos y los consejos comunitarios? ¿Por qué asesinaron a la hermana Yolanda Cerón que asesoraba en la Ley 70 a muchos consejos comunitarios? ¿Y por qué amenazaron a líderes del Palenque Nariño y hoy siguen asesinando a nuestros líderes? ¿Es que esta ley ponía en riesgo las inversiones de algunos poderosos? ¿Por qué negros e indígenas no pueden vivir en paz disfrutando de su territorio y demás derechos?

CAPÍTULO 12

Las Huellas profundas de la guerra



LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

Cuento 12

Las huellas profundas de la guerra

Cerca de las tres de la mañana se escucharon los gritos de Margot. Espantados, sus familiares fueron a ver qué le pasaba. La niña sudaba y temblaba de terror. La madre se fue a la cocina a prepararle una taza de agua de manzanilla, mientras que Eugenia fue a calmar a los ancianos padres aturdidos por los gritos de espanto de la nieta. Manuel abrazó a la niña y la ayudó a calmarse. Juvencio miraba desde la sala, pensativo. Hacía una semana que cada noche la adolescente despertaba a su familia, presa de pesadillas tormentosas.

Esa mañana, muy temprano, vino doña Olga, la vecina, a preguntar por los gritos de la adolescente en las pasadas noches. Eugenia atendió a la vecina que preguntó por la salud de Margot y luego contó que ella no es la única, que de Barbaocoas trajeron la semana pasada a una niña y a un muchacho porque les daban ataques de miedo en la noche, se despiertan llorando y gritando, se vuelven agresivos y cuando les pasa el ataque se deprimen, lloran sin cesar, se angustian y mortifican a los padres que no saben qué hacer. Que en Roberto Payán había sucedi-

do algo similar con cinco muchachos y que en Magüí Payan también había como tres, que en El Charco, según una prima, había dos. Que todo eso parecía una enfermedad o maldición, porque a los muchachos les daban ataques de un momento a otro y ya no servían las viejas recetas del sobijo con ramas de chivo y menos las oraciones de los curas y rezanderas. Que esto era un ataque del demonio porque los niños por el Internet veían videos de magia negra y se retaban a realizar hechizos y algunos hasta habían usado la tabla Ouija.

Eugenia quedó asustada con la historia de la vecina, de manera que cuando se despertó su sobrina fue a preguntarle qué la estaba asustando tanto. La muchacha le narró el mismo sueño de todas las noches: que vio hombres armados que disparaban a toda la familia y que veía morir a su madre, a su padre y a sus hermanitos, mientras estos hombres solo disparaban.

—Eso es porque usted se la pasa viendo esos videos violentos en el celular que le regaló su tío.

—No, tía. Yo no creo que sea eso, yo creo que fue por el ejercicio que nos puso a hacer el profe de historia.

—¿Cuál ejercicio? —Preguntó preocupada la tía.

—El profe nos dijo que en una hoja contáramos un cuento o hiciéramos un dibujo de cómo vivimos en la familia y había que pegar las hojas en una pared del curso. Cuando terminamos, pusimos nuestros dibujos y nuestras historias. Lo que había eran dibujos de gente muerta y hombres armados matando a todo el mundo. Las historias contaban lo mismo. Yo no me asusté en ese momento, porque de eso es de lo que se habla en el colegio, pero cuando me acuerdo recuerdo esos dibujos y esas historias. ¿Es solo un sueño? ¿Cierto, tía? ¿Eso no va a pasarnos?

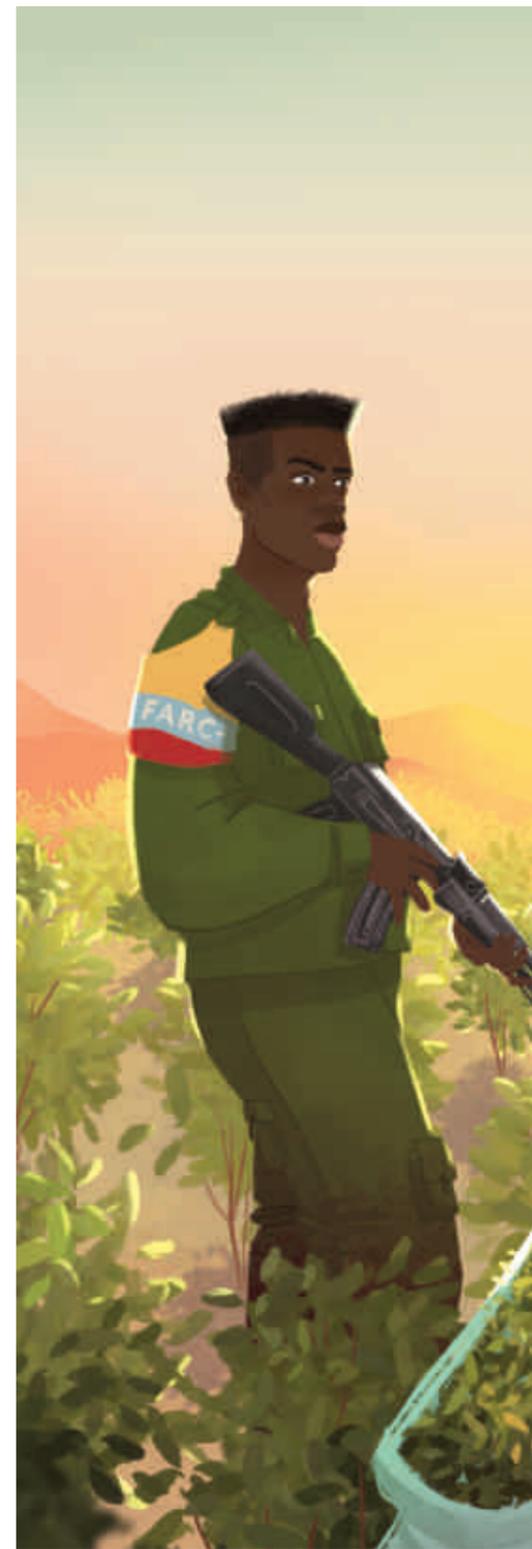
—Claro hija, no se preocupe por eso. Eso no nos va a pasar a nosotros.

Después del almuerzo, Eugenia llamó a su prima Hellen que reside en El Charco y le comentó lo que le había contado la vecina.

—¡Ay, prima! Acá un joven se ahorcó y a otros dos se los llevaron a Pasto porque estaban como locos.

—¡No puede ser! Entonces es verdad lo que cuenta la vecina.

Entonces Eugenia llamó a una amiga de la universidad que trabajaba con la alcaldía.





—Acá en la Secretaría tenemos más de cien muchachos de toda la subregión, registrados con estas manifestaciones de miedo. Están aumentando y puede pasar de simple miedo al terror. Los muchachos experimentan cuadros de psicosis, de complejo de persecución, entre otras patologías. Ya han muerto 7 en Tumaco. La enfermedad no está ligada al consumo de alguna droga, solo aparece y ya. —Concluyó la enfermera.

—¡Dios mío! ¿Qué está pasando?

Esa noche en la merienda, la familia discutió el tema. Eugenia tuvo la oportunidad de plantear que el temor y los sueños de Margot, parecían una enfermedad común a otros adolescentes de la subregión y que había que tener cuidado con ella.

—Tranquila hija, que con mis agüitas de las hierbas que tengo en la azotea, yo me comprometo a que duerma como un angelito. —Había dicho la abuela, pero ya llevaban varios días de sueños terroríficos y la niña no podía dormir tranquila.

Don Barto se arregló en la silla.

—Definitivamente esta guerra contra nosotros, afecta más a nuestros pequeños.

—¿Cuál guerra papá? —Preguntó Manuel.

—Ustedes tuvieron una infancia muy protegidos por su mamá y su papá, gracias a Dios, pese a nuestros trabajos y filiación política. Pero la mayoría de los niños de su edad no tuvieron esa suerte. A muchos les tocó nacer en esos años más violentos, incluso en familias que estaban huyendo, desplazadas, amenazadas, cargando a sus enfermos y asesinados, o de las que se quedaron en los caseríos amenazados y controlados por esos bandidos.

—La enfermedad de los chicos viene de ahí, del terror que provocó la invasión de esos bandidos que se tomaron nuestro territorio a punta de bala y a nosotros nos tocó solo resistir, correr o ver caer a nuestros familiares muertos. —Dijo la anciana maestra con los ojos anegados.

—Desde cuando les repartieron nuestras tierras a las empresas de palma, se empezó a asesinar a nuestra gente. Se supone que desde finales de los años noventa ya había

gente de la guerrilla de las Farc y del ELN. En 1981 un grupo de 13 guerrilleros del M19 fue masacrado por el ejército nacional en el río Mira. A finales de los ochenta habían detenido a Beto Escrucería en EE. UU. por tráfico de drogas. Eso llamó la atención a la población pero siguió siendo un episodio extraño a la región. Pese a todo esto, todavía vivíamos tranquilos. La guerra que sucedía en el centro del país parecía lejana, solo noticias en la televisión; pero todo cambió cuando a mediados de los años noventa se empezó a introducir ese cultivo maldito de la coca en la subregión y las Farc y los paramilitares iniciaron una guerra el control del negocio. Eso de los cultivos de coca fue como regarles comida a las moscas. En los noventa aparecieron grupos de delincuentes urbanos como los Ban Ban y los Aletosos y a finales de los noventa llegaron los paramilitares: En 1999, Guillermo Pérez Alzate, alias Pablo Sevillano, comandante del Bloque Libertadores del Sur, de las AUC, se ubicó en Tumaco y luego de una sangrienta



Las masacres y los nexos del ejército de Pablo Sevillano 18 octubre, 2009. VerdadAbierta.com. <https://verdadabierta.com/las-masacres-y-los-nexos-del-ejercito-de-pablo-sevillano/>

disputa con las FARC y ELN controló Francisco Pizarro, Mosquera, Roberto Payán, Llorente, Pasto, Ipiales, Taminango, Barbacoas, Ricaurte, Policarpa y Samaniego. Se tomó la costa y parte del departamento, según su confesión, para quitarle el negocio del narcotráfico a las Farc. Pero en su estadía en la subregión, reclutó decenas de menores de edad, asesinó a cientos de personas, entre ellas, líderes como la religiosa Yolanda Cerón, el gerente regional de Avianca, el periodista Flavio Bedoya y la estudiante Adriana Benítez. Realizó masacres como la del corregimiento de Llorente, el 24 de marzo de 2001. El portal Verdad Abierta afirma que “De las 1.600 víctimas del Bloque Libertadores del Sur, Pablo Sevillano ha reconocido cerca de 150 crímenes. 16

Con la muerte de la hermana Yolanda Cerón, directora de la Pastoral Social de Tumaco, y una de las grandes impulsoras de la Ley 70, el miedo paralizó muchos procesos, pues decían: “si mataron a una monja, están dispuestos a matar a cualquiera”. Además otros líderes comunitarios fueron amenazados por los paramilitares y tuvieron que salir de la subregión. Había llegado el tiempo del terror. La gente de la subregión

se resguardaba porque en cualquier momento se armaba un tiroteo o asesinaban a alguien en plena calle, y ahí debía quedarse, porque los asesinos impedían que se lo recogiera.

Como si eso no fuera suficiente, en 2001, Luis Eduardo Carvajal, alias “Rambo”, llega a la subregión comandando la columna móvil Daniel Aldana controlando gran parte de los corredores fluviales que conforman los ríos Mira, Patía, Telembí, Rosario, Chagüí, Mejicano en Tumaco, Barbacoas, Roberto Payán y Magüí Payán.

Al año siguiente, 2002, un grupo no identificado, realiza una masacre en Caunapí y el 26 de abril de 2003, ocurre una masacre en Guayacana.

—¿Cómo que no identificado, papi? Nadie identificó a esos matones.

—Nadie mija, y lo peor es que las masacres continuaron.

El 27 de diciembre de 2003, el 29 frente del comando conjunto occidental de las Farc, ejecuta una masacre en La Guayacana. Un año después, el 30 de junio, el Bloque Libertadores del Sur de los paramilitares, realiza una masacre en Llorente.

En el 2005, con la desmovilización de las AUC a nivel nacional, creímos que la situación iba a cambiar pero aquí los paramilitares que no se desmovilizaron se quedaron como grupo ilegal Nueva Generación y controlaron los barrios de bajamar en Tumaco. En el 2007 otro grupo, Las Águilas Negras, se ubicó en los alrededores de Tumaco interviniendo las vías. Ese mismo año, Los Rastrojos controlaron los caseríos sobre la vía principal que comunica a Pasto con Tumaco. Estos criminales ejecutan una masacre en Cajapí el 6 de mayo de 2009. Ese mismo año otro grupo llamado Los Cucarachos (Bacrin) masacra a una población en La Guayacana con lo que se completan 100 civiles muertos en las masacres.

Entre 2010 y 2012, Los Rastrojos se ubican en Patía Viejo, en los municipios Roberto Payán y Mosquera, Barbacoas entre Junín y la cabecera municipal y parte del río Mira y se enfrentan con Las Águilas Negras por el control del territorio y las vías para el narcotráfico.

En 2012, el frente del comando conjunto occidental de las Farc, se localiza en los consejos comunitarios del Alto Mira y Frontera, en las riberas de los ríos Mejicano, Rosario y Chagüí y en la zona urbana de Tumaco.

El 1 de febrero de 2012, el caos y el miedo se apoderaron de los habitantes de Tumaco. A plena luz del día, una bomba estalló junto a la estación de policía en el centro de la ciudad y mató a 7 personas e hirió a otras 70. Del grupo de heridos, 36 eran civiles y los otros 34, uniformados. De acuerdo con las autoridades, el ataque fue perpetrado por guerrilleros del frente 29 de las Farc, que dejaron abandonada una motocicleta cargada con explosivos a escasos metros de la estación que quedó destruida, al igual que las casas a su alrededor.



Entre el 2014 y el 2018, se desmovilizaron 24.207 guerrilleros de las Farc; sin embargo, en la costa Pacífica nariñense, algunos grupos de disidentes no entraron en la desmovilización y se agruparon en varios comandos que hoy se enfrentan en el territorio, como las Guerrillas Unidas del Pacífico o el Frente Oliver Sinisterra.

—¡Qué tristeza! Todo lo construido por los ancestros se puso en peligro, se sometió a la población afrocolombiana e indígena a atropellos como el desplazamiento y el asesinato, se corrompió a la juventud. Todo el mundo quiere vivir ahora de la coca, así eso valga la cárcel o la muerte. —Sentenció la anciana.

—Y dejaron enfermos a los muchachos, porque todos esos miedos y angustias son el producto del terror de esa guerra impuesta a nuestra población. —Concluyó el viejo.

—¿Y qué podemos hacer por nuestros muchachos, por mi hija?
—Expresó su preocupación Manuel.

—No sé, se me ocurre que hay que seguir unidos como familia y atender a los muchachos, acompañarlos, explicarles estos acontecimientos que son parte de la historia, mirar que la comprendan como parte de las dificultades y retos que las familias negras e indígenas tienen que superar para vivir en su territorio, trabajar con los profesores, con esas ONG internacionales, con Bienestar Familiar, con la alcaldía. Aquí hay mucho por hacer y solos no podemos. —Dijo Eugenia, tomando el liderazgo de la familia.

La semana siguiente, las familias de los adolescentes con problemas de miedo, se reunieron en varias ocasiones en el colegio con profesores y un asesor de Bienestar Familiar y diseñaron una agenda de trabajo colectivo para enfrentar la crisis de sus hijos. Una de esas fue un sancocho colectivo en la cancha de la vereda, donde los chicos jugaron fútbol, cantaron, bailaron y luego hablaron de sus miedos. El psicólogo de Bienestar Familiar los acompañó y orientó.

Esa noche Margot durmió profundamente y al día siguiente amaneció distinta, cantando, muy contenta y activa, como siempre lo había sido.

Al ver a su niña tan contenta, Manuel se preguntaba qué hacer con los demás niños, adolescentes y jóvenes enfermos de miedo. ¿Valió la pena los pocos pesos que les dejó la coca frente a los muertos y las enfermedades mentales que estaban sufriendo sus vecinos y sus hijos? ¿Qué había aprendido su comunidad de este suceso de su historia como pueblo? ¿Cómo evitar que se repitiera un episodio tan doloroso en la subregión? ¿Qué podría hacer el gobierno y los habitantes para acabar con ese conflicto armado que todavía azota la región?



Grupos armados ilegales que tuvieron más fuerza en la región: Bloque Libertadores del Sur de las AUC, Frente 29 y columna móvil Daniel Aldana de las FARC, Martires de Barbacoas y Heroes del Sindagua del ELN, Aguilas Negras, Rastrojos, Organización Nueva Generación, Guerrillas Unidas del Pacífico, grupo de Los Contadores y Frente Oliver Sinisterra.

CAPÍTULO 13

La maldición del narcotráfico



Cuento 13

La maldición del narcotráfico

Cuando Manuel cogió su teléfono celular para contestar, nunca se imaginó el mensaje que le darían. Una voz de mujer le dijo en tono triste que su primo Harry había sido asesinado en Satinga. Le habían propinado dos tiros de revólver en la cabeza y los asesinos habían huído en una lancha de fibra con motor 200, hacia la desembocadura del Patía. Óscar, hermano de Harry, estaba desaparecido. La voz que le contaba estos acontecimientos tan duros sonaba entrecortada por el llanto y la rabia. Era la vieja tía Tulia llorando y quejándose de la muerte de uno de sus hijos y la desaparición de un segundo. Nada podía ser más desgarrador.

—Uno cría sus hijos para que estos desgraciados vengan y se los maten. ¡Qué desgracia! —La escuchó sollozar. —Mañana enterraremos a Harry y esperamos que donde esté, mi Óscar esté bien, que Dios lo ampare. —La madre llamaba para que la familia de don Barto, su hermano, supiera lo sucedido y si podía, viajara a Satinga a acompañar el sepelio. Si no podía, ella lo comprendería. —Dijo, como recuperando el aliento y colgó.

Manuel quedó clavado en la sala con el celular en la mano. Por su mente pasaron rápidamente distintos acontecimientos que tenían que ver con asesinatos de jóvenes en la región pero ninguno había sido de su familia. Ahora la realidad le decía que no había escapatoria de la maldición, parecía que todas estaban condenadas a padecer la muerte de sus jóvenes y el dolor de verlos partir.

Era una mañana lluviosa, Manuel estaba desayunando. En la mesa lo acompañaban Juvencio y Eugenia que se había sentado luego de llevarles el desayuno a sus padres que aún estaban en su habitación.

—¿Qué pasó, ñaño? ¿Y esa cara?
—Preguntó la hermana.

Manuel seguía callado.

—¡Cuenta! ¿Qué pasó? —Le reclamó Juvencio.

—Mataron a Harry y Óscar está desaparecido.

—¡Santo Dios! —Gritó Eugenia.
Manuel relató lo conversado con la tía.

A la mitad de la mañana, en la casa de los Jácome, reinaba el silencio y la tristeza. La vieja maestra lloraba en su cama. Don Barto trataba de consolarla. Eugenia había preparado manzanilla para la madre y en la sala sus hermanos se debatían entre la rabia y el dolor.

—¿Y entonces el entierro será mañana, allá en Satinga?
—Preguntó el viejo, secándose las lágrimas con las manos. —¿Cómo estará la marea para viajar mañana?

Los hijos lo miraron.

—Papi, esto es muy doloroso pero creo que usted no debería ir hasta allá. La situación es muy peligrosa.
—Recomendó Eugenia.

—Sí, viejo. Si es necesario, Juvencio y yo vamos, pero usted debería quedarse con la vieja. —Asumió Manuel.

—No, muchachos. Ellos también son mi familia, son mis sobrinos, mi hermana. Tengo que ir a verla, que sepa que estoy con ella.

Los hermanos se miraron.

—Entonces vamos los tres. —Se expresó Juvencio.
—A usted no lo dejamos irse solo para allá.

Habían empezado a planear el viaje, cuando dos hombres entraron a la casa rápidamente y cerraron la puerta detrás de ellos, sacudiéndose la lluvia y cubiertos con capas impermeables.



—¡Tío Rosendo! ¡Óscar!

—Vea hija, aquí corriéndole a la muerte y tratando de esconder a este muchacho que lo vienen persiguiendo desde Satinga.

—¡Madre de Dios!—Se quejó la maestra.

—¿Cuándo fue que nuestra familia se involucró en todo esto?

Óscar, joven de diecisiete años, flaco, permaneció en silencio después de saludar a sus parientes con una vocecilla que delataba su temor y tristeza.

El tío Rosendo, un mayor corpulento, se sentó a la mesa donde Manuel y Juvencio habían dejado a medio empezar el desayuno, luego de la triste noticia de la familia.

—Esto de los cultivos de coca nos jodió la vida a todos. —Dijo el tío Rosendo con voz cansada.

—No a todos, porque aquí hay muchos que se aprovechan de la plata de la coca para enriquecerse. —Ripostó Eugenia, indignada por lo sucedido.

—Eso también es cierto. Como siempre, el que cultiva es el que menos recibe, el que gana es el que la procesa y la vende al extranjero.

—Y las familias se quedan con los muertos.

—Dijo don Barto. —Vean, yo no he visto un cultivador de coca rico, pero sí he visto muchas familias llorando a sus jóvenes muertos, presos o desaparecidos. —Enfatizó don Barto que se había unido al grupo de hombres.

Don Barto respiró resignado.

—Vean, acá en nuestras tierras nosotros no teníamos esos cultivos, la situación era difícil. Teníamos otros problemas pero no las matanzas de ahora. Todo eso arrancó cuando trajeron del Putumayo esa coca y llegaron todos esos paisas que venían expulsados del Caquetá y del Putumayo. —Dijo tratando de controlar su ira.

—¿Por qué la gente terminó buscando la coca si era sabido que detrás de esos cultivos estaban las Farc, los paramilitares y otros grupos ilegales?

—Eso es más fácil de explicar: por la situación que se generó en los noventa, acuérdesese: en esos tiempos la subregión vivió algunas transformaciones, especialmente Tumaco, debido a diversos factores como la intensificación de los cultivos de palma aceitera. Treinta mil hectáreas de

palma fueron sembradas en la zona de Tumaco y mucha de esa palma se sembró en tierras de gente nuestra a la que no le preguntaron, ni le compraron y tuvo que salir de sus tierras... ¿Qué iba a hacer esa gente, desplazarse a Tumaco o a Cali? Lo otro es que esos programas de desarrollo que trajo el gobierno no resolvieron los problemas de la gente; ¿recuerdan Pladeicop con sus proyectos de coco y cacao? Pues hoy el coco se lo sigue comiendo la plaga y el cacao lo pagan tan barato que no sale a cuenta cultivarlo. ¿El Plan Pacífico qué dejó? Ese tal desarrollo pesquero con las iniciativas de pesca artesanal que impulsó el Plan Padrino, el Programa Cespa del gobierno y ese elefante blanco del puerto pesquero. Allí no pasó nada. Recuerden también la quiebra de las camaronearas. Pero para mí la causa principal está en la mala educación básica primaria y de bachillerato. Recuerden cómo de un momento a otro los muchachos tenían de maestros a personas puestas por favores políticos de los alcaldes que nunca habían pisado una universidad ni estudiado para maestros. ¿Qué le dieron esos maestros improvisados a los muchachos de estas comunidades? pues nada, qué les iban a aportar además de su propia ignorancia. Y un pueblo ignorante no progresa.





—Papi, pero no todo eso que pasó en los noventa fue malo, fíjese lo de la Ley 70, eso fue bueno.

—Sí, hija. Yo me refiero a que todas esas cosas debilitaron a la población, la dejaron sin de dónde cogerse para comprar la comida, los nuevos gastos que aparecen con el celular y la Internet, que ya la gente no quiere o no tiene dónde cultivar su comida y entonces tiene que comprarla y para eso muchos sembraron coca porque eso es lo que daba plata y no el cacao o el plátano. Y ese negocio de la coca trajo a esos matones.

La contundencia de los argumentos del viejo Barto dejó en silencio a sus familiares.

Don Barto continuó.

—Pero miren no más: aquí no se cultivaba coca pero a Beto Escruera, el senador de aquí, lo apresaron en Estados Unidos por llevar coca en la maleta.

Entonces tomó la voz don Rosendo.

—Bartolomé tiene razón. Si los cultivos de coca llegaron a esta zona a finales de los noventa ¿cómo es que Tumaco, Barbacoas y El Charco se convirtieron en el año 2000 en parte de los 10 municipios colombianos con más coca?

—No olviden Llorente. Ese pueblo se creció de la noche a la mañana, pasó de ser una vereda a ser más importante incluso que Tumaco, entre 2003 y 2004. Es que todo el negocio del Putumayo se vino para esta zona por la facilidad del territorio para la siembra, para procesar y de los ríos y esteros para sacar la coca. Este territorio les era propicio. —Señaló don Barto.

—Entre 2008 y 2015, Nariño se convertirá en el primer productor de coca en el país hasta la actualidad, con Roberto Payán, Magüí y Barbacoas, y los ríos Patía, Telembí y Magüí; la zona montañosa de Policarpa y Cumbitara por el río Patía; en Ipiales, entre los ríos San Miguel y Rumiayaco y por último, en Tumaco. Los datos que leí hace unos meses dicen que de 15.951 hectáreas cultivadas en 2010, se pasó a 45.735 en 2017. Eso es mucha coca. —Estimó, Rosendo. Luego continuó.

—Y desde el 2000, estos cultivos trajeron la muerte a la subregión. Hay datos, muchachos, que dicen que entre 1993 y 2011, se registraron 49 masacres en el departamento de Nariño, y fue en Tumaco y Barbacoas donde se dieron más casos.

Estas masacres produjeron el desplazamiento forzado de miles de familias.



Entre 2008 y 2015, Nariño se convirtió en el primer productor de coca en el país hasta la actualidad, con Roberto Payán, Magüí y Barbacoas, y los ríos Patía, Telembí y Magüí; la zona montañosa de Policarpa y Cumbitara por el río Patía; en Ipiales, entre los ríos San Miguel y Rumiayaco y por último, en Tumaco. De 15.951 hectáreas cultivadas en 2010, se pasó a 45.735 en 2017.

Estaban en la conversa cuando se escucharon golpes apurados en la puerta. El grupo hizo silencio y don Barto indicó que Rosendo y Óscar se escondieran en los cuartos. Eugenia fue a abrir la puerta seguida de sus hermanos. Dos hombres en una moto estaban estacionados frente a la casa.

—Disculpe. — Dijo uno. Era un joven negro, de baja estatura pero musculoso. —¿Por acá no está Óscar Castillo? Es que yo soy amigo de él, de Satinga, y me dijeron que andaba por acá por Tumaco.

Eugenia no dudó en contestar. —No, él no ha venido por acá. Creo que él vive ahora en El Charco. ¿No?

El de la moto hizo un gesto de desagrado. Intentó mirar hacia dentro de la casa pero Manuel y Juvencio se ubicaron en la puerta.

—Está bien, lo vamos a buscar a Tumaco. Gracias.

—Bueno. —Contestó la joven y cerró la puerta.

—Esos no son amigos míos. —Dijo el muchacho que había escuchado desde la sala. —Esos ya saben que estoy aquí. —Y no ocultó el miedo en

su mirada. —Fueron los mismos que mataron a Harry porque alguien en Satinga les dijo que nosotros le habíamos dicho al ejército dónde tenían un laboratorio. Pero es mentira, nosotros no sabíamos nada de eso, y mataron a mi hermano... —El muchacho se desplomó sobre una silla y su rostro se inundó de lágrimas que intentaba cubrir con sus manos.

Eugenia fue a abrazarlo y lo condujo hacia el cuarto de Juvencio.

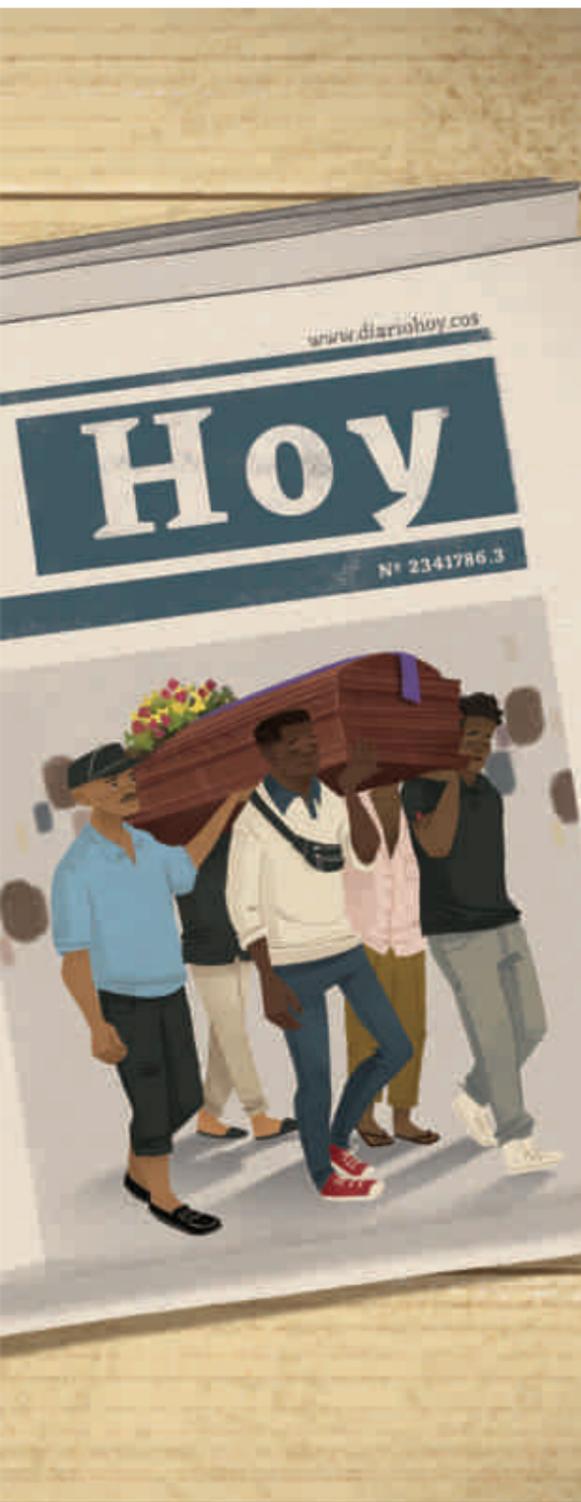
—No se preocupe hermano, aquí entre nosotros no le va a pasar nada.

Los viejos Barto y Rosendo se miraron. Rosendo sacó su celular y marcó un teléfono.

—Sí, Rosendo. Páseme a la prima. Sí, prima. Él está aquí, los dos estamos bien, en Chilví con los Jácome. Ah, entonces lo traen para enterrarlo acá. Bueno, bueno, saludos primita, no se preocupe yo se lo cuido.

—Están diciendo que en Satinga no van a dejar enterrar a Harry en el cementerio del pueblo y que si alguien se atreve, se muere. Que la familia va a traer el muerto a Tumaco en la madrugada, para enterrarlo acá. ¡Ni siquiera pueden enterrar a su muchacho allá! ¡Santísima purísima! ¡Hasta dónde hemos llegado!

Esa tarde la familia estuvo ocupada con la situación del joven Óscar. Manuel y Juvencio se turnaron para salir por la vereda para ver qué movimiento había y si los hombres que los visitaron estaban por ahí. No vieron nada, pero en el aire había mucho temor. Eugenia se fue a Tumaco a conversar con otros familiares y a cuadrar lo del entierro. En la merienda no se dijo nada del asunto y se fueron a dormir temprano. Manuel y Juvencio se turnarían para vigilar, pero en la noche no pasó nada. Fue en la mañana que Manuel volvió a salir, y en la vía alcanzó a ver a los hombres en la moto mirando hacia su casa.



Eugenia los calmó. —Yo también los vi más temprano. Ya saben de seguro que vamos a ir al entierro esta tarde. Pero vengan les digo lo que vamos a hacer. —Y los hermanos, don Rosendo, Óscar y don Barto se reunieron en la sala y escucharon el plan de Eugenia.

—Sí, me parece que puede funcionar. ¿Pero usted ya cuadró todo? —Preguntó Rosendo.

—Sí, tío. Ya lo cuadramos.

Cuando a las dos de la tarde, la familia Jácome estaba por salir al entierro del sobrino, el par de motociclistas se detuvo frente a la casa; pero al cabo de unos minutos apareció una vieja camioneta de la que se bajó un grupo de jovencitas. Otro grupo de jóvenes llegó en motocicletas y un taxi se paró a esperar ser abordado. Luego salieron de la casa los jóvenes y las muchachas y subieron a la camioneta. Don Barto, Rosendo y la maestra, subieron al taxi con Manuel. Eugenia y Juvencio se fueron en una moto adelante. Los motociclistas esperaron a ver si salía alguien más de la vivienda, se acercaron a la puerta, se asomaron y con un gesto de rabia se subieron a la motocicleta. Fueron a perseguir el cortejo que ya había salido a la vía y se enrumbaba hacia Tumaco.

En el parque Nariño esperaba el grueso de familiares de las veredas, de manera que los que iban de Chilví bajaron y se entremezclaron con los otros parientes; pero los motociclistas atisbaban desde la esquina. Luego salió el muerto de la iglesia y el cortejo se fue por la calle Nueva Creación, cruzó en la esquina y luego avanzó hacia la calle de La Merced. Cuando el grueso de los acompañantes pasaba por la esquina del semáforo, Eugenia y otra de las jóvenes, se salieron del cortejo, hacia la calle del comercio y entraron al embarcadero. Eugenia miró hacia atrás y no vio a los motociclistas, entonces fue hasta el fondo. Un hombre la saludó y le mostró una lancha lista. Eugenia abrazó a la joven y le entregó algunos billetes. La joven bajó rápidamente y se embarcó. El lanchero se despidió de Eugenia y arrancó. Cuando la lancha estaba saliendo a la ensenada, Óscar se quitó la cabellera que le había puesto Eugenia, tiró los zapatos de tacón que lo molestaban, se quitó la blusa, se arrancó los brasieres, se lavó la cara, el carmín de los

labios y el maquillaje de los ojos, con el agua de mar. No estaba feliz, pero se había escapado de una muerte segura.

Dos días después, Óscar llamó a Eugenia para decirle que estaba en Buenaventura.

Eugenia recibió la noticia y mientras la comunicaba a sus familiares, no dejaba de pensar en Óscar y otros muchachos de su edad, huyendo o muriendo por su vinculación con los cultivos ilícitos, más ahora con esos grupos de jóvenes que no tuvieron otra opción que la coca. Pensaba en los políticos locales a quienes no les preocupaba nada más que las ganancias que podían sacar de manejar el presupuesto municipal, mientras que los muchachos de la subregión caían muertos cada semana por las armas que les habían dado los narcotraficantes. Y se preguntaba: ¿Por qué que los políticos están más interesados en la plata de la corrupción que en la vida de los jóvenes? ¿Qué se necesita para que en la región los jóvenes tengan oportunidades para progresar?



CAPÍTULO 14

Una juventud sacrificada



LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

Cuento 14

Una juventud sacrificada

La gente nueva que el terror engendró se perdió por caminos de violencia y rencor.

Las pistas de la herencia del abuelo los habían conducido al territorio local, las veredas y las familias cercanas, identificando pistas en la historia y episodios locales donde estaban viviendo una historia de sufrimiento y dolor. Los jóvenes y adolescentes eran los más afectados. Ahora el riesgo se trasladaba a la comunidad. ¿Tendrían que salvar a la comunidad? Dejemos que sean nuestros amigos los que nos lo cuenten.

En lo primero que pensó Eugenia, cuando oyó los disparos, fue en su hermano Juvencio, porque esa tarde el joven había ido a la cancha a ver un partido de fútbol. Los disparos se repitieron y le llegaron como punzadas de miedo al corazón. Ese corazón que sabía que los disparos significaban heridos o muertos cercanos a la vereda, a la familia. Llenándose de valor salió a la calle. Hombres y mujeres corrían.

Unos asustados, otros preocupados. Madres y padres angustiados preguntaban dónde había sido el tiroteo, quiénes habían disparado y a quiénes. De repente se calmó. Juvencio venía con un par de jóvenes caminando muy rápido, casi corriendo.

—Camine para la casa ñaña, que allá se están dando bala esos locos. Camine.

—Ñañó, ¿usted está bien? ¿No lo hirieron?
—Preguntó la hermana, angustiada.

—No, yo no pero un muchacho que estaba cerca le dio una bala en el brazo y en la cancha cayeron varios. ¡Vea, qué miedo!

Tan pronto como llegaron, Juvencio le contó a la familia lo que había pasado.

—Estábamos viendo el partido cuando llegaron los de ese grupo que está por allá en el Mira. Primero pasaron dos en moto y parece que esos llamaron a otros, cuando

se dieron cuenta que en la cancha estaban algunos muchachos del grupo que se desplaza por Robles y el río Rosario. Entonces llegaron otros cuatro y no más llegar fueron disparando. Hubo tanta confusión que nosotros salimos corriendo de allá, no vaya ser que uno se gane su pepazo.

—Vean, no se muevan de aquí, esperemos que pase el alboroto y preguntamos cómo terminó ese asunto.

—¡Válgame Dios, Padre Nuestro, protege nuestros muchachos! —Exclamó la anciana madre que se había levantado de la cama y doblaba unos vestidos en la salita frente al televisor. Era la hora de sus novelas favoritas.

Cuando al final de la tarde llegó Manuel de la finca, venía acompañado y traía otras noticias. Un antiguo amigo de la familia, Rafael Cabezas de Río Rosario, que pasaba para Robles y se quedó en Chilví, para informarse sobre el tiroteo. Manuel se lo había llevado a su casa para que saludara a sus padres.



Según información recogida en el río Rosario, allí operaban dos grupos: uno de las disidencias de las Farc: Columna móvil Oliver Sinisterra, comandada por el caído Guacho y el de David. Estos dos grupos se unieron en uno, al ser asesinados sus comandantes. Estaban ubicados entre las veredas 1 hasta la 13, parte baja y media del río, y el grupo que comanda alias Contador estaba localizado en las veredas 14 y 15, la parte más alta del río. Estaban allí desde la masacre de 16 de julio de 2017 en la vereda se Ambupí en la que murieron 4 personas, entre ellas una mujer, y que permitió la llegada de Guacho. Desde entonces se están peleando el territorio (2017).



En la zona del Alto Mira y Frontera, correspondiente al territorio del Consejo Comunitario de Alto Mira y Frontera, actúa un grupo armado ilegal que se ha autodenominado Guerrillas Campesinas, conformado, al parecer, por exmiembros de las Farc-EP que no se acogieron al proceso de paz con el gobierno nacional.

—Me da gusto verlos sanos, parientes. —Saludó el campesino negro, alto y fornido. Sus gruesas manos hablaban de los muchos días que había trabajado machete en mano y empujado con su canaleta el potrillo, bajo el sol.

—A nosotros también nos da gusto Rafa. Vea, aquí comentando con los muchachos estos hechos terribles. —Informó la profe Dolores, resentida por la pena.

—Fíjense cómo es la desgracia de la guerra de esos muchachos. En el tiroteo murieron dos, uno de aquí y otro de Robles. Otros resultaron con heridas leves. —Dijo Rafael.

Brotaron tibias las lágrimas de la profe, mientras buscaba con la mirada a su anciano compañero. Don Barto la miró.

—Esto parece una maldición. Uno no entiende cómo estos muchachos decidieron que matarse unos a otros era una alternativa de vida, si aquí somos una sola familia. —Dijo don Barto, con una voz arrastrada por la tristeza. —Yo todos los días doy gracias Dios porque ustedes, mis hijos, saben trabajar en su tierra y no se metieron con esa coca, que todo esto es por eso.

—El muchacho de aquí es de los Cabezas de acá fuera, de la casa de concreto y las dos motos. ¿Se acuerdan? A él lo velan esta noche y seguro el entierro es mañana en el cementerio de aquí. El otro no se sabe, pues se llevaron el cadáver para Robles.

—¿A veces uno se pregunta cómo fue que llegamos a esto? —Dijo la anciana.

—Vea, Dolores. —Observó Rafael. —Allá en nuestra vereda, los jóvenes se nos salieron de las manos desde que nuestros familiares trajeron esos cultivos de coca. Es que con catorce años, esos muchachos que se iban a coger coca, ya se sentían adultos. Irrespetaban a sus padres, dejaron las escuelas. Se la pasaban en los sembríos de coca en las mañanas, hasta las once más o menos que volvían al pueblo con plata para comprar pollo asado, beber cerveza y andar detrás de las muchachas de su edad, porque ya tenían plata para mantenerlas, eso era lo que decían. Esos muchachos, pollitos, dejaron las escuelas porque decían que ahí no aprendían nada, que era mejor raspar coca y tener su plata en el

bolsillo. Y en cierta manera tenían razón con lo de la escuela. Esos maestros que contrataban los alcaldes llegaban los martes y se iban los viernes. Eso fue lo que pasó, por ahí fuimos perdiendo a nuestros hijos y sobrinos.

—Entiendo, Rafael. ¿Y a sus hijos? ¿Cómo les ha ido a ellos? —Preguntó amablemente la anciana.

Don Rafael guardó silencio por unos segundos que parecieron minutos, que parecieron horas.

—Con eso de que tuvimos que desplazarlos a Tumaco, los más afectados fueron los muchachos. Estuvimos con Gloria camine y camine, hasta que los pusimos en uno de los colegios de allá, pero ahí conocieron a uno de esos bandidos y nos los sonsacaron. Mario, uno de nuestros hijos, está preso en Panamá, lo cogieron en una lancha con cocaína. Nos enteramos por las noticias. Tenía 17 años entonces, ya lleva 4 años allá. Y al mayor nos lo mataron esos bandidos del grupo que maneja el barrio



Nuevo Milenio. Dijeron por la radio que en un enfrentamiento, nada de eso. Fue porque nuestro muchacho no quiso llevarles unas armas en la moto. De eso hace dos años.

Rafael siguió contando las difíciles condiciones de las familias del barrio y las amenazas de los grupos armados ilegales que los presionaban.

La maestra tomó la palabra y dijo:

—Rafael, con todo respeto, pero la culpa no es solo de los jóvenes, hay que mirar las causas que hay detrás y una de ellas fue que los alcaldes contrataron, por politiquería, a cientos de profesores que no tenían preparación como docentes. Eso, unido a las precarias condiciones educativas, especialmente las de la zona rural, donde muchas veces ni sillas había. Sin estudio de calidad y sin trabajo, los jóvenes quedaron sin oportunidades. La segunda causa que hay que tener en cuenta es el impacto del conflicto. El desplazamiento ocasionó que las familias tuvieran que huir de sus territorios ancestrales para ir a vivir a centros urbanos. Eso rompió el tejido social y cultural, introdujo nuevos valores, necesidades y expectativas de vida que no podían resolver los jóvenes. A algunos, incluso, les tocó enfrentar la muerte o desaparición de sus padres, hermanos o parientes cercanos, amigos de la vereda, en fin, eran

jóvenes desterrados, vulnerados, con una carga emocional devastadora. Los gobiernos locales no hicieron su tarea y los dejaron solos para el sacrificio. Esa es la tercera razón, los grupos armados ilegales, de las Farc, del ELN, de las disidencias de los paramilitares, aprovecharon esa debilidad y de ahí a su reclutamiento fue un paso. Les ofrecieron plata, armas, drogas y las posibilidades de superar la situación haciéndose soldados de sus ejércitos, tal vez sin advertirles que, en el juego de ajedrez de la guerra, los soldados son los primeros en morir y que los reyes nunca se atacan entre sí, porque los reyes mafiosos son invisibles. Ahí están enriqueciéndose, chupándose la sangre de sus soldados.

Rafael se quedó sin palabras, la anciana tenía razón, muchos jóvenes cayeron en esa trampa de la guerra por falta de oportunidades para estudiar o trabajar.

El día después llegó el entierro y creció el temor por un enfrentamiento mayor, porque temprano en la mañana se difundió la noticia de que los dos muchachos iban a ser enterrados en el mismo cementerio. Eugenia y sus hermanos decidieron

acompañar a sus vecinos al entierro de Marquitos, el joven de Chilví.

Era una tarde calurosa, la vía pavimentada hervía. El movimiento de los buses, automóviles y motociclistas que pasaban raudos en otro momento, hoy se habían detenido. Un retén de motociclistas paraba el tránsito. En la Iglesia se habían turnado los dos entierros, el de Chilví para las 2 de la tarde y el de Robles para las 3, en un esfuerzo por evitar que integrantes de los grupos se encontraran en la iglesia o en el cementerio y se provocara algún enfrentamiento. Pero por esas cosas que pasan, el de las 2 estaba retrasado y la gente de Robles que estaba para las 3, llegaba y se acomodaba en la iglesia. La tensión se fue apoderando de los presentes cuando en la iglesia coincidieron los dos cortejos fúnebres con sus ataúdes y sus participantes. Las miradas de odio y miedo no se hicieron esperar. El silencio se apoderó de los presentes. No se sabe quién dijo que en el cortejo de Robles iba un grupo de muchachos armados de pistolas y la persona que escuchó dijo que también los de Chilví estaban preparados, que de ahí no salían vivos los de Robles, y un tercero, gritó:



—Por lo menos respeten la memoria de los muertos y los santos de la iglesia. Si se van a matar, háganlo afuera.

Entonces vino el murmullo, voces que transmitían un mensaje y un temor. Se hizo más fuerte el murmullo y los que estaban sentados se pararon y a estos les siguieron otros. Un muchacho levantó una pistola y otro más allá levantó otra. Justo cuando iban a disparar se escuchó un grito. Una abuela se había parado al frente, mientras que un joven sacerdote negro la ayudaba a sostenerse.

El sacerdote habló.

—Hermanos, están en la casa del señor. Respetemos eso. Les ruego que escuchemos a la señora Amparo. Creo que ella quiere decir algo antes de que empecemos.

Se hizo silencio, casi todos conocían a la anciana, que entristecida, intentaba sostenerse ante ellos.

—Muchachos. —Dijo con una voz fuerte. —Nunca he estado tan triste como estos dos días y quizás este golpe de la vida sea el último que reciba antes de morir. —Y siguió: —Ayer asesinaron a dos jóvenes que eran nietos míos, hijos de dos de mis hijos, separados por la codicia y la ambición. Cada uno era parte de uno de los grupos que están aquí queriendo seguir con la matanza. Hijos,

parientes, amigos, no permitan que esto siga, ya hemos enterrado a muchos de nuestros hijos, nietos, sobrinos y vecinos. ¿Para qué tanto dolor? ¿Qué es lo que ganan con tanta rabia y tanta sangre? Yo les pido el favor, recemos hoy por estos dos primos perdidos, pensemos que enterramos esta violencia que nos enfrenta entre familiares. Volvamos a nuestras casas en paz, quizás a llorar a todos los que esta guerra se ha llevado, porque todos son de nuestra familia. Háganme ese favor.

Hubo un silencio conmovedor. El sacerdote inició la misa y pasó a liderar el sepelio de los muchachos.

Unas semanas después, los grupos de Tumaco pactaron una tregua, sin embargo, duró poco. Pronto los dueños del negocio a nivel nacional e internacional pidieron más coca, por lo tanto más sangre, y volvió el enfrentamiento.

Una de esas noches, mientras comentaban los sucesos, Manuel, como siempre pensativo y en silencio, se preguntaba ¿cómo hacer para recuperar esta juventud de las manos del narcotráfico? ¿Cómo acercarlos otra vez a ese proyecto de las familias afrocolombianas que lucharon por la libertad y la autonomía? ¿Cómo fortalecer la economía propia distinta al narcotráfico, los espacios familiares, de esa otra forma de ser feliz sin sacrificar a los jóvenes? ¿Qué se podría hacer para gestar un mejor futuro para los afrocolombianos?



Entre la Tragedia y los milagros



CAPÍTULO 15

LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

Cuento 15

Entre la tragedia y los milagros

Los nuevos profetas cantan a coro, el fin ha llegado, arrepíentanse todos.

Cuando la salud de la madre empeoró y tocó recurrir a los médicos otra vez y la sentencia de muerte era una sombra que la perseguía día y noche, los hermanos dejaron de confiar en la herencia prometida del abuelo. La madre se moría después de todo, ¿para qué otra herencia si la perdían a ella?

Don Barto y la maestra llegaron a su casa en silencio, se bajaron del taxi y entraron con el lento caminar que los distinguía desde hacía varios años. Siguieron a la salita, mientras que sus hijos, que los esperaban ansiosos, salieron a recibirlos. En todos estaba fundada una expectativa: que el cáncer se hubiera detenido con las últimas sesiones de quimioterapia a las que se había expuesto la madre.

—Siéntense muchachos, su mamá quiere decirles algo. Llamen a Juvencio que está allá afuera. —Ordenó el viejo.

No hizo falta llamarlo, Juvencio entró expectante.

—Hijos, su madre quiere contarles sobre una decisión.

Los hermanos se miraron, había esperanza y alegría en sus ojos.

—Hijos. —Dijo la madre conteniendo las lágrimas. —No les tenemos buenas noticias. Luego de las sesiones de quimioterapia el tumor no ha cedido, más bien, según los doctores, ha crecido y puede estarse extendiendo a más lugares de mi cuerpo. Se hizo un silencio pesado, doloroso.

—Pero aún queda la opción de la cirugía, ¿no? —Preguntó Eugenia, con lágrimas en los ojos.

—Sí. —Respondió la madre con una voz llena de dolor y ternura a la vez. —Mis hijos, sí, es una opción pero es que yo no me quiero someter a una cirugía. Según el médico Ortiz es la última opción pero no es seguro que con eso me alivie, incluso hay peligro por mi hipertensión y mi avanzada edad...

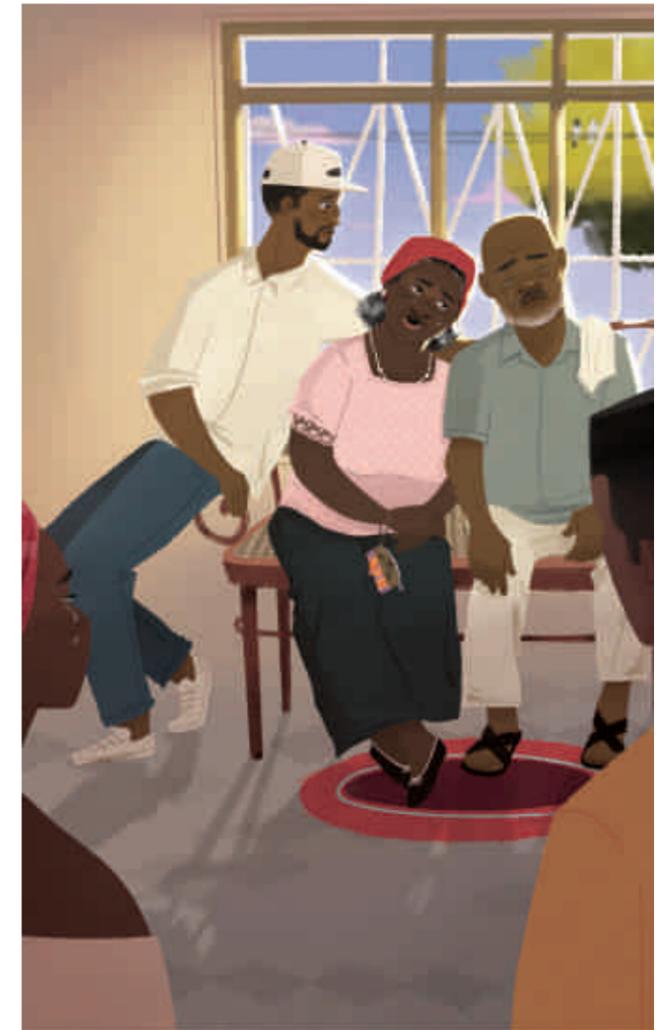
—Pero si hay una esperanza con la cirugía sería bueno hacerla, mami. —Dijo confiado, Manuel. Juvencio permanecía en silencio, se le veía triste como a Eugenia.

—¿Entonces qué hacemos? —Preguntó Manuel. Tenemos que hacer algo, así sea lo imposible, mami.

—No, mijo. —Contestó la madre, resignada. Y agregó: —Yo creo que hay una última opción y es lo que quiero decirles. —Hizo silencio y miró a don Barto que la seguía con la mirada tierna y confiada de siempre. —Ya no vamos a seguir con los médicos, ya son muchos años con esto. Si me tengo que morir creo que ya es el tiempo, no voy a seguir insistiendo. Voy a ir a Magüí Payán, como una especie de despedida, a pagar una manda al Señor de los Milagros por la vida que tuve, por la familia que ahora tengo y amo.

—¿Y luego, mami? —Preguntó llorando, Eugenia.

—Luego, hija, lo que Dios quiera. —Dijo la maestra, y un par de lágrimas se derramaron por su rostro. Don Barto la abrazó y los hijos lo siguieron. Fue un abrazo intenso, en silencio, que hablaba del gran amor que como familia mantenían.



Esa noche, mientras lavaba los platos con Margot, Eugenia pensaba en silencio sobre la decisión de su madre. Era razonable que pensara así, había sufrido tanto durante los últimos años con los dolores de la enfermedad, los efectos de la radiología y las quimioterapias, que la entendía. Solo la entristecía la idea de que muriera pronto.

—Tía ¿y si mi abue se muere, a dónde va, al cielo, al purgatorio o al infierno?

Era la voz de Margot que la sacaba de sus pensamientos. Eugenia se secó las lágrimas y se fijó en la adolescente que la miraba triste. La abrazó y luego respiró hondo. Le sonrió y le dijo:

—Si su abue se muere, creo que va al cielo, a la gloria, porque ella ha sido una mujer muy buena. Dios le perdonará los pecados que haya cometido porque ha hecho más cosas buenas que malas.

—¿Cómo así, tía? —Preguntó interesada, la adolescente.

—Vea, señorita. Para nosotros los negros de esta subregión, existe esta vida y la otra.

—¿Cómo así que otra vida, tía?—Sí, hija.

—Escuche: en esta vida estamos todos, vivimos aquí en el pueblo, el territorio

ancestral, con sus ríos y sus bosques. Están la luna y el sol, el manglar, la selva y el río, en los que existen espíritus malos como la Tunda, el duende, la madre de agua y otros como el ribiel, que están relacionados con el mal y la muerte. En esta vida también están los santos y los templos. En la otra vida está el cielo y la gloria para quienes hayan hecho el bien en esta. Para quienes han hecho el mal, está el infierno, y a la mitad del cielo y el infierno, el purgatorio que es a donde van las almas que aún no han sido juzgadas por Dios.

—Tía, ¿y en el infierno quiénes están?

—En el infierno están Satanás, los demonios y las almas de los adultos muertos que en su vida hicieron el mal: asesinaron, robaron, fueron malos con sus hijos y familiares y se aprovecharon de los otros, hicieron cosas muy malas.

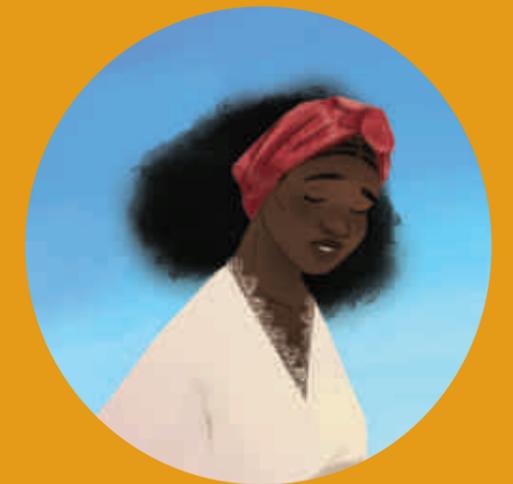
—Tía ¿y eso de los velorios que usted comentaba con mi abue el otro día?

—Mija, es que entre esta vida y la otra, el paso a ella, o sea la muerte, los miembros de la familia acompañamos a los dolientes y familiares del muerto en su dolor y cantamos alabaos en despedida del muerto. A los muertos adultos hay que hacerles un novenario y una última noche, porque

cuando uno se muere su alma queda rondando las casas del pueblo, entonces en la última noche se lo despide o de lo contrario se queda tiente en el aire, como fantasma. El cementerio es como una entrada a la otra vida. Los cantos y rituales como el acompañamiento del alma del muerto. Los chigualos o gualés para los niños muertos bautizados o angelitos. También se hacen velorios para los santos. En ellos se cantan arrullos, y algunas personas se comprometen con hacer mandas para que el santo les haga un milagro o interceda con Dios por su alma.

—Tía ¿y todo eso es de África como usted dice?

—Una parte sí, hija. Lo que pasa es que si bien nuestros ancestros africanos trajeron sus creencias y religiones africanas, aquí en América se juntaron con las creencias indígenas y la religión católica traídas por los españoles. En nuestra religión se nota la influencia de la fe católica con su estructura de Cielo, Purgatorio y Muerte, Dios y los santos, así como en la estructura de los alabaos, loas y arrullos interpretados en los rituales mortuorios o en favor de los santos. Pero otros elementos tienen origen en religiones indígenas americanas como la Madre de agua, común a otros pueblos andinos de Colombia, el duende y el ribiel, o africanas como la conexión con los difuntos, o la creencia en la Tunda y el barco fantasma.



Los ancestros africanos trajeron sus creencias y religiones africanas, a América en donde se juntaron con las creencias indígenas y la religión católica traídas por los españoles.

—Además está nuestra música de tambores, cununos, maracas que acompañan los cantos tradicionales, especialmente en los arrullos o chigualos cuyas raíces son de ascendencia africana. Todo esto se complementaba con el calendario de fiestas patronales en homenaje a los santos y fiestas de guardar, siendo las principales la Semana Santa y la Navidad. De estas fiestas patronales son muy importantes en la subregión la del Señor de los Milagros de Magüí Payán, la de la Virgen de Atocha en Barbacoas, la del Señor del Mar en San Juan de la Costa.

—¿Es a Magüí Payán que quiere ir mi abue?

—Sí, vamos a descansar porque mañana hay que preparar su viaje.

Esa noche Margot soñó que su abue volvía de su visita al Señor de los Milagros sanada y contenta. Cuando despertó, se dijo para sí: eso sí sería un gran milagro. Por eso despidió a sus abue con abrazos y contenta de verlos ir en busca de ese milagro.

El bus se demoró dos horas entre Tumaco y Junín. La nueva carretera pavimentada era más cómoda que el viejo bus escalera y la carretera destapada en la que viajó la última vez. Pese a sus dolencias, la maestra daba muestras de estar en buen estado

mientras veía pasar el bosque húmedo por las ventanas del bus. En Junín pararon una hora para cambiar de transporte, llovía y hacía frío. Don Barto la arropó con una gruesa chaqueta. La maestra estaba pálida, no se quejaba pero su rostro mostraba el dolor que llevaba dentro. Don Barto se sintió culpable por un momento, no debió dejar que hiciera ese viaje en su estado. Le preocupaba cómo iba a soportar el resto de la carreta a Barbacoas. En una camioneta repleta de gente, cajas de mercancías y galonetas de gasolina, empezaron el viaje para Barbacoas. Don Barto la miraba. Manuel se ocupaba de las maletas y Eugenia de los alimentos, agua y medicinas de la madre. Entonces cerca del medio día llegaron a Bella Vista. Hasta ahí llegaba la pavimentación de la vía, de ahí hasta Barbacoas había 30 kilómetros por vía destapada, con sectores anegados y rocosos, que la hacían un camino tortuoso que a veces se demoraba ocho horas. En varias ocasiones, políticos corruptos habían robado el presupuesto de pavimentación de esa vía y los grandes perjudicados eran los pobladores.

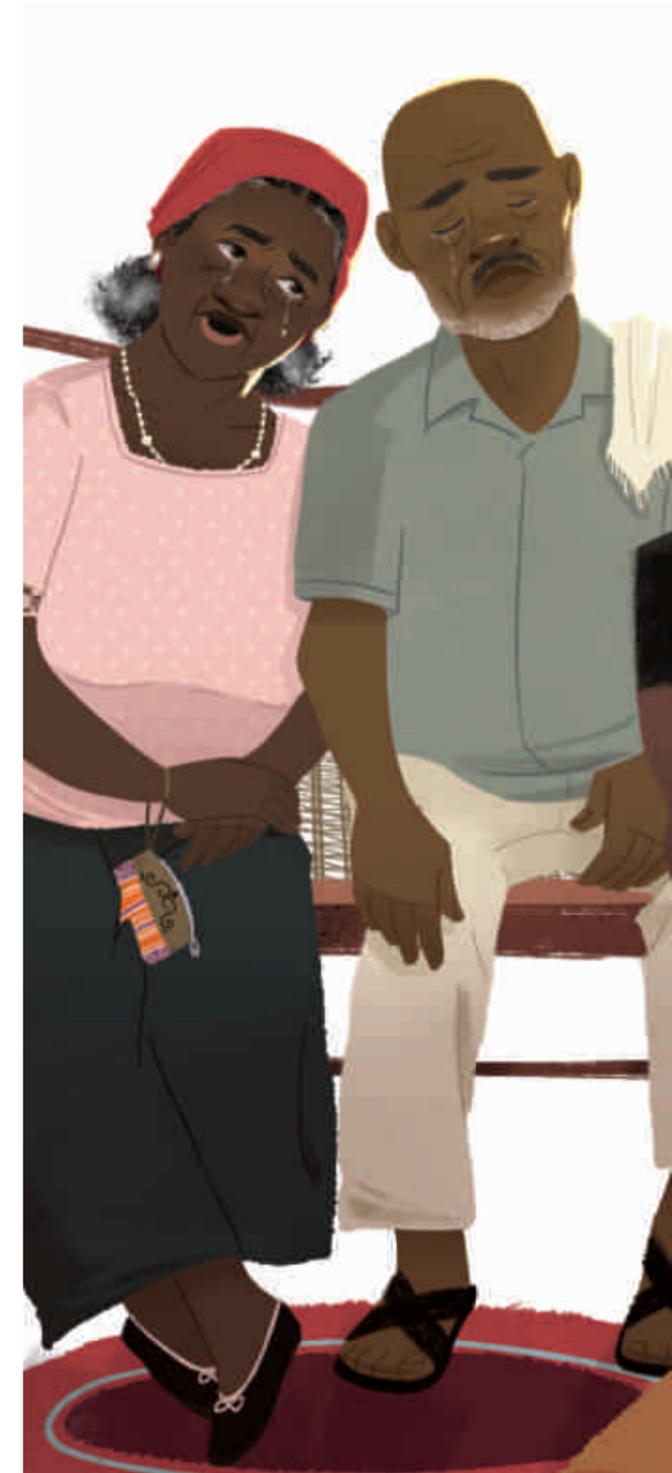
—Maestra, ¿cómo va? Todavía podemos devolvernos, la parte de la vía que falta está destapada y eso podría hacerle daño.

—A mi edad, y en mi estado de salud, ya nada me hace más daño. Si quiere devolverse, don Barto, hágalo usted. Yo llego a Magüí así sea lo último que haga, pero que llego, llego.

—Usted sabe que me preocupó por usted, maestra.—Explicó sereno, don Barto.—Usted sabe que yo la voy acompañar a donde usted quiera.—Le confirmó.

Don Barto no se equivocaba con el estado de la carretera. En verdad era un camino pantanoso y ahuecado, con escombros anegados del que brotaban grandes piedras, bordeado de árboles y barrancos, en el que la camioneta avanzaba un metro y caía en un hueco de dos, del que salía trabajosamente. En algunos saltaba y los pasajeros sentían el golpe en la cabeza o las posaderas o se inclinaba para superar una de las piedras del camino como si se fuera a voltear, que hacía que los pasajeros se agarraran de lo que pudieran para no caer sobre los demás.

Fueron un poco más de cuatro horas, la maestra soportó el martirio, no se quejó, pero su compañero y sus dos hijos sabían que la había pasado muy mal. Así que no más llegaron a Barbacoas buscaron un hotel y la llevaron rápidamente a la habitación. Buscaron comida y jugos y la acompañaron hasta que se quedó dormida.



Al día siguiente, su estado no había mejorado. Ahora se quejaba por el dolor en el estómago, estaba fría y en su rostro había unos profundos y ojerosos ojos. Pero así se paró, se metió a la ducha y ella misma se vistió. Luego de un rápido desayuno con huevos fritos, pan y café con leche, fueron al embarcadero. Ella caminaba lento, pero hacía esfuerzos para caminar sola y no mostrar su enfermedad. Al fin, pasaron en una lancha el río Telembí, caudaloso por las

lluvias del mes de abril. Al otro lado del río tomaron otro auto, esta vez un viejo jeep acondicionado para la carga de personas.

El recorrido de ascenso fue por otra carretera destapada, menos destruida que la de Barbacoas. Estaban a diez minutos de llegar a la pequeña ciudad de Magüí Payán cuando la maestra se desmayó.

—¡Mamá, mami! —Gritó Eugenia.



Rápidamente don Barto sacó de su mochila un frasco de menticol y con un pañuelo lo puso en la nariz; la maestra respiró.

Se mantuvo respirando quejosamente hasta cuando llegaron al parque de Magüí Payán. Allí bajaron.

—Si quieren la llevamos al hospital, queda aquí a la vuelta. —Dijo el chofer.

—¡No! —Dijo la maestra, con una voz fuerte que no se supo de donde salió. —Si me voy a morir hoy, quiero que sea a los pies de mi patrón, el Señor de los Milagros.

Allá la llevaron alzada, convencidos de que eran los últimos minutos de vida. La acomodaron frente a la imagen del santo. Ella se acercó pasmosamente y le besó los pies y allí se desplomó.

Eugenia gritó: —¡Mami, no se muera, mami! —Pero la anciana estaba pálida y tesa, tumbada a los pies del santo.

Don Barto abrazó a Eugenia y Manuel vino llorando y se abrazó a ellos. El dolor de ver morir a la maestra los destrozaba.

Fueron unos minutos largos y penosos; pero de pronto la maestra movió una mano y alzó la cabeza, miró a sus hijos y a su compañero que la observaban asombrados.

—¡Mami! —Gritó Eugenia, yendo rápido a verla. La anciana respiraba normalmente, incluso se sentó sola, respirando, como volviendo de un largo sueño.

Dos días después estaban en su casa, en Chilví, contando la historia de la maestra, que reía animada por esta nueva oportunidad de vivir. A la semana siguiente fue nuevamente al hospital. Los médicos no tenían explicación, pero el tumor parecía retroceder día a día y la anciana se veía mejor. Margot pensaba para sí que su sueño se había hecho realidad.

Eugenia se decía ¿quizás fue la fe de mi madre? ¿A lo mejor su gran fuerza de voluntad? ¿Fue su creencia en el Señor de los Milagros de Payán? No sabía responder esas preguntas, solo pensaba en lo feliz que era con su mamá aún viva y sanando. Aunque a veces se preguntaba sobre la cantidad de iglesias y espacios de celebración de las distintas religiones que había en Tumaco y en el resto de los municipios de la subregión, ¿cómo ayudaban a sus seguidores? ¿Los hacían fuertes como a su madre? ¿Qué papel tenían esas creencias en la vida de los pueblos de ahora? ¿Por qué muy pocos jóvenes asistían a esas ceremonias? ¿Cómo esas religiones ayudaban a conseguir la paz entre tanta violencia que azotaba a la subregión, especialmente a los jóvenes?

CAPÍTULO 16

La persistencia en la
esperanza
en el mundo de la resiliencia



LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

Cuento 16

La persistencia en la esperanza en el mundo de la resiliencia

Pero los que caminaron por el camino del cimarrón, llegarán a un presente de un mundo mejor.

Juvenio, convidado por su hermana y su sobrina, había aceptado colaborar con el colegio de Chilví en el intercambio cultural que los estudiantes tendrían con los del Instituto Industrial de Tumaco. La idea era que él como exalumno del colegio de la vereda, hablara de su experiencia estudiantil en el foro central del encuentro. Se había sentido muy contento de hacerlo, aunque le daba miedo embarrarla, sin embargo, la hermana lo calmó diciéndole que hablara solo de sus experiencias en el colegio. El joven sonrió con picardía pues su paso había sido una aventura de travesuras, fechorías adolescentes y castigos de profesores, empeños paternos y algunos esfuerzos fallidos.

Por esos días la familia Jácome andaba muy contenta. La salud de la maestra mejoraba luego de su visita al Milagroso de Payán, lo que había bajado el clima de tensión y preocupación que se vivía antes del viaje.

De hecho, esto explicaba, que Juvenio estuviera tan abierto a colaborar con su hermana, que cada vez cosechaba más éxitos como maestra del colegio rural. Con su camisa blanca, nueva y planchada, su pantalón negro de lino y zapatos de color café, embetunados y brillantes, el joven caminaba por la calle de la vereda a cumplir el compromiso que tenía con su hermana. Fue al cruzar la calle, pasando más allá de la tienda de los paisas, que vio al grupo de muchachos que conversaban entre ellos. Trató de coger otro camino, pero no había más, así que respiró el aire fresco de la mañana y siguió con la mirada fija en el colegio.

—¡Pero si es mi pana Juvenio! Con esa ropa de cura casi no te reconozco.

—Dijo el jefe del grupo, impidiéndole el paso. El otro joven era corpulento, con un cuerpo adiestrado y músculos de soldado en servicio.

—¿Qué pasó Adalberto? ¿No me puedo vestir decentemente o eso también lo prohíbe tu gente?

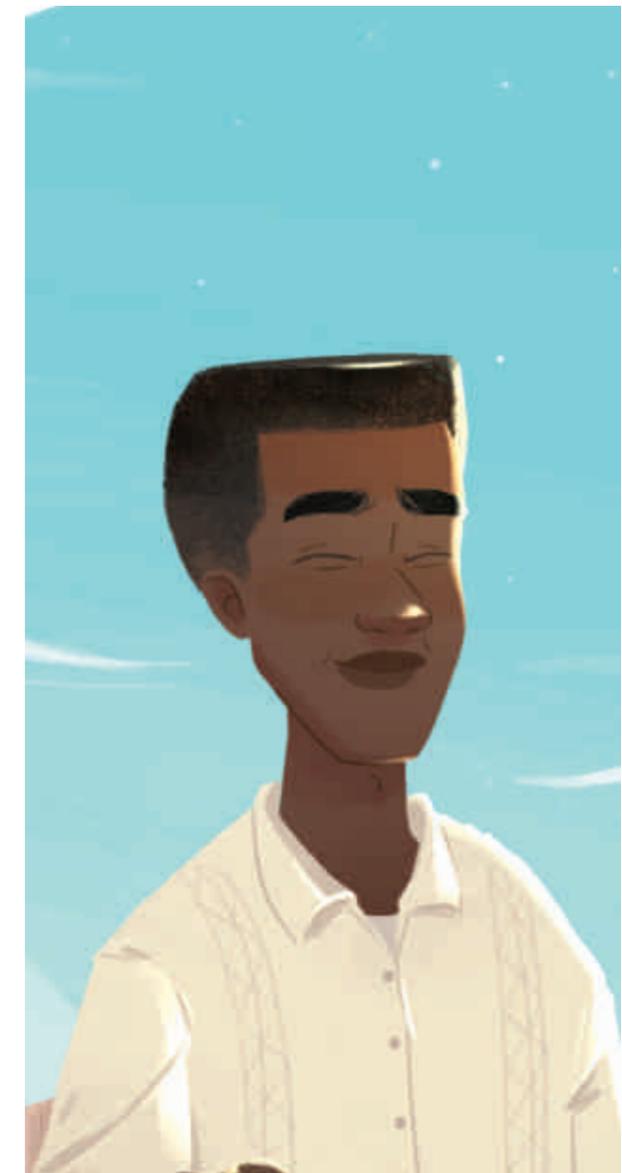
El otro se mantuvo callado y miró retadoramente a Juvenio, luego hizo el ademán de sacar algo entre su camisa a la altura de su cintura.

—¿Entonces me vas a mostrar tu arma o vas a dispararme aquí en la calle? —Le dijo Juvenio sin mostrar miedo alguno, más bien hablaba con una voz llena de valor y decisión.

El grupo de cinco muchachos lo rodeó. Adalberto mantuvo la mano en el arma. Juvenio seguía quieto, mirando al joven.

—¿Ya no te acuerdas? —Le preguntó sin dejar de mirarlo. —Éramos como hermanos, crecimos corriendo por estos caminos, metiéndonos a nadar en ese río cuando caían las lluvias que inundaban el pueblo, cazábamos juntos. De muchachos nos escapábamos del colegio para ir a jugar fútbol en la cancha, nos robábamos los bananos maduros de nuestras casas para comerlos a la orilla... ¿Qué pasó? No te reconozco.

—Eso era cuando éramos pelaos, ahora soy el jefe. En este pueblo mando yo, te guste o no. ¡Y deja de contarme esas maricadas de cuando éramos unos culicagados, madurá!





—¿Me van disparar o puedo seguir mi camino?
—Preguntó Juvencio.

—Estamos buscando un soplón que el otro día le dijo al ejército que estábamos por aquí y como usted ahora se la pasa en Tumaco, pues queríamos preguntarle.
—Dijo el líder.

—Yo no necesito hacer eso, no soy soplón. Si les preocupa el ejército pues pregúntenles a ellos. Son ustedes mismos los que se sapean andando por ahí amenazando a la gente, dándoselas de matones porque están armados.

—¡Vos sabés que el que nos sapea, se muere!
—Amenazó Adalberto.

—Si me permites decírtelo, ustedes ya firmaron su suerte al entrar en ese grupo armado y me da pesar que cuando entiendan su error va a ser tarde, porque en esta guerra no mueren los poderosos, sino que matan a los jóvenes como ustedes que son contratados para el trabajo sucio. Y si no me vas a disparar, déjame ir que voy retrasado.

Los otros miraron al jefe y este les indicó con la cabeza que se abrieran. Juvencio siguió su camino.

Cuando entró al colegio, Margot lo esperaba.

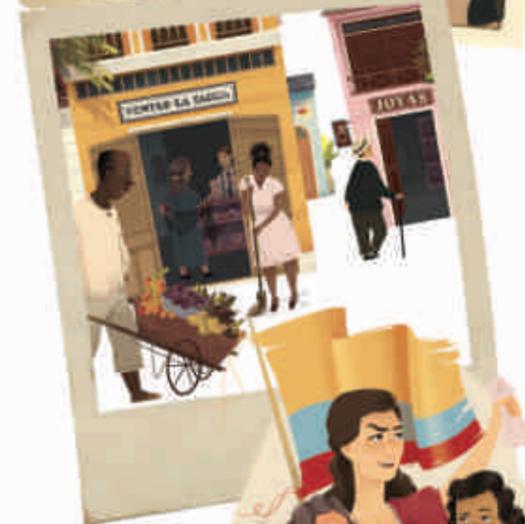
—Tío, entre que ya le va tocar hablar.

Entró al edificio, luego subieron al segundo piso, caminaron por un largo pasillo entre salones de clase cerrados y llegaron a la puerta del salón múltiple. El recinto estaba repleto de adolescentes viendo en silencio la presentación de una obra del grupo de teatro del Itin.

—¿Qué te pasó? —Preguntó la hermana, engalanada como maestra anfitriona del evento.

—Nada, nada. —Prefirió no hablar y buscar dónde sentarse.

Mientras observaba a los grupos de adolescentes que cantaban, actuaban o recitaban, Juvencio pensaba en las experiencias que había tenido siguiendo las pistas de la carta del abuelo: recordó el episodio de la bisabuela, del primo contándole cómo llegaron sus ancestros a Barbacoas, recordó su acción irresponsable en Satinga, a los tíos que les hablaron de la ciudad de Tumaco de los años 30 y del auge maderero, de la decepción de los planes de desarrollo. Pensaba en cómo sus familiares se habían sobrepuesto a todos esos retos que la vida les había impuesto. Pensó en la guerra del narcotráfico y en todas las masacres y desplazamientos que habían causado los paramilitares y las Farc. También recordó a los líderes luchando por sus derechos en Chapas, en el Tumacazo, organizados y movilizándose por el territorio con la Ley 70 de 1993; a los jóvenes haciendo arte y cultura, grabando discos y ganando premios internacionales; a las mujeres organizadas exigiendo sus derechos; a la cantidad de jóvenes como él, que ahora podían ir a la universidad en su municipio, sobre todo las mujeres jóvenes que antes les tocaba quedarse en casa o casarse para salir de ellas. Ahora las veía en las universidades, estudiando y trabajando en los caseríos. Sentía que toda esa historia de dolor que los perseguía se podía superar, sentía una esperanza nacida del conocimiento de la historia de lucha de sus ancestros. Si ellos pudieron, ¿por qué su generación no lo podía hacer?





Entonces le tocó su turno de hablar.

—Estoy muy agradecido por la invitación que me ha hecho el colegio. —Dijo, aclarándose la voz. Y continuó. —El privilegio de contarles a ustedes mis pensamientos es una gran oportunidad y no quiero desaprovecharla. Les diré que mientras estuve en este colegio no fui un buen estudiante, repetí varios años, me peleé con algunos profesores, me escapaba con mis compañeros de clase, no hacía tareas y quería pasármela de bacán con mi grupo de amigos. Nunca valoré lo suficiente este proceso educativo. Al final me gradué a fuerza de regaños de mis padres.

Su comentario generó risas entre los participantes que él compartió animado. Aprovechó para beber agua y experimentó una especie de alegría al ver que todos los adolescentes ahí presentes, lo miraban. Entonces siguió.

—Pero hace algunas semanas, algo me pasó, bueno, nos pasó a mis hermanos y a mí. Nuestro abuelo nos dejó una herencia pero esa herencia había que buscarla. Solo nos dejó pistas. Entonces fuimos tras ellas para descubrir que la herencia que nos dejó era la historia de lucha de nuestros ancestros por ganar su libertad, nuestra libertad, por construir un territorio de vida en paz y solidaridad en el que viviéramos como hermanos en nuestras familias, la cultura que ustedes representan aquí, entre otras cosas. Quiero decirles que amen lo que hacen. Hay que estudiar y mucho, pero sobre todo hay que conocer esa herencia de los abuelos, conversar con ellos, escucharlos, com-

prender cómo ha sido nuestra historia y actuar en correspondencia. Como nos dijo una tía: “hacerle honor a la lucha por la su proyecto de la gran familia afrocolombiana del Pacífico sur, de su cultura, de su sabiduría en medicina tradicional, en el conocimiento de la selva. No solo miren adelante y con los anteojos prestados de las tecnologías modernas, miren también a los lados, miren en esas costumbres y rituales religiosos que estamos dejando atrás, los conocimientos de los abuelos que estamos perdiendo y los valores con los que nos criaron en nuestras familias y que ahora rechazamos por asumir otros, ajenos.

Entonces hizo silencio y dijo:

—Gracias, es todo. Espero no haberlos aburrido.

Se escuchó un murmullo en el auditorio acompañado de un aplauso que creció como una ola y duró largos minutos.

El evento siguió un par de horas más. Mientras tanto, Juvencio acompañó a su hermana, disfrutó de los bailes y canciones de los grupos, se rió de la comedia presentada por el grupo de teatro del Itin y estuvo como otro estudiante más hasta el final de la jornada. Luego esperó a su hermana y a su sobrina que estaban orgullosas de él. Iban saliendo del colegio cuando vio al grupo de Adalberto parado en la esquina. Orientó sus pasos hacia el otro lado de la calle, su hermana y su sobrina lo siguieron. Entonces Adalberto y su grupo se encaminaron hacia el otro lado de la calle de modo que venían en dirección a él. Juvencio pensó lo peor, una sensación extraña lo invadió, no era miedo, era una suma de rabia y tristeza porque del enfren-



tamiento con el grupo de Adalberto podrían resultar varios lastimados, especialmente su hermana y su sobrina. Eran ellas quienes de verdad le preocupaban. Y la rabia era porque eso no era necesario, pero sabía de la locura del amigo de infancia. Sabía lo que las armas hacían a estos muchachos, eran como una droga que los hacía sentir gigantes, matarifes de película. Como Juvencio temía, Adalberto esta vez no amenazó sino que sacó una pistola y los otros jóvenes hicieron lo mismo. Juvencio se detuvo, su sangre se heló, el nerviosismo lo dejó sin voz y en su mente la idea lo atravesó como un rayo: estos locos los iban a matar. Eugenia y Margot se aferraron a sus

brazos, asustadas. Entonces los otros se acercaron más, apuntaron a sus objetivos dispuestos a jalar el gatillo, pero de pronto, como si lo que estaba pasando no fuera ya extraordinario, ocurrió algo. Los intimidadores se detuvieron, se miraron entre ellos y por un momento dudaron. Adalberto miró a su alrededor y en un gesto de fastidio, bajó su arma, los otros hicieron lo mismo. Luego, sin dar la espalda y sin decir nada, se fueron caminando muy rápido hacia la vía. Eugenia primero, luego Juvencio y Margot se voltearon para mirar a los casi doscientos estudiantes y al grupo de profesores del colegio detrás de ellos, entonces comprendieron.

Juvencio entendió que no estaba solo, que los jóvenes como él eran más que aquellos que las situaciones adversas de sus familias habían arrastrado hacia la guerra. Y sintió tristeza por su amigo Adalberto y sus compañeros. Lo más probable es que pronto escuchara las noticias de que habían sido apresados, o peor, asesinados. Y pensó en la suerte que él y sus hermanos habían tenido, la suerte de los chicos que estaban ahí, frente a él, la suerte de haber nacido en este territorio, con la herencia ancestral de los abuelos. Alguien tenía que contarles, hacerles ver esto, los otros no habían tenido oportunidad, pero él podría ayudar, él y su hermana Eugenia podían

ayudar a otros en el autoconocimiento de su historia, de su cultura, de lo que sus ancestros habían construido para ellos.

Eugenia lo miró y Juvencio la miró a ella. Ambos pensaron que la vida de su familia y su comunidad, la vida del Pacífico nariñense podía mejorar e iban a trabajar en ello. Sus corazones rebosaban de alegría y agradecimiento a su abuelo y sus pistas para llegar a esta herencia.

Y ahora te quiero preguntar a ti que lees esta historia:

¿Qué cosas te dan esperanza para seguir trabajando por esta región?

¿De qué herencia estás orgulloso?

